



JESS DHARMA

EL GUARDIÁN DE LA
MUERTE

Los guardianes de piedra II



EL GUARDIÁN DE LA MUERTE

JESS DHARMA

Con mucho cariño para mi abuela, mi rubia favorita, por confiar en mí, en todos mis proyectos. A mi madre, que espero que esté orgullosa, allí donde esté. Y a mi amigo, David Martín Pérez por revisar siempre lo que escribo. Os quiero...

Él ya no era un guerrero de la hermandad, había perdido su honor, era el precio por dejar morir a una inocente y pagaría por ello cada día de su miserable vida. Ahora, cazaba y mataba a los raptos solo, viajaba allí donde oía que existían problemas, y eso haría hasta que los dioses decidieran quitarle esa vida que él no quería vivir. Esos eran los pensamientos de Marius camino de Nueva Orleans, ese era su nuevo destino. Una serie de asesinatos estaban asustando a la población, se hablaba sobre ello en todos los noticiarios. Decían que se trataba de un asesino en serie y pensaban que usaba algún tipo de magia vudú ya que, los cuerpos estaban secos, parecía que les habían robado el alma; pero él sabía que se trataba de raptos. Se hizo una promesa: les mataría o moriría en el intento, de las dos formas se cumpliría su deseo...

CAPÍTULO I

Melisa corría girando constantemente la cabeza para mirar quien la estaba siguiendo, pero por más que lo intentaba, no conseguía verlo. Lo que la estuviera acechando se escondía entre las sombras que se proyectaban en la calle.

Al salir del tranvía notó que alguien la seguía mirando. Melisa pensó que eso podría ser algo muy normal, si no fuera porque era el último tren de la noche y el vagón iba vacío, solamente viajaba ella. Había decidido no darle importancia, una idea que se esfumó en cuanto notó unos pasos detrás de ella, se oían cada vez más cerca y más rápidos. Cuando se giró y no vio a nadie, su instinto le gritó « ¡CORRE!», y eso fue lo que hizo.

Solo unos metros la separaban del edificio donde vivía. No podía evitar volver la cabeza para ver a su perseguidor, aunque sabía que eso no la salvaría, hacer eso fue un error porque no vio el obstáculo que tenía delante, tropezó y cayó al suelo, golpeándose fuertemente en una rodilla. El dolor estalló desde ese punto y le recorrió toda la pierna, se mordió el labio fuertemente para ahogar un grito. La manía de llevar siempre el bolso abierto le había pasado factura, se había esparcido todo su contenido por el suelo. Dio un rápido vistazo hasta que localizó las llaves, era lo único que le importaba en ese momento. Los pasos seguían ahí, solo podía oír eso y el latido de su corazón a punto de estallar dentro del pecho porque sabía que estaba justo detrás de ella. La estaba mirando, esa sensación de que unos ojos se clavan en la nuca; esta vez el miedo le impedía mirar para saber quien la perseguía. Algo le decía que no podría escapar...

Iba a morir, sola, en mitad de la calle. Este pensamiento le hizo sacar fuerzas de donde no las tenía, se levantó, intentaba correr pero el dolor era insoportable, cojeó los últimos pasos que la separaban de su portal y abrió la puerta. Sintió algo de alivio al cerrarla tras de sí. Algo impactó fuertemente detrás de ella. No lo dudó, tenía que seguir, la puerta no le impediría entrar, no entendía el porqué, pero lo sabía, lo que se encontraba detrás de ella era algo maligno. Cogió el ascensor, dio gracias por vivir en esa zona de la ciudad donde los edificios tenían ascensores. Si

no, no lo habría conseguido. El dolor de la rodilla era insoportable. Ahora se extendía hacia el muslo. «Ya llego, lo conseguiré» intentaba tranquilizarse. En su apartamento podría llamar a la policía. Ni siquiera sabía si allí estaría a salvo, pero necesitaba llegar. Por fin el cuarto piso, donde estaba su apartamento. Cuando fue a abrir la puerta se le cayeron las llaves, «¿algo más podría salir mal...?» Las cogió y abrió en un santiamén. Con lo que le temblaban las manos le extrañó que las llaves no se resbalaran de nuevo.

Entró y cerró todos los cerrojos, vio que su gato persa se acercaba. Se arremolinó en sus piernas, dándole la bienvenida a casa. Ya se sentía más segura, o eso quería ella pensar para no venirse abajo, su respiración delataba lo nerviosa que estaba. Avanzó difícilmente hacia el teléfono. Se tocó la cara y notó que había estado llorando, con el miedo que sentía ni lo había notado. Su gato bufó detrás de ella. «Mierda, algo andaba mal, no lo iba a conseguir» se giró y el animal estaba todo erizado. Entonces lo vio, nunca había visto nada igual, la puerta seguía cerrada, era imposible. No pudo hacer nada más que gritar, y el sonido que brotó de su garganta podría haber helado el mismísimo infierno.

El cadáver fue hallado por la hermana de la víctima. Fue a recogerla para ir a desayunar, era un ritual que hacían cada mañana. La hermana muy afectada relató que nada más llegar ya notó algo raro. El gato de su hermana no paraba de maullar, pero no era el típico ruido que hace un felino cuando tiene hambre. «El sonido que hacía era horrible», llamó varias veces y golpeó la puerta sin obtener respuesta. Estaba segura de que algo pasaba. Desesperada y asustada volvió a su apartamento a solo un par de manzanas de allí. Guardaba una copia de las llaves del piso de su hermana, se las había dado para «emergencias», y algo la decía que esto realmente lo era.

Era el tercer cadáver que aparecía en aquellas misteriosas circunstancias. Cada uno de ellos poseía las mismas monstruosas características: piel excesivamente pálida y translúcida como el papel de calco, se les marcaban todos los músculos, los pómulos, y los ojos parecían que salían de sus órbitas, era como si les hubieran absorbido la vida literalmente. No mostraban fotos de las víctimas en el noticiario, pero la periodista pelirroja del informativo de las diez daba demasiados

detalles, no para su gusto claro, pero seguro que eso ponía nerviosa a la gente y por consiguiente sería amonestada y es posible que no le durara mucho el trabajo. Según lo que iba explicando lo que más llamaba la atención de los fallecidos no era ni su piel, ni su cuerpo carente de vida... era la cara de terror que mantenían incluso después de dejarse llevar por la muerte. La última víctima la habían encontrado en la calle Bourbon del famoso barrio francés de Nueva Orleans. Lo había hallado un grupo de turistas japoneses que estaban sacando fotos, cuando uno de ellos se despistó entrando en un callejón y tropezó con el cuerpo directamente. Estaba seguro de que ese japonés no podría olvidar nunca ese viaje.

Marius pasó la mano por su corto cabello. La verdad es que después de tanto tiempo llevándolo tan largo pensaba que lo echaría de menos, pero no era así, ya no tenía tiempo ni ganas de preocuparse de ese tipo de cosas tan banales. En la televisión relataban que al parecer el asesino en serie utilizaba algún tipo de magia vudú, cosas para llamar la atención de la gente y conseguir adeptos que siguieran las noticias, ya que la gente que ve este tipo de programas suele ser bastante escéptica. Pero él sabía que realmente esto se trataba de tema de raptos y por eso tendría que ir a ponerle remedio. Lo que no sabía es por qué estaban siendo tan descuidados, no era esa su forma habitual de actuar. ¿Realmente querían llamar la atención? Siempre intentaban camuflar sus crímenes.

Puede que se tratara de un recién nacido no controlado o que realmente deseara morir. Y en ese caso, él estaría contento de complacerlo. Si los humanos descubrieran la existencia de las dos especies serían perseguidos hasta el confín del mundo. Para ellos se trataría de monstruos y es algo que querrían destruir, por lo tanto, era un asunto que ninguno de ellos se podía permitir.

Sabía que su siguiente destino era Nueva Orleans. Viajaba ligero de equipaje y se quedaba poco tiempo en cada ciudad, por lo que no se molestaba en tener una casa fija. Se conformaba con cualquier hotel de carretera. Con tal de que tuviera cama y una ducha era suficiente. No necesitaba

nada más. Solo quería matar raptos o morir en el intento. Tenían que pagar por la muerte de ella... y lo haría gustoso.

CAPÍTULO II

Hacía muchos años que no estaba en Nueva Orleans, pero eso no hacía que los recuerdos fueran menos dolorosos.

Vio a un niño, tenía unos cuatro o cinco años como mucho. Era un día gris, había estado lloviendo toda la noche y el humo de las chimeneas anunciaba que había llegado el invierno. Y aunque esa mañana ya no llovía, la temperatura seguía siendo muy baja, iba bien abrigado, aunque tenía frías las manos y la cara.

Estaba paseando por una calle del centro de la antigua ciudad. Había un mercado, con muchos puestos en ambos lados de la calle, los suelos eran de piedra gris, y por detrás de ellos se distinguían muchas casitas que reflejaban la pobreza del lugar. Mucha gente estaba vendiendo las hortalizas que cosechaban en sus campos y los artículos que producían sus animales. Le gustaba pasear por allí. Los recuerdos le traían un sentimiento de felicidad. Iba de la mano de una mujer de piel blanca como la nieve y cabello largo y sedoso, de un color rojo sangre como el suyo, lo que le hacía pensar que aquella bella mujer podía ser su madre. Sus recuerdos se mostraban borrosos, había pasado demasiado tiempo de aquello. Ella le iba cantando algo que sin duda le divertía porque le hacía sonreír y sacar dos hoyuelos en su rostro regordete.

Cuando pensó que no podía reír más, algo hizo que su sonrisa se helara. Sonó un ruido ensordecedor consiguiendo que sus pequeños oídos pitaran. Marius no entendía que estaba pasando, pero lo que sí sabía es que se sentía muy asustado. Notó como la mano que lo sujetaba aflojaba su agarre hasta desvanecerse del todo, y esa mujer, su madre, se desplomó sobre el

pedregoso suelo. Se puso de rodillas y puso su manita en la blanca mejilla de su madre. El suelo bajo sus rodillas antes gris, se estaba tornando rojo y húmedo.

—Siempre cuidaré de ti —dijo su madre, besando su pequeña manita.

Su pequeña cabeza no procesaba que es lo que estaba ocurriendo, pero se sentía muy triste. Notó como un brazo le cogía por detrás y le levantaba del suelo. En ese momento su vida cambió para siempre...

Despertó gritando en el motel donde se hospedaba. Su fuerte y torneado pecho estaba cubierto de gotas de sudor y brillaba con la tenue luz de la luna que entraba por la pequeña ventana. Se cogió la cabeza con ambas manos, y pensó sobre como los recuerdos se pueden ocultar, incluso aprendes a vivir con ellos, pero nunca, nunca, desaparecen. Sus hermanos gárgolas aún después de tantos años no sabían la realidad de su pasado. La idea que tenían de la infancia y juventud de Marius es que él había sido un niño mimado. Alguien que siempre había tenido todo lo que había deseado, que había estudiado en los mejores internados y viajado por todo el mundo.

Que confundidos estaban... y él quería que así fuera. Nunca aceptaría lástima de nadie. Cuando se transformó y desarrolló los poderes especiales de los guerreros del ejército, pensó que quizás encajaría allí, que podría ser uno más, que quizás por fin tenía una verdadera familia, pero se equivocó. Alguien con su turbio pasado nunca encajaría en ningún sitio.

Sacudió la cabeza intentando alejar de esta forma a sus demonios. Algo realmente imposible, así que optó por una buena ducha, y hacer lo único que daba sentido a su vida, cazar raptos. ¡Era la hora de jugar...!

No sabía por qué pero cada noche necesitaba salir, y no solo eso, la necesidad de matar no disminuía por más que lo hacía. Incluso juraría que crecía con cada asesinato que llevaba a cabo. La vida que robaba a sus víctimas es lo que le daba vida a él mismo. Los elegía al azar, no tenía ninguna preferencia, solo necesitaba un elegido que saciara su hambre.

Lo que si sabía es que no podía salir durante las horas diurnas, nadie le había dicho que no lo hiciera, pero era algo que tenía muy claro, lo podía notar en cada poro de su piel que le gritaba que no saliera. No dormía mucho, solo daba vueltas en ese cutre colchón que había encontrado abandonado en unos contenedores. Lo arrastró hasta el viejo y abandonado edificio donde vivía. Cuando llegó allí habitaban mendigos, ahora nadie se atrevía a entrar.

Cuando el sol se escondía, salía y andaba por las calles de Nueva Orleans, realmente no recordaba cómo había llegado allí, bueno, realmente no es qué pensará mucho en eso, no pensaba mucho en nada, solamente en terminar con la vida de la gente.

Vio una prostituta que salía del callejón subiéndose las medias y ajustándose una diminuta falda que llevaba aunque hacía un frío que helaba el mismísimo infierno, pero a aquella mujer evidentemente no le importaba. Normalmente, le gustaba jugar con sus objetivos pero no esa noche, quería terminar rápido, lo necesitaba, el hambre le consumía. Saltó velozmente sobre su presa, obligándola a entrar de nuevo en el oscuro callejón. Con la mano en su diminuta boca para evitar que gritara le dijo.

—Vas a morir, ¿lo sabes verdad? —La pequeña rubia intentó gritar sobre la mano de su captor, pero sin mucho éxito. Solo pudo implorar con la mirada por su vida.

Empezó a notar como el miedo iba creciendo, la vida iba abandonando poco a poco su cuerpo, lo que la iba debilitando. Empezó a recordar su vida, como la habían maltratado desde pequeña, los abusos sexuales que había tenido que sufrir en el lugar de acogida donde fue enviada, cuando la sacaron de su horrible hogar para ir directa al infierno. Veía todas las desgracias que había sufrido en la vida que la había llevado a escoger la prostitución como modo de vida. Y ahora iba a terminar así, muerta en un callejón, sin una vida disfrutada, sin una familia, a manos de un asesino que le estaba robando literalmente su triste vida.

Cuando se rindió a su suerte algo cambió, su atacante aflojó su agarre y fue literalmente lanzado por los aires contra la pared frente a ella.

La mujer se desplomó sobre el suelo frío que arañó sus rodillas, aunque eso era una de sus menores preocupaciones. Tenía la vista borrosa por las lágrimas y el mareo, pero vio como un hombre de gran estatura y vestido de cuero iba directo hacia su asaltante, le propinó sin piedad un puñetazo en el mentón que lo incrustó literalmente en la pared de ladrillos. Marius había llegado a tiempo, pero por los pelos, si no la rubia que estaba casi muerta en el suelo se habría convertido en la víctima número cuatro, bueno cuatro que la policía supiera... miró al hombre que estaba tirado contra la pared del sucio callejón, llevaba una chaqueta con capucha por lo que su rostro estaba oculto, pero pudo ver unos ojos violáceos llenos de sorpresa por haber sido interrumpido en su momento de alimento. Esos ojos le confirmaban que era un raptor aunque realmente en su manera de matar no hacía falta ninguna confirmación.

La reacción del raptor pilló a Marius desprevenido, desde el suelo el asesino se abalanzó contra sus fuertes piernas, consiguiendo derribarlo y que su metro noventa, golpeará con su espalda contra la dura piedra del suelo. Cuando se recuperó de la sorpresa y reaccionó, se levantó de un salto y quiso embestir al raptor, pero este había desaparecido, se había esfumado sin más. Marius recorrió el oscuro callejón para descartar que pudiera estar escondido en cualquier recoveco, pero había fallado, aquel tipo consiguió escapar por haberle pillado desprevenido. No volvería a pasar, y era una promesa.

Se encaminó hacia la mujer rubia que estaba aún desorientada en el suelo. Se puso de rodillas a su lado, ella se estremeció, le temía, deseaba que su muerte llegase rápido, no podía soportar más el terror que sentía, lo podía leer en su mente. Sabía que ese hombre le había salvado la vida, pero la experiencia que acababa de vivir con el raptor la mantenía traumatizada, y el físico atemorizante de Marius no es que ayudara a tranquilizarla. Un hombre tan alto, fuerte, vestido de

cuero, lleno de armas y con cara de asesino... «no, definitivamente no la ayudaba», se dijo así mismo Marius. Pero no podía cambiar lo que era, solo intentar tranquilizarla.

—Tranquila, no te voy a hacer ningún daño, tienes mi palabra. ¿Puedes caminar?

—Marius intentó suavizar el tono de voz todo lo posible, sabía que cualquier movimiento en falso la podría quebrar como un frágil cristal.

—Yo... sí, creo que sí —Ella pensó que no le saldría la voz, pero lo consiguió.

— ¿Cuál es tu nombre? —le dijo Marius mientras le ofrecía una mano para que se levantara.

Ella le miró dudando que hacer, si la quisiera matar sin duda ya lo habría hecho, para un hombre así sería como partir con los dedos una cerilla.

—Lu... Lucy —Alargó su mano temblorosa y tomo la de él.

Algo en su interior le decía que detrás de esa fachada de asesino a sueldo, no era un mal hombre, que no le haría daño.

Marius rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta de cuero y sacó un fajo de billetes y se lo entregó a Lucy. Por la cuenta mental que hizo ella, podría haber más de tres mil dólares.

—No, yo no puedo aceptarlo; te agradezco que hayas salvado mi vida, eso es más de lo que merezco.

Por sus pensamientos transmitió lo que había vivido en su vida y nadie le había ayudado nunca, tan solo cuando buscaban algo a cambio. Las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo de sus ojos.

—Claro que puedes y lo harás. Cogerás el dinero y saldrás de Nueva Orleans esta misma noche, esto ya no es un sitio seguro para nadie. Irás alguna parte, buscarás un trabajo y cambiaras de vida, ¿me has entendido?, si no lo haces, la próxima vez que nos encontremos, y te aseguro que así ocurrirá, no seré tan amable —Odiaba tratarla de esa forma, era consciente del daño físico y mental que le habrían podido infligir en su vida, en su alma, cómo habían usado su cuerpo los hombres, por eso se tenía que asegurar que cambiaba de vida, de lo contrario acabaría muerta en

cualquier cuneta, sola y sin nadie que la llorara.

— ¡Claro que lo haré!, gracias por salvarme, y gracias también por esto —señaló el dinero—. Eres un ángel, dime solo una cosa antes de irme, ¿por qué me ayudas?, ¿por qué a alguien como yo? —Ya no pudo contener más las lágrimas, pero tampoco le importaba, esa noche había vuelto a nacer.

—Por la vida que supongo que has tenido que llevar, ha tenido que ser muy dura. Me recuerdas a alguien que conocí —Ella no entendía como él sabía qué tipo de vida había llevado. Marius leyó su mente y puso un dedo sobre sus labios indicando con aquel gesto que guardara silencio—. Y... ¡No soy un ángel, soy el demonio! —Antes de que le diera tiempo a pestañear el hombre de cabello rojo sangre, su salvador, había desaparecido.

Ella no lo dudó, aquella misma noche comenzó una nueva vida, fuera de esa ciudad. Gracias a aquel hombre misterioso tenía una nueva oportunidad.

CAPÍTULO III

Iba caminando hacia su hotel en Lafayette Square con la mirada fija en el suelo, perdido en sus pensamientos. Había varias cosas que no le cuadraban sobre lo que había sucedido aquella noche. ¿Ese raptor cómo había podido desaparecer tan rápido? Sí, desde luego que eran rápidos, pero él también lo era, y ni si quiera le había visto desaparecer. ¿Y por qué no había más raptos con él?, ellos nunca iban solos, no eran de los que luchaban limpiamente uno contra uno, siempre luchaban al menos de dos en dos, no les gustaba fallar. Los asesinatos que habían relatado en las noticias no podían ser obra de un solo asesino, por muy cruel que fueran. Había muchas cosas que no se podían explicar, pero lo que estaba claro es que cuando se volviera a encontrar con ese raptor, lo mataría.

Golpeó las paredes de sucio hormigón hasta que le sangraron los nudillos. La rabia hacía que quisiera destruir todo lo que se cruzara en su camino. Mataría a cada humano que viera sin ninguna piedad, se juró. ¿Qué se había creído ese hombre para evitar que saciara su hambre?, nadie le había hecho eso nunca. Se vengaría, sí, claro que lo haría. Lo mataría con sus propias manos. Absorbería su alma y se comería su corazón.

—No puedes hacerlo, ¡tienes que parar con estas muertes ya!, ¿me entiendes?, por favor, tú no eres así, detente ya.

Paró en seco de golpear los muros para enfrentar al dueño de esa voz. Se giró y se encontró una mujer muy bella con los ojos repletos de lágrimas. Tenía una larga melena rubia, de un tono casi blanco, y vestía una bonita túnica blanca. Su silueta estaba rodeada de un halo de luz azul.

¿Podría ser una diosa? Como las que se encontraban en los libros de mitología. No recordaba nada de su vida anterior; nada antes de despertar una noche en un contenedor de un sucio callejón de esa ciudad. Era como si sus recuerdos se lo hubieran arrancado a fuego de su mente. Pero había

ocasiones como estas, en las que sabía ciertas cosas, como que le había gustado leer sobre mitología.

—¿Quién eres?, y ¿por qué hablas como si me conocieras? Yo a ti no te conozco. —Dio un paso para acercarse más a ella.

Quería tocar a esa divinidad, no sabía por qué pero había alejado su ira. En cuanto avanzó la imagen empezó a desaparecer delante de sus ojos violáceos. Alargó la mano para tocarla, pero ya era demasiado tarde, desapareció como si de humo se tratase.

— ¡Espera no te vayas! —Fue lo más cerca de una imploración que nunca saldría de su boca. No sabía quién era, pero lo que sí sabía es que le daba la paz que le faltaba.

Marius sabía que esa noche tendría que ir a presentar sus respetos al rey de Nueva Orleans. Akiles era el rey en Europa, y en ocasiones los ejércitos de distintos sitios cooperaban. Pero si le descubrían cazando fuera de su territorio sin pedir permiso el castigo sería inmenso. Él no temía el castigo, pero llamarían Akiles para que le aplicara dicho castigo. Y él no quería ser localizado bajo ninguna circunstancia. Si lo hacía todo correctamente y le presentaba sus respetos a Ivar el rey Vikingo de Nueva Orleans quizás no delataría su posición frente a sus hermanos. Le debía una, él salvó a su hermano pequeño Erik de una muerte horrible a manos de un raptor que le había inmovilizado con su saliva.

Cuando terminara, ya con la bendición del rey, saldría a buscar al raptor de la noche anterior, le vendría bien interrogarlo antes de darle muerte. Seguro que le podría sacar información sobre los raptos que estaban cometiendo esos atroces asesinatos, aunque le hubiera encontrado solo, eso no significaba que trabajara solo, era algo imposible. La noche anterior había dado con información importante, y es que ese raptor estaba hambriento. Cuando un raptor llevaba mucho

sin alimentarse quitaba la vida con descuido y ansia, es lo que detectó de la forma que robaba los sentimientos y el alma de aquella mujer. Si su instinto no le fallaba, su guarida tenía que estar cerca, ya que al estar tan ansioso no buscaría el alimento muy lejos.

También podía ser un recién nacido, un recién convertido a raptor, pero no era la teoría que más le cuadraba, primero por qué estuviera solo, sin un maestro, que era la costumbre cuando uno era convertido en raptor. Los asesinos también tienen unas normas que seguir, y segundo, por la manera en que lo atacó y consiguió derribarlo. Eso no podía conseguirlo un neófito. De todas formas era algo de lo que se tendría que ocupar más tarde. Ahora era hora de prepararse para reunirse con los de su especie.

Se duchó y se vistió con su uniforme de batalla. Un pantalón de cuero que se ajustaba perfectamente a sus musculosas piernas. Una camiseta roja de manga larga cubría su torso, y hacía juego con su corto y rojo cabello. Una barba de un par de días empezaba a crecer, roja, casi negra. Hacía años que había dejado atrás su chaqueta de cuero, y había refinado su manera de vestir. Pero ahora él ya no era el mismo hombre.

Sus armas eran unas dagas de empuñaduras rojas y filo negro, el arma perfecta, rápida y mortal, como él. Las llevaba pegadas a los costados con unas fundas hechas a medida y las podía disimular perfectamente debajo de la chaqueta, lo que le obligaba a llevarla puesta incluso con calor. Ya estaba listo.

Observó su sombrío reflejo en el espejo. Su rostro dejaba mucho que desear, su tez antes morena, cada vez estaba más pálida, y los rastros de falta de sueño cada día se acentuaban más debajo de sus ojos. Parecía que en los últimos meses había envejecido una década. No había ni rastro del hombre con cara de niño que había sido. Si Axel le viera... no se lo creería, le estaría haciendo bromas sobre si hacía más de un siglo que no había visitado un salón de belleza.

¡Oh, Axel!, cómo le echaba de menos. Axel era lo más parecido a un hermano que había tenido nunca, y aunque todos en la hermandad eran como una gran familia, él lo sentía como uno de sangre. Siempre se peleaban y reían como lo harían dos hermanos. Pero ya nunca se volvería acercar a él. Sabía que Axel y el resto del ejército le buscaba desde el día que desapareció, sobre todo con el poder de Silas, con el que podía encontrar gente en cualquier parte del planeta.

Había tenido que recurrir a un poderoso chamán para tapar su rastro y había sido realmente caro, pero había valido la pena y el dinero no era algo que le preocupase. Nunca podría volver a Grecia con ellos, él era el responsable de la muerte de Amanda, la cuñada de Axel, y eso le convertía en un ser despreciable.

Si pudiera cambiar su pasado y llegar a amar a alguna mujer, esa habría sido Amanda no tenía ninguna duda. Pero todo lo que le había marcado desde la niñez le había hecho un ser incapaz de amar.

Los recuerdos de los primeros años eran muy dolorosos. Cuando se lo llevaron, acabó en una especie de internado, donde había unos cuantos niños más. Él, era el más pequeño de todos, y el niño de más edad rozaba la adolescencia.

No podía parar de llorar, no entendía por qué tenía que estar en ese sitio, donde todo le era desconocido y nadie quería consolarlo. Lo primero que hicieron cuando llegó fue arrancarle la ropa, sin ningún miramiento, le bañaron con agua hirviendo y paños ásperos que arañaban su piel infantil, aunque más que limpiar parecía que trataban de desinfectar su pequeño cuerpo. Esto hizo que creciera su llanto y aumentara su miedo. Pero no cesaron en su trabajo en ningún momento.

Cuando decidieron que estaba suficientemente limpio fue sacado del baño y secaron sin ninguna delicadeza su ahora roja y arañada piel, y pasaron a través de sus brazos y cuello una

simple túnica del color de la arena, una réplica de la que llevaban los demás niños. Fue llevado casi a rastras a una habitación muy grande. Las paredes estaban pintadas de color gris como si fuera una cárcel o un campo de concentración, claro que eso lo pensaba ahora, siendo tan pequeño solo podía sentir miedo.

Siempre se dice que los colores oscuros empequeñecen los espacios, pero este no era el caso. Las ventanas tenían cortinas pesadas de un tono rojo sangre que colgaban desde los altos techos y descansaban en el suelo. Cuando miró el suelo se fijó donde iba a dormir a partir de ahora, los niños tenían colocados por todo el suelo de la habitación colchones finos de no más un palmo de ancho. Una manta, que daba la sensación que picaría era lo único que le abrigaría de ahora en adelante. Su miedo crecía por momentos, iba a comenzar a llorar otra vez; fue entonces cuando uno de los niños, que tendría ya unos quince años, se acercó y le agarró para reconfortarlo. Era la única muestra de que alguien se preocupaba por él desde que había llegado.

—No llores, será peor...—Le dio un leve apretón en la mano, eso le tranquilizó un poco.

Se oyeron unos pasos acercarse a la lúgubre habitación, automáticamente todos los niños se pusieron firmes uno al lado del otro. Los ojos de todos miraban al suelo sin ni tan siquiera pestañear. Su nuevo amigo soltó su mano y le hizo una señal para que no hiciese ningún ruido. Entró una mujer en la habitación, era muy alta, no era la estatura normal para una mujer. Sus ropas era un largo vestido negro hasta los pies, abotonado en los puños y en el cuello, dejando muy poca piel al descubierto. Pero lo que más le impactó fue su rostro, esas facciones afiladas, la nariz aguileña muy pronunciada, los ojos eran de un azul frío como el hielo. El cabello lo llevaba sujeto en la parte alta de la cabeza en un moño, tan tirante que estiraba su piel, lo que endurecía aún más sus rasgos. Paseó por delante de cada uno de los niños, en su mirada no había ningún tipo de sentimentalismo, solo desprecio hacia esas pequeñas criaturas.

Marius intentaba controlar las lágrimas, tenía mucho miedo de hacer cualquier tipo de ruido y más cuando su amigo le había advertido que no lo hiciera. Ella se paseó por delante de los niños revisando minuciosamente a cada uno de ellos. Había un chico pelirrojo que empezó a temblar

cuando la mujer se detuvo delante de él.

—¿Qué tenemos aquí?, ¿Igor te has manchado?, ¿qué os tengo dicho sobre mancharos? Siempre tenéis que estar impolutos, ¿es qué no os he enseñado nada? —Tenía sus horribles ojos posados en el muchacho.

—Lo siento señora, no volver... no volverá a pasar lo juro por mi honor. —Intentaba no temblar demasiado mientras lo decía.

El pequeño Marius no pudo evitar soltar un sollozo, esa mujer le daba mucho pavor. Pero tan pronto como el ruido se escapó de sus labios se dio cuenta del error que había cometido, la mujer se giró automáticamente en su dirección. Algo en su interior le decía que mirara al suelo como los demás, pero el terror hacía ella era más grande que aquella voz. Su error número dos del día, mirarla a los ojos directamente.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —Se arrodilló para quedar a la altura de su pequeña estatura—, ¿así qué tú eres nuestro nuevo invitado? —No dio tiempo a que el niño contestara—. ¿Me tienes miedo? —Esta vez sí que esperaba una respuesta.

—Sí, señora, mucho. —Intentó sonar como un niño mayor y ocultar parte de su miedo, cosa que resultó imposible ya que la última frase la dijo entre sollozos.

La horrible mujer soltó tal carcajada al ver la escena que heló la sangre de todos los presentes en aquella habitación.

—Perfecto, esa es la idea, tienes que temerme y mucho, la primera lección ya la has aprendido, y ahora me voy a encargar de que aprendas el resto esta noche. —Enseñó los dientes en lo que intentó que fuera una sonrisa, pero más bien era una mueca desagradable.

—Yo recibiré el castigo por él, madame —Fue su amigo el que habló, dando un paso al frente pero sin levantar la vista del suelo.

— ¡Oh, que enterecedor!, muy bien, si es tú deseo quien soy yo para negarme, pero él también lo tendrá, tiene que aprender, ¡cogedlos!

Y esa horrible mujer tenía razón, esa noche aprendió muchas cosas mientras castigaron su pequeño cuerpo, y el de su amigo que ninguna culpa tenía de su miedo.

Conduciendo el coche de alquiler que había contratado esa misma tarde no podía dejar de pensar en los guerreros de Nueva Orleans. Esperaba no tener ningún tipo de problema con ellos, ya que más o menos cincuenta años atrás había luchado junto a ellos, cuando pidieron ayuda a Akiles. En esa época hubo una plaga de raptos, todos neófitos, matando indiscriminadamente en la calle de Nueva Orleans, a Hades se le fue de las manos la guerra contra las gárgolas, y realmente fueron momentos muy duros, pero la suerte estuvo de su lado. Y aunque no la vieron, sabían que la diosa Laya ayudó, si no probablemente estarían todos muertos

Lo que realmente importaba ahora es que sabía que sería bien recibido, pero le preocupaba que, como soldados tuvieran que delatar su posición frente a Akiles, el rey de Europa. Perdido en sus pensamientos llegó a una gran puerta de hierro, el acceso a la misma era un camino de tierra. Las gárgolas necesitaban vivir siempre apartadas de los humanos para evitar que fueran descubiertas y poner en peligro a los civiles. Recorrió con la vista dicho camino y al final del mismo se alzaba una majestuosa mansión criolla francesa, de un blanco immaculado. Situadas a ambos lados de la puerta tenían cámaras de seguridad, bajó la ventanilla del coche ya que con los cristales tintados no le podían reconocer y automáticamente se abrió la reja dejando que entrara.

Siguió por un camino de piedra hasta llegar a la gran casa, era aún más bonita de cómo la recordaba. Era una casa totalmente característica de la arquitectura criolla francesa. El tejado era totalmente plano y el porche se alzaba majestuoso sobre unas columnas redondas blancas donde reposaba el techo de la entrada. Todas las ventanas que decoraban esas blancas paredes eran grandes con cristales enormes. La puerta de entrada era doble, que llamaban francesa, blanca y llena de cristales, cualquiera pensaría, ¡menuda casa más accesible!, pero claro nadie sabía que dentro vivían unos de los seres más peligrosos de la tierra.

«Bueno Marius, esto va a ser bastante complicado» se dijo a sí mismo sonriendo al retrovisor. Abandonó el coche negro de alquiler y se encaminó a la puerta de entrada. Solo tres escalones le separaban de su destino inmediato, esta noche se decidirían muchas cosas. No tuvo que tocar el timbre, la puerta se abrió antes de que su mano se posara en él.

En el umbral apareció el rey vikingo, no es que le llamaran así por su pinta ruda, si no porque la diosa Laya en vez de crearle de cero, como al resto, le escogió por ser un gran guerrero y poseer sed de venganza. Sus padres y su hermana pequeña habían sido asesinados a manos de los raptos, él y su hermano se habían salvado por qué esa noche habían ido de caza para buscar provisiones para el invierno. Le convirtió en gárgola cuando escuchó sus gritos desgarradores a cambio de la promesa de matar raptos por toda la eternidad. La verdad no es que existieran muchas reglas sobre eso, pero ella era una diosa y nadie cuestionaba sus decisiones.

A Ivar lo único que le diferenciaba de los antiguos vikingos es que él tenía el cabello negro, herencia de su madre, que también tenía el cabello oscuro. En los laterales de la cara llevaba dos trenzas finas que la enmarcaban y resaltaban aún más sus fieros ojos negros. Sonrió de medio lado dejando ver una blanca dentadura. Ivar el rey vikingo, como todos le conocían, exudaba peligro por cada poro de su piel, si no le hubiera sonreído pensaría que le iba a arrancar la cabeza sin tan siquiera pestañear.

—Hermano, no sabía que venías. Si me hubieras avisado habríamos preparado una bienvenida como te mereces —Ivar cogió el antebrazo de Marius en señal de saludo y le dio un leve apretón.

El guerrero le devolvió el saludo aunque ya no estaba acostumbrado a las muestras de cariño, ahora estaba completamente helado por dentro. Pero sacó fuerzas para darle unas palmadas en la espalda, era lo más afectuoso que se podía permitirse en aquel momento.

—Es una larga historia, ¿podemos hablar dentro, rey vikingo? —Sabía que tenía que contarle la historia, y no le apetecía revivir aquello, pero era la única forma que se le permitiera cazar en su territorio. Pero sobre todo no ser le delatado frente Akiles, quién le patearía el culo sin piedad,

no, definitivamente no quería eso.

Ivar le hizo un gesto de cabeza para que le siguiera dentro. Aunque estuvo allí unos años atrás quedó sorprendido por la belleza de esa casa. La entrada por donde ahora caminaban en silencio estaba hecha totalmente de madera, los suelos de un tono más oscuro y las paredes más claras lo que daba aún más sensación de amplitud.

Los techos eran muy altos, lo que hacía que incluso un hombre de su tamaño tuviera que alzar la cabeza para determinar su fin. En la estancia columnas finas de madera estaban repartidas por doquier, pero lo que sin duda llamaba más la atención de aquella sala era la inmensa escalera de caoba, se alzaba majestuosa desde el centro de la habitación para luego en el primer piso dividirse en dos, otorgando acceso a sus visitantes para las dos alas de la casa.

—Tengo que reconocer que tienes el gusto exquisito de una mujer para las casas, hermano. — dijo Marius para picar al rey. Ivar soltó una carcajada y le dio una palmada en la fuerte espalda de su amigo.

—No me ofendes porque realmente sé que tengo un gusto exquisito. —Seguía riendo. Sabía que Marius realmente admiraba esa casa.

Detrás de la escalera había una gran puerta de madera negra del tamaño de un portón de castillo. Su color resaltaba notablemente sobre la madera de haya de las paredes. Si la memoria no le fallaba ese era el despacho de Ivar y donde se reunía el ejército de Nueva Orleans.

En lugar de ir dirección a la gran mesa alargada donde se reunían las gárgolas, Ivar le ofreció asiento en los sofás junto a una gran chimenea, ahora apagada. El rey tomó asiento en el otro sofá de cuero negro frente de él.

—Bueno soy todo oídos, ¿a qué debo esta grata sorpresa?

Marius se sentía realmente incomodo, pero sabía que era ahora o nunca.

—Bueno mi rey, primero ruego que me escuches con paciencia y me des tu voto de confianza. Permíteme acabar la historia antes de tomar cualquier decisión al respecto. —imploró con la

mirada.

—Tienes mi palabra.

Estaba realmente impaciente por saber por qué el hombre sentado delante de él se encontraba tan cambiado, él que había sido tan presumido ahora llevaba su cuidado cabello corto, tenía la tez de una persona cansada e incluso enferma. Pero lo que realmente llamaba más su atención no era el que no estuviera con el resto de su ejército, a veces viajaban solos... lo que le extrañaba era que Marius nunca iba a ningún sitio sin su hermano Axel.

—He deshonrado a mis hermanos Ivar, Axel se ha emparejado con una mujer humana, son muy felices. Se llama Sárilan y es muy buena para él. Tenía una hermana, Amanda, que murió a manos de un raptor, murió por mi culpa... No es que mi deber sea solo salvar a los humanos, es que además era la hermana de su mujer, si la hubiera matado yo, no habría ninguna diferencia. Desde ese día desaparecí de allí. Solo volví a buscar a Sárilan para decirle como romper la maldición de Axel, era lo mínimo que podía hacer cuando permití que le arrebataran a su hermana.

Desde entonces vivo solo cazando raptos y buscando la muerte eterna y no descansaré hasta eliminar a todos de la faz de la tierra o hasta que yo abandone este mundo —Cada palabra que pronunciaba era como un cuchillo clavándose en su alma—. Ivar, lo que me trae aquí es el asesino en serie que está matando a vuestra gente. Sé que es un raptor, he tenido un encontronazo con él, caza solo o en ese momento estaba solo y lo más sorprendente es que consiguió derribarme y desaparecer sin que le viera. Lo que solicito es tu permiso para cazar a ese raptor o a cualquier otro que detecte en tu territorio.

Ivar le miró durante un rato antes de hablar, veía muy cambiado al muchacho sentado en su sofá y no quería ofenderle.

—Siento tu dolor hermano, pero no fue tú culpa. Sabes que en nuestro mundo perdemos seres

queridos más veces de las que debería ser natural. Deberías estar al lado de los tuyos, son tu familia y lo darían todo por ti y lo sabes. —El rey vikingo observaba la cara de Marius esperando la reacción de este.

—Sé que no lo entiendes, pero es mi decisión. Y con todos mis respetos, me lo debes.

La cara de sorpresa del rey era un poema, nadie en su sano juicio se atrevería a hablarle así, pero sabía que tenía razón, le debía la vida de su hermano. Aunque le debiera tanto, él también era muy obstinado y nadie le decía lo que tenía que hacer.

—Vale, tú ganas. No le diré a Akiles donde estás. Pero cazarás conmigo mientras que estés en mi territorio. Estoy poniendo en peligro la paz con el rey de Europa por encubrirte, así que, como mínimo espero que hagas lo que te digo. Llevo un tiempo tras la pista de esos raptos, y el resto de guerreros están en una misión en Los Ángeles así que me vendrá bien tu ayuda.

—Creo que no me has entendido —expresó Marius mirándole estupefacto, no estaba con sus hermanos para no recibir órdenes de nadie, mientras Ivar quería que estuviera bajo su mando.

—No, creo que eres tú quién no me entiendes. Si no aceptas mi oferta tendrás que abandonar Nueva Orleans esta misma noche. Y no aviso a Akiles porque te lo debo. Pero aquí soy el rey y se siguen mis reglas. Si no te gustan tendrás que abandonar la zona inmediatamente —Ivar tenía una vena hinchada en el musculoso cuello, lo que le hacía pensar a Marius que el rey Vikingo no tendría mucha más paciencia.

Podría luchar con él, pero en unas horas aunque fuera victorioso, y no las tenía todas consigo de que eso fuera posible, tendría a todas las gárgolas de Nueva Orleans buscando su cabeza. La verdad es que era una idea bastante tentadora. Pero cuando abandonara este mundo, lo haría llevándose a un gran número de raptos con él. No quería morir a manos de los suyos, si lo podía evitar.

Marius apretó los dientes, con tanta fuerza, que si no los tuviera tan cuidados y sanos se habría roto alguno seguro. Él era una gárgola, sí, pero había abandonado su ejército, su familia, pero no iba a ceder, solo quería encontrar venganza y morir en el intento, no quería arrastrar a ninguno de los suyos a ese destino, pero sabía que tenía que acabar con el asesino de Nueva Orleans y si esa era la única manera que así fuera.

—De acuerdo, lucharé a tu lado —comenzó Marius—, pero con dos condiciones, primero, nunca dirás que he estado aquí. Cuando terminemos con el problema me iré y nunca volverás a verme, y segundo, si en algún momento estoy en peligro de muerte, me dejaras morir, ni pestañearas para evitarlo —El vikingo iba a protestar, pero él levantó la mano para detenerlo—. Son mis condiciones, si no lo prometes, cazaré en tu zona de todas formas porque sé que me tendrás que matar y yo lo aceptaré gustoso. No te equivoques te he pedido permiso por respeto hacía a ti, pero no porque te tema, ni al castigo... cosa para la cual primero me tendrías que atrapar.

Ivar soltó una carcajada tan grande que retumbó en todas las paredes de la tranquila estancia.

—Debería castigarte directamente por tu osadía muchacho, pero la verdad es que me gusta tu desfachatez, es refrescante —Dejó de sonreír y le miró fijamente con fiereza—, pero no te pases. —Le advirtió y extendió el brazo para sellar ese trato.

CAPÍTULO IV

No podía soportarlo más, le dolía todo, nunca había estado tanto tiempo sin alimentarse. Se sentía débil. Debía salir y comer, no podía demorarlo más. A menos de un kilómetro de donde vivía encontró a un vagabundo acurrucado sobre un cartón donde éste había hecho su hogar. Desprendía un fuerte olor a alcohol, lo podía localizar desde lejos gracias a su agudo olfato.

Le gustaba elegir a sus víctimas, jugar con ellas y sacar su miedo a la luz, eso aumentaba la calidad del alimento, pero ahora mismo no podía, ni quería perder el tiempo, necesitaba comer y lo necesitaba ya. Saltó sobre el mendigo y giró su cuello obligándolo a mirarle, mientras le arrancaba su vida.

Él abrió mucho los ojos, aunque no era su propósito hacer que el hombre se muriera de miedo, éste afloró solo en cuanto se percató del destino que le aguardaba. Aquel hombre sabía que iba a morir y no podía hacer nada para evitarlo, estaba totalmente inmovilizado por la gran fuerza que le sujetaba. La vida iba abandonando poco a poco su viejo cuerpo y marchitándolo aún más, pensaba en la vida que había llevado. Su familia que casi tenía olvidada, como se echó a la bebida cuando perdió su gran trabajo como jefe de una multinacional.

Su mujer le abandonó y se llevó a los hijos de ambos cuando se volvió un alcohólico insoportable. Sí, es lo mejor que ellos podían haber hecho... y ahora todo eso no importaba, todo terminaba para él. La vida que perdía le devolvía la suya al raptor que iba saciando su hambre y recuperando su fuerza.

— ¡Qué coño te crees qué estás haciendo! Sí, tú, el nuevo, cabrón estás llenando la ciudad de cuerpos dejando todo lleno de pistas para la policía, ¿quieres qué nos descubran?, ¿no te han enseñado las normas?, pedazo de mierda.

Ni tan siquiera se giró, no dejaría que nada ni nadie interrumpiera su alimento por nada en el mundo, esta vez no.

— ¡Aparte de gilipollas!, ¿eres sordo?

El propietario de esa voz se le acercó tan rápido que no le dio tiempo a esquivar la patada que le propinó en las costillas cortándole la respiración, lo que hizo que involuntariamente soltará a su presa. En cuanto pudo moverse se giró para quedar de frente con su atacante. El que le dio la patada tenía compañía. Eran tres en total y en sus ojos solo había desprecio y algo más que pudo calificar como odio. Esos tres pares de ojos clavados eran idénticos a los suyos, violáceos, ¿les conocía?, ¿y si eran iguales, por qué no dejaban que completará su alimentación?, lo necesitaba.

Se sentía algo mejor, pero el hambre no había desaparecido.

— ¡Cogedlo! —Ordenó el que golpeo sus costillas. Era el más alto de todos y una fea cicatriz estropeaba su rostro.

Los otros dos no dudaron ni un segundo y se acercaron decididos a cumplir lo ordenado. Tenían caras de asesinos y su indumentaria lo confirmaba, llevaban pantalones de cuero negro y camisetas de distintos colores, no portaban armas, mejor, punto a su favor. Si querían dar miedo, en esa ocasión no era el caso. Lucharía hasta la muerte porque nadie le dejaría de nuevo sin comer. Se puso en pie para anticiparse al ataque.

El tipo que llevaba la camiseta ceñida azul le lanzó un gancho de izquierdas contra su mandíbula que esquivó hábilmente. Cuando se agachó para no recibir el golpe, él le propinó una patada en la rodilla, para que así perdiera el equilibrio y derribarlo. Ahora tenía justo detrás el que llevaba la camiseta verde militar, sin pararse a pensar se lanzó contra sus piernas en un placaje que hizo que su contrincante se estampara contra la sucia pared de ladrillo y aunque era fuerte consiguió dejarlo algo desorientado. Eran tres contra uno así que tenía que utilizar el factor sorpresa, era su mejor arma, y por ahora no le estaba yendo mal. Hasta que el alto se cansó de ver como tumbaba a sus hombres, éste le fue por la espalda, no le dio tiempo a reaccionar antes de que sintiera un fuerte golpe en la cabeza que le hizo perder el equilibrio y terminar en el suelo. Notó un pie en la garganta que casi le dejaba sin respiración y que le impedía moverse.

—¡Ahora ineptos! —gritó el grandullón.

Los derribados aún doloridos obedecieron al jefe y cogieron al raptor levantándolo del suelo, cada uno sujetaba fuertemente uno de sus brazos evitando que escapara. El primer puñetazo que le propinó el de la cicatriz fue directo a la boca lo que hizo que ésta sangrara, y pronto la sudadera con capucha que llevaba empezó a llenarse con su sangre. Menos mal que no le había saltado ningún diente.

—Vaya, vaya, mira Ivar, hoy es nuestra noche de suerte, hemos encontrado a unos raptores y encima al asesino que andábamos buscando... la vida nos sonríe.  Pero, qué tenemos aquí?, detecto que no son tus cómplices porque están intentando matarte, ño es así?,  chicos, estáis intentando quitarnos la divers n a mi amigo y a mí? —Marius se había quitado la chaqueta de cuero y tenía las manos descansando a ambos lados de su pecho, donde reposaban las empuñaduras de sus mortales dagas.

Los raptores miraron a las gárgolas, sabían que esta noche alguien morir a y esperaban que no fueran ellos. El rey Ivar estaba con un desconocido, parecía un gran guerrero, seguro que era el responsable de la muerte de muchos de los suyos. Pero no tenían miedo, luchar an hasta matarlos o perder la vida, para eso habían sido devueltos a la existencia. Era el segundo instinto más grande que tenían los raptores, y alimentarse de una gárgola realmente era como tocar el cielo con la punta de los dedos.

—Esto es asunto nuestro, gárgolas, así que si no quer is morir, iros ahora. Jugaremos otra noche —escupió esas palabras uno de los raptores, le encantaba luchar con gárgolas, pero el ne fite ese, les delataría delante de los humanos y Hades les castigar a, al del inframundo no se le conocía precisamente por sus benevolentes castigos. El de la cicatriz no estaba de humor para esos juegos.

—Te equivocas guapito, esto es más problema mío de lo que te imaginas —Marius no había terminado de hablar y ya había desenfundado su daga lanzándola acertando justo en el corazón del raptor que le había desafiado.

Sabía perfectamente que eso no le matar a, pero al menos le doler a mucho, lo suficiente para distraerlo, así fue, automáticamente soltó el cuello del asesino, aunque seguía sujeto por los de las camisetas de colores.

—Cuando ataque a esos dos coge al raptor. —dijo Ivar en un tono tan bajo sabiendo que solo su amigo lo oiría. La respuesta expresada por Marius fue un pequeño asentimiento.

El rey vikingo a una velocidad difícil de seguir por el ojo humano se fue directamente a por sus presas, y antes de que el raptor más alto notara su presencia ya había cogido a uno de sus secuaces por el cuello y lo había lanzado a través del callejón. El otro empezó a recibir golpes sin casi ver de dónde venían, los puñetazos se clavaban uno tras otro contra su duro cuerpo, en su estomago, cara, barbilla, no le dio tiempo a reaccionar, no tenía ninguna piedad, ese hombre era un verdadero vikingo, a Marius le hubiera gustado presenciar alguna guerra de Vikingos al lado de Ivar, nunca en contra claro. Tenía una fiereza en cada uno de sus movimientos que impresionaba, y la fuerza que tenía, haría a cualquiera pensarse dos veces el luchar contra él.

El raptor más alto se arrancó la daga del pecho aguantando el profundo dolor y fue directo por la espalda de Ivar, quién poseyendo una gran velocidad consiguió esquivar el golpe. «Dos contra uno, el juego ya empezaba a ser divertido» —pensó Ivar.

Pero lo que realmente dejó impactado a Marius fue que el pequeño raptor de la sudadera en lugar de correr para salvar su vida, (o desaparecer como en la anterior ocasión, que sería lo más sensato, máxime cuando ahora no era solo uno el que quería acabar con él, sino cinco), lo que hizo fue correr para arrodillarse frente al vagabundo, al que creía ya sin vida, para así seguir alimentándose. O estaba loco de remate, que era muy posible porque Hades solo devolvía a la vida a los peores asesinos y entre ellos muchos dementes, o realmente hambriento.

Lo que si tenía claro, era que no sentía ninguna lástima por él. Era solo un asqueroso raptor, a decir verdad unos de los más crueles que había conocido, y conocía a muchos en su larga vida. No lo mataría rápido, le haría sentir cada segundo de agonía que habían sufrido los humanos a los que él había arrebatado la vida de manera tan cruel.

Miró a Ivar por última vez por si necesitaba su ayuda, el asesino parecía estar en trance y sin ganas de moverse de ahí, al menos por el momento. Vio que el vikingo se las estaba apañando de maravilla con los tres, es más, parecía que si hubieran sido menos el tema estaría aburrido, se unió a la fiesta el que había caído anteriormente. Se encaminó hacia el raptor arrodillado, que se encontraba ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Le lanzó el brazo para agarrar su cuello pero tan solo consiguió coger la sudadera, lo que hizo que la capucha descendiera dejando al descubierto un cabello sucio y enmarañado, aún así no realizó ningún gesto de querer moverse de donde estaba.

—Tú, amiguito, te vienes conmigo; levanta. Puedes venir por tu propia voluntad, aunque sinceramente prefiero que pongas resistencia hoy no he hecho deporte y me encantaría patear tu culo hasta que me duelan los músculos —ordenó Marius.

Antes de terminar con la vida de ese hombre desplomado y ya inconsciente en el suelo una voz le sacó del trance en el que estaba, no sabía por qué pero fue algo automático y totalmente fuera de su voluntad.

Marius comprobó que al menos tonto no era el raptor y le había escuchado, había dejado de alimentarse y notaba que el vagabundo aun poseía latidos en su viejo corazón. Pero el raptor no se volvía... bien, le obligaría, sería mucho más divertido. Esta vez tiró de la sudadera con tal fuerza que le hizo caer para atrás dejándolo postrado frente a él. Pero nada en su dura vida le había preparado para lo que vio, su corazón dejó de latir... que la diosa Laya le ayude.

«Era Amanda, estaba viva..., y era un raptor...»

—Aman... Amanda, ¿qué demonios...? quién te ha hecho esto?, bueno eso ya lo sé, pero no es posible... va contra las reglas —Por debajo de unos cortos rizos muy sucios se veían sus ojos violetas mirándolo con curiosidad. No decía nada solo esperaba a ver que más ocurría—. ¿Te han cortado la lengua aparte del pelo, o qué? —Nada, no había respuesta—, bueno da igual, ya nos pondremos al día más tarde, ahora no tenemos tiempo. ¿Ves a ese hombretón tan grande y con tan mala ostia que está machacando a tus compis?, pues pequeña la siguiente vas a ser tú. Así que nos

vamos, ¡Ahora!

¿Amanda? Ese hombre la había llamado Amanda, ¿por qué?, ¿acaso la conocía? Tenía que reconocer que él le gustaba. Ese extraño de ojos verdes la miraba fijamente y no le molestaba, de ser otro ya le habría arrancado la cabeza.

Él esperaba algún tipo de respuesta por su parte, pero la verdad es que no sabía que decirle, no le conocía de nada. Es más, ella nunca hablaba con nadie, solo se pronunciaba para atemorizar a sus víctimas, no sabía si lo que estaba esperando ese hombre era una conversación, pero si era así lo llevaba claro.

El sujeto de cabello color rojo sangre quería que se fuera con él, pero ella no irá a ninguna parte y aunque existía alguna extraña atracción hacia él, no podía dejar de mirarlo y eso era algo que no podía negar... ella no se marcharía a ningún sitio. Solo quería que se fueran todos y la dejaran comer tranquila. ¿Nadie podía entender algo tan simple? Si tenían algún tipo de retraso, no era su problema.

Marius le tendió la mano, Ivar no tardaría mucho con aquellos seres y vendría a liquidarla, da igual lo que él dijera en su defensa, la mataría y preguntaría después. Estaba en la naturaleza de una gárgola matar raptos, así que tenían que huir y mantenerla a salvo, no dejaría que muriera, no, otra vez, no. Amanda no reaccionaba ante sus advertencias, pues bien se la llevaría a la fuerza si era necesario.

Marius no disponía de tiempo, pero no pudo evitar que se colara en su mente aquella reflexión, y la vio, no podía ni imaginar lo que debe suponer para un humano ser asesinado y luego resucitar siendo una asesina implacable, totalmente sola, y en otra parte del mundo, sin un maestro o alguien que le diera respuestas sobre su nueva naturaleza. Ahora entendía el porqué de esos asesinatos, nadie le había explicado las reglas, como alimentarse o quien la iba a castigar si era descubierta.

Ella ni si quiera sabía de la existencia de las gárgolas, murió antes de saber su secreto. Era una bomba de relojería con todo ese poder fluyendo dentro de sí misma sin ningún tipo de control.

La ayudaría, se lo debía. Haría que volviese a confiar en él, costase lo que costase.

—¿Qué coño haces Marius?, ¡al final se va a escapar!, con lo que llevó detrás de él.

«¡Mierda!», Ivar ya había centrado su atención en ellos. No quería luchar con su hermano... pero saldría de allí con ella viva a cualquier precio, aunque eso significara enfrentarse a él, y si tenía que matar a uno de su especie... que los dioses le ayudaran, pero lo haría.

Se giró para enfrentarse a Ivar, aún seguía en el otro lado del callejón. Estaba agachado junto a los raptos derribados. Éste alzó el brazo y sacó de su espalda una gran espada que siempre llevaba con él oculta bajo una larga chaqueta. Era un arma mortífera en sus manos de guerrero. Cuando la levantó la luz de la luna hizo reflejo en la afilada hoja que centelleó cuando fue cayendo hasta que sajó el cuello de dos de los tres raptos, lo que provocó que se fueran deshaciendo en el suelo. Al no recibir respuesta de Marius, ni oír ningún tipo de ruido de lucha, se puso en pie y observó fijamente la escena.

—¿Marius?

—Ivar, tenemos que hablar.

—¿Hablar de qué?, se va a escapar, ¿qué demonios te pasa?, vienes a mi casa pidiendo poder cazar a ese raptor, y ahora que le tienes, mírate, ¿qué te pasa?, pues lo haré yo. Solo es otro maldito raptor.

—Ese es el problema, no es un raptor, es una raptora. —dijo Marius viendo como escapaba el color en la cara de su amigo.

—¿Cómo es posible?, Hades no crea mujeres, va contra las normas. —dijo Ivar sin moverse aun consternado por la noticia.

Marius automáticamente puso a Amanda detrás de él y aunque ella era alta, él lo era más y mucho más grande por lo que quedaba totalmente tapada a la vista de Ivar.

El vikingo no podía creer lo que estaba viendo, su amigo escondía al raptor detrás de él para protegerlo, este hombre definitivamente había perdido la cabeza del todo. Avanzó hacia ellos.

—¡Hermano detente!, ¡no des un paso más! No es cualquier raptor, es Amanda la mujer de la que te hablé esta noche. Murió, pero ahora está aquí, viva, y no puedo permitir que le pase nada, tienes que entenderlo.

Ivar se paró en seco ante esa declaración, había muchas cosas que no encajaban ahí. Una mujer convertida en raptor, y no solo eso, una humana inocente convertida en raptor... algo se le estaba escapando. Tenía que hacerle entrar en razón, estaba claro que su amigo no estaba pensando con claridad, sobre ese asunto.

—Marius, no lo entiendes... esto va contra las reglas, Hades no puede convertir en raptor a un humano que en su vida mortal no haya sido un asesino. Y la mujer de la que me hablaste esta noche definitivamente no mataría una mosca.

El macho gárgola tenía que entrar en razón, si no tendría que luchar con él y luego ya hablarían.

—Los dioses son niños caprichosos, y lo sabes. Muchas veces no cumplen las normas porque piensan que están por encima de ellas al ser omnipotentes. Solo tienes que mirarte a ti, tú eras humano hermano, y Laya te convirtió en uno de los nuestros, cuando se supone que solo somos creados por nacimiento. Las reglas fueran hechas para ser quebrantadas. Y ella está aquí, y está viva que ahora es lo único que me importa. Tengo una segunda oportunidad, ¿o me quieres hacer creer que si Hades te devolviera a tu familia convertida en raptor les matarías? —Sabía que eso había sido un golpe bajo, vio cruzar de forma fugaz el dolor en la cara del vikingo, pero utilizaría todas las armas necesarias para no terminar en lucha contra él. No quería enfrentarse a Ivar, el lazo que les unía era más fuerte que el de una familia. Pero si no entraba en razón y aún así quería matarla, tendría que terminar con él, y si de algo estaba seguro es que era muy bueno en su trabajo, aunque el otro fuera tan buen rival.

—Voy a pasar por alto lo que has dicho de mi familia, porque entiendo que en este asunto no estás pensando con claridad. Estás confundido, siento decirte aunque te duela que esa mujer no está viva, la mujer que conociste murió esa noche y nunca va a regresar. La cosa que escondes

detrás de ti, es un raptor, y uno de los peores que he visto en mis muchos años de vida, ha cometido crímenes horribles, has visto los cadáveres que ha ido dejando por todo Nueva Orleans. Ella ahora es nuestro enemigo; fuimos creados para destruirlos, y por ello tiene que morir a nuestras manos.

Marius sabía que su amigo le estaba dando razones de peso, pero Ivar no entendía la importancia de que Amanda estuviera allí y el de mantenerla esta vez con vida.

—Lo siento amigo, pero eso no va a suceder. Te aprecio pero no me hagas elegir entre ella y tú, porque sin dudar mi elección siempre será ella. Se lo debo. —dijo Marius que no esperaba respuesta a eso, puesto que ya estaba dicho todo con su última afirmación.

Dejó caer su chaqueta de cuero, estaba preparado para entrar en combate. Mostró al descubierto sus perfectos brazos y se llevó una mano hacia la empuñadura de la daga que le quedaba. No quería usarla pero esperaba que fuera algo intimidatorio para el vikingo. Aunque sinceramente dudaba que fuera a funcionar.

—No me hagas herirte hermano, te debo la vida pero nunca dejaré escapar a un raptor y lo sabes, mataron a mi familia y por eso soy también ahora lo que tú eres. —Limpiaba la hoja de su espada en el pantalón de cuero, antes de guardarla de nuevo en su espalda mientras hablaba.

—La verdad es que me aburre tanta charla. ¿Vamos a luchar vikingo, o me vas a matar de aburrimiento? —Marius dejó tranquila la daga para prepararse al ataque que iba a recibir por su provocación.

Ivar acortó la distancia que les separaba en un segundo gracias a su velocidad sobre humana y clavó su puño de hierro sobre la marcada mandíbula de la gárgola, qué aunque esperaba el ataque no le dio tiempo a esquivar el golpe, éste hizo que su boca rompiera a sangrar.

Sin duda le había partido el labio. Sintió el sabor metálico en su lengua, pero eso no lo detuvo, tan solo hizo despertar su rabia hasta ahora dormida por el respeto a la hermandad que sentía hacia esa gárgola.

La patada que dio en las costillas del vikingo hizo que éste se doblara. En cuanto pudo le devolvió el ataque al agresor con un codazo en la boca del estómago, y cuando Marius se agachó por el golpe, Ivar remató con un cabezazo que le derribó. El vikingo se tiró encima del cuerpo de Marius y le golpeó sin cesar, tenía que dejarlo inconsciente para terminar cuanto antes con el problema que les estaba enfrentando, y algún día le perdonaría por aquello.

Amanda no podía dejar de mirar lo que ocurría, sorprendida por todo aquello, ¡que gente más rara! Sabía que hablaban de ella, lo que no llegaba a entender es por qué uno la quería muerta, y el otro la quería salvar, solo quería comer y que la dejaran tranquila. No conocía al pelirrojo, pero algo dentro de ella le decía que no quería que le sucediera nada malo. No se lo pensó dos veces y se abalanzó sobre el gigante que estaba encima de Marius con tal fuerza que no solo consiguió quitarlo de encima sino que cayó de boca contra el frío suelo. No perdió el tiempo en pensar que hacer, su instinto le dijo que clavara sus dientes, sus colmillos ya se habían alargado en respuesta de ataque, así que los hundió su cuello. Ivar notó como el veneno que escondía la saliva de raptor actuaba rápidamente.

El desconcierto viajaba por su torrente sanguíneo inmovilizando cada musculo a su paso. No entendía por qué el raptor ayudaba a Marius, los raptores no tienen sentimientos, y había quedado de sobra demostrado en los asesinatos que había cometido, pero aún así le estaba ayudando. Ahora no podría detenerlos, pero si no le mataban, en cuanto se pudiera mover la daría caza y la mataría. Lo último que pudo ver antes de que sus ojos se cerraran como piedras, es que el último raptor que quedaba en el suelo, había desaparecido.

Amanda se dirigió hacia Marius que intentaba ponerse en pie, tenía la cara ensangrentada. Ahora el hambre se había apaciguado, lo que tenía ganas era de infligir un daño infinito al hombre que le había hecho eso. Pero tenía que pensar con rapidez, tenía que salir de allí y llevarse al pelirrojo con ella antes de que el hombre caído se levantara y le dañara más de lo que estaba.

Marius tenía que reconocer que aunque llevaba el cabello más corto y estaba realmente sucia; esos ojos violáceos la hacían más bella que antes, si es que eso podía ser posible. Ella le ofreció la mano y él sin dudar la aceptó. Ahora la mujer era muy fuerte, y realmente una asesina letal. Había derribado a Ivar y le había inmovilizado, y todo ello para ayudarlo. Estaba seguro de que dentro de ella aún existía la mujer que conocía.

—Vamos, tenemos que irnos, ¡corre!

Se soltó de su mano y se puso en jarras desafiándolo con la mirada. Marius arqueó su pelirroja ceja ante esa reacción, sí, definitivamente esa mujer había adquirido últimamente mucho carácter. Ella cambió la mirada de él hacia el vagabundo inconsciente en el suelo, él lo entendió enseguida.

—Has comido lo suficiente. ¡Nos vamos!, ¡y no te lo estoy pidiendo! —dijo Marius y realmente hablaba en serio, esa noche ya había perdido la poca paciencia que le caracterizaba últimamente.

—No guerrero, no he comido lo suficiente, tengo hambre. Nos iremos porque no quiero que ese —Señaló a Ivar— se levante y te dañe, pero más tarde me tendré que alimentar y si te interpones en mi camino definitivamente acabarás como él.

—Vale —Marius extendió los brazos en símbolo de rendición. Amanda asintió, bajando la guardia y cuando miró al vagabundo casi se sintió arrepentida de no terminar lo empezado.

Marius no lo dudó, aprovechó este segundo de despiste, corrió hacia ella y con un sencillo movimiento la colocó en su espalda como si fuera un saco. La verdad es que esa mujer no pesaba mucho, pero lo que sí hacía era golpear, y lo hacía fuerte. Consiguió inmovilizar sus piernas sujetándolas contra su pecho, tuvo suerte antes de que ella le rompiera alguna costilla gracias a su nueva fuerza sobrenatural. Los brazos ya eran otra historia, y Marius rezó una plegaría para que no

sacará sus afiladas cuchillas de raptor, en ese caso le haría un nuevo tatuaje y la ropa no serviría ni para trapos.

La cuestión ahora sería poder llevarla y meterla en el coche, iba a ser algo al menos interesante de ver. Lo que tenía que hacer no le entusiasmaba, pero era la única solución si quería llegar algún sitio y ponerla a salvo antes de que Ivar se recuperara. Cuando diera la alarma tendrían a un ejército de gárgolas persiguiéndolos.

—Has comido suficiente Amanda, te dejaré alimentarte —al escuchar esto, ella dejó de golpearlo para poder escuchar lo que le decía—. Pero con la condición de que no volverás a quitar una vida, no lo permitiré, tú no eres una asesina. Y haré que lo entiendas aunque me lleve toda mi existencia, tengo una eternidad.

La bajó y quedaron frente a frente, quería ver la reacción que habían producido en ella sus palabras. En su rostro podía detectar ira. Estaba convencido que si no la hubiera transportado en la postura que lo había hecho sin duda le habría mordido dejándolo tieso como a Ivar. A la mujer la idea de que tenía terminar con los crímenes no le entusiasmaba en lo más mínimo.

—Sé que me odias, y qué en un rato me odiaras aún más. ¡A dormir! —le dijo Marius, Amanda solo tuvo tiempo de pestañear antes de recibir el golpe que le robó la consciencia.

CAPÍTULO V

El raptor corría malherido por unos túneles que transcurrían a lo largo de toda la ciudad. Decidieron construirlos aprovechando la catástrofe del Huracán Katrina, ya que los humanos estaban demasiado afectados por el desastre natural como para percatarse de lo que estaban tramando bajo de sus pies. Allí tenían la guarida perfecta. Se protegían del sol diurno y por la

noche podían cazar por donde se le antojara en cualquier parte de la ciudad, pero lo mejor de todo es que los utilizaban como conductos de huida cuando eran perseguidos por las gárgolas. Desaparecer era muy fácil, ya que tenían entradas a los túneles distribuidas por todas partes perfectamente camufladas para no ser detectadas por cualquiera que no fuera un raptor.

Era lo bueno de tener todo tipo de gente entre sus filas, ingenieros, arquitectos... los humanos no dormirían nunca si supieran que la mayoría de la gente que les rodean son asesinos potenciales. Por ejemplo: que su compañero de trabajo, el que se sienta en la mesa de al lado, está deseando matarlos a todos, o que el conductor del autobús que les lleva cada día por la noche se dedica a asesinar sin piedad. Pero bueno eso a él le daba igual, entregó gustosamente su alma el día que renació como raptor.

Ya estaba llegando al centro de la ciudad, allí es donde vivían. Habían elegido justo ese sitio por el ruido que había siempre en la superficie, eso les hacía pasar inadvertidos. A los lados del pasillo que estaba recorriendo estaban dispuestas grandes habitaciones de paredes grises. Tenían poco mobiliario, solamente un montón de literas apiladas, ya que cada día llegaban más y más asesinos.

Sin demasiados lujos, luces de baja potencia, ya que ellos se movían con gran soltura en la oscuridad. El túnel por el que andaba terminaba en una gran sala.

En el centro tenían una gran mesa gris metálica, donde se reunían como si fuera un cuartel general y tomaban las decisiones.

La mayoría de los raptos ya habían vuelto de alimentarse y arrebatarse las almas humanas para Hades.

Pero él buscaba a uno en concreto, a Xidel, su líder. No es que los raptos se rigieran por un rey, pero Hades siempre designaba en cada zona al más cruel de ellos para que fuera su representante y los raptos eran a lo único que respetaban, al dios del inframundo, conocido por

sus crueles castigos.

—Xidel —El raptor de cabello azul casi negro, desvió la mirada de la hermosa humana que se estaba alimentando para observar al raptor herido que le reclamaba— Escoria, estoy ocupado, espero que sea muy importante o me comeré tu corazón mientras agonizas de dolor, y luego no te decapitaré, te torturaré y disfrutaré con ello, tengo toda la eternidad. —Su sonrisa helaría el mismísimo infierno. Hades elegía bien quien le representaba.

—Sí señor, hemos encontrado al raptor que ha ido dejando cuerpos por toda la ciudad. —No levantaba la mirada del suelo mientras esperaba que esto complaciera al asesino.

—¿Y bien?, ¿dónde está? —Soltó a la humana que le servía de alimento que estaba tan al borde la muerte que se desplomó como una muñeca de trapo.

—Mi señor, la hemos perdido...—Xidel pegó un salto desde la silla que usaba de trono hasta colocarse ante el raptor que estaba postrado frente a él. Le agarró del cuello, y le arrastró a través de toda la sala a toda velocidad hasta que impactó contra la pared, quedando con sus pies colgados a un palmo del suelo. Se hizo un silencio sepulcral en la estancia.

—Explícate, y más te vale que lo que digas me satisfaga, ¿has dicho «la»?

—Sí Xidel, es una raptora. —El raptor intentaba no mirar los peligrosos ojos del hombre de quien tenía su vida en las manos.

—Eso es imposible, nunca se ha creado una mujer en nuestra especie, por eso no procreamos, tenemos que ser resucitados por Hades. —Se lo decía más para sí mismo que para los demás.

—¡Pues juro por mi negra alma que es cierto! Pero eso no es todo, esta noche salimos tres, cuando nos estábamos encargando de ella apareció el rey vikingo acompañado de otra gárgola que no había visto nunca y nos derribaron —pronunció estas últimas palabras con el miedo de que le matara, pero éste le escuchaba atentamente—. Las gárgolas también la querían detener, pero en cuanto el desconocido la vio, la reconoció, la llamó Amanda y ya no quiso poner fin a su vida...

—¿Qué más? —Se estaba impacientando, esta historia resultaba demasiado extraña.

—El rey intentó acabar con ella, pero el pelirrojo luchó para defenderla. El instinto primario de una gárgola es destruirnos... pero eso no es todo, el rey tenía al pelirrojo en desventaja así que la raptora mordió al vikingo y le inmovilizó para salvar al otro, cosa que también va en contra de nuestra naturaleza.

Xidel cada vez estaba más perplejo con lo que estaba escuchando, tenía que aclarar las cosas de inmediato y sabía perfectamente quién era el único que se las podía aclarar, Hades. Luego buscaría él mismo a esa raptora y la utilizaría para procrear, crear ejércitos de miles de raptos y dominaría el mundo.

Siempre había servido fielmente al dios, así que se la pediría como regalo. La compartiría con sus hermanos para aumentar la especie, ya no tendría que esperar que algún bastardo quisiera vender su negra alma para poder seguir matando. Sus carcajadas resonaron por toda la estancia silenciosa, no podía parar de reír ante la buena suerte que estaba teniendo. Cuando estaba vivo nunca le sucedieron cosas tan buenas. Se moría de ganas de arrancar el corazón al raptor que sostenía pero le necesitaba y le había traído buena información, así que le dejaría vivir un poco más.

—¡Cúrate, y límpiate! Tengo que ir a hablar con Hades. Cuando anochezca saldremos a por nuestra compañera y a matar a esa gárgola. —dijo Xidel, se oyó un gran grito de guerra de todos los raptos.

Tenía que estar soñando, había una mujer muy bonita que la sujetaba en sus brazos fuertemente, tenía el cabello negro. Sentía que era ella la que estaba tendida en aquel suelo, se le parecía, pero no tenía los ojos violáceos. La mujer que la sostenía lloraba desconsoladamente, le hablaba, pero no conseguía entender mucho de lo que decía, «no me puedes abandonar, tú no», ¿a qué se refería?

Cuando la morena apretó aún más el abrazo pensó que no podría respirar, es entonces cuando volvió en sí.

El dolor de cabeza que acompañó al despertar fue atronador, y soltó por su boca el rugido de un animal. Sintió unas fuertes manos sujetando sus rodillas, algo que le obligó a calmarse poco a poco. Fue abriendo los ojos para ver quién la consolaba mientras sufría porque no soportaba que la tocaran.

La luz solo era la que proyectaban unas pocas velas, todo lo que veía eran puntos negros. Tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces para que esos puntos fueran diluyéndose, y así poder enfocar la vista, el lugar donde la fijó era realmente grande, vio a un hombre que tenía el cabello rojo sangre. Cuando el dolor comenzó a mitigarse recordó que el dueño de esos ojos esmeraldas era el responsable de su lamentable estado. Automáticamente se abalanzó sobre él para clavarle sus dientes, le inmovilizaría y le torturaría lentamente hasta que llorará como un bebé.

Pero su plan tenía un pequeño fallo, ni siquiera se podía levantar, estaba fuertemente atada a una silla, no solo de manos, también sus piernas tenían apretadas sujeciones.

—¡Suéltame ahora mismo o me comeré tu corazón, te arrancaré los ojos y me haré unos bonitos pendientes!

—comenzó a gritar como un perro rabioso. Marius pensó que de un momento a otro le saldría espuma por la boca.

— ¡Amanda! Esa boca, no, no —acompañó esas palabras moviendo el dedo de un lado a otro delante de la cara de ella, si no fuera por la rapidez de él se lo habría arrancado de un bocado—, la última vez que nos vimos era más educada señorita —La miraba con aire desaprobador.

Al principio la forma de hablar de ella le dejó de piedra, pero más tarde no pudo evitar reír a carcajadas. Que cambiada estaba, él sabía que le odiaba, y lo merecía. Era una asesina por su culpa y recibiría gustoso el castigo que ella le impusiera, pero eso sería una vez que ella estuviera a salvo, ahora demasiada gente les quería muertos.

Los gritos no le sacaron de su ensoñación, pero si el pisotón que recibió. Eso le ocurría por confiarse, se había despistado dejando el pie demasiado cerca de ella, estaba atada pero parece que no lo suficiente como para evitar agredirle.

—¡Cabronazo te estoy hablando!, ¡no te conozco, y no me llamo Amanda!, ¿me has oído? ¡o te arranco las orejas para que me escuches!

—Amanda, sé que estás enfadada por lo que pasó y pagaré gustoso mi castigo, pero primero tenemos que salvar nuestro culo y luego ya te dejaré que hagas conmigo lo que quieras. A ver, ¿te has puesto un nombre terrible de raptora, algo que asuste? —Amanda al oír esto dejó de forcejear prestándole atención, así que él decidió seguir hablando para tranquilizarla—. ¿Cuál te gusta?, ¿Cruella de Vil?, pero lo malo es que ese ya está cogido.

Ella abrió los ojos como platos, ese hombre estaba loco, que nombre más feo.

—Mmm, ese no te gusta, vale, a ver déjame que piense otro... ¿Úrsula? —Al observar que la mujer abría aún más los ojos, le dijo—: Ya sabes, la mala de la Sirenita.

Conocía que se trataba de una película de niños, pero no recordaba nada de su niñez. Entonces se dio cuenta de lo que ocurría... el pelirrojo le estaba diciendo nombres de las «malas» de los cuentos. Se resistió, pero la hizo estallar en carcajadas, Marius al ver que había conseguido romper su coraza de rabia, se unió a ella.

Cuando ya les dolía la tripa de tanto reírse, ella se puso seria y le dijo:

—¿Has dicho que soy una raptora? —Marius asintió, no quería hablar del asunto, Amanda era una neófita, un volcán de emociones difíciles de controlar—. Vale, me puedes llamar Tory.

Marius que llevaba un rato pensando en ello, al final tuvo que admitirlo en voz alta.

—Pues bien, Tory, no recuerdas nada, ¿verdad? —quiso saber él.

—No, solo recuerdo unas semanas hacía atrás. No sé por qué te empeñas en decir que me

conoces, yo no te he visto en la vida. —Aunque sí que algo en él le resultaba familiar.

Marius recapacitó, podía contarle todo su pasado, que ya no tenía padres, que la única familia que le quedaba era su hermana adoptiva a la que ya nunca se podría acercar, ya que sus hermanos la matarían en cuanto entrara en su campo de visión, por lo que era, y lo peor de todo, contarle que él era el culpable de su situación, y que ella se lo reprochara por toda la eternidad.

Él podría aceptar que le odiara, pero no alejarse de ella, tenía que protegerla y daría su vida por ella. Esta vez no le fallaría. Así que escogería la segunda opción, lo mejor por ahora sería no contarle nada. Esa es la que eligió.

—Tienes razón, te pareces a alguien que conocí, pero mi deber es protegerte y los hombres que estaban en ese callejón realmente te quieren ver muerta, así que es mejor que sigamos juntos —ella asintió, por algún motivo que desconocía, no quería separarse de él—, ahora tenemos que descansar, cuando caiga la noche, los de tu especie y los de la mía, vendrán a por nosotros.

—¿Por qué? —Era como una niña pequeña llena de preguntas.

—Es una larga historia, mañana de camino prometo contártela. Vamos, te acostaré en la cama, no creo que sea muy cómoda, pero este hotel es lo único que he podido encontrar antes del amanecer. —le respondió Marius.

Ella observó la habitación, era pequeña, con una cama doble, un sofá con un estampado de flores horrible, un escritorio y la silla donde estaba ahora sentada. Su mirada se desvió automáticamente hacia la ventana, estaba cubierta de una cortina de un tejido bastante grueso, algo parecido al terciopelo, el color no sabría decir exactamente cuál era, bien por la suciedad o por la antigüedad. Luego la puerta, no parecía muy consistente, pero si venían a por ellos, ella podría defenderlos, era fuerte.

—De eso nada señorita, ni lo sueñes, dormirás atada hasta que pueda confiar en que no escaparás. —Ella le miró asombrada, ¿escapar? es verdad que él la había dejado inconsciente,

pero también le había salvado la vida, y no solo eso, por alguna razón que desconocía no quería huir de él.

—No me ates, no voy a escapar, si nos atacan no podré defenderme. —intento hacer entrar en razón a Marius.

—Yo lo haré. —Sin más palabras se puso en pie y se quitó la camiseta sucia y sudada, dejando al descubierto su pecho bronceado y bien torneado, tenía el tatuaje de un caballo salvaje negro, era impresionante.

No tenía más bello que un pequeño camino de pelo rojizo que empezaba debajo de su ombligo y se escondía debajo de sus pantalones, ese tórax era algo digno de admirar.

Amanda no daba crédito a lo que estaba sucediendo, Marius cogió una de sus dagas del escritorio, y la puso sobre su pecho, iba a gritar cuando él le hizo una señal para que se tranquilizara y antes de que a ella le diera tiempo para averiguar lo que sucedía, él se hizo un corte profundo encima del corazón, la sangre empezó a brotar por su pecho resbalando por su abdomen empapando su pantalón. Ella tenía los ojos que se le salían de las órbitas.

—Aman... Perdón Tory, yo Marius guerrero del ejército de las gárgolas realizo hoy mi juramento de sangre ante ti; te protegeré ante cualquier peligro, incluso ante mi propia especie. Si alguno de nosotros rompe un juramento de sangre lo paga con la vida, así que aunque no me conozcas, nunca, nunca, te fallaré. —Juró él.

Ella no sabía por qué, pero le creía. Pero para lo que no estaba preparada era para ver ese cuerpo desnudo de cintura para arriba, sangrando por ella, la excitaba y le daban ganas de alimentarse de él, pero no lo haría, no lo quería muerto.

—Tapa la herida, si mueres desangrado no podrás cumplir tu promesa, guerrero. —dijo ella, aunque lo decía más por no poner a prueba su control, ya que estaba muerta de hambre.

Así hizo Marius, se fue al baño y con un rústico botiquín curó la herida, en su cuerpo una

herida así no tardaría nada en cicatrizar.

Volvió, acostó y ató a la cama a su cooperadora Amanda. Incluso algo callada para su gusto, tras tantos gritos se sentía raro con su silencio. Fue al sofá, apagó la vela del escritorio y se tumbó, el asiento era muy pequeño para él, pero tendría que dormir algo, lo que les esperaba iba a ser muy duro.

—¿Tory? —preguntó Marius.

—¿Qué quieres coñazo? ¿Te tengo que contar un cuento?, Solo recuerdo el de la Sirenita y se la come un tiburón, ¡FIN! —respondió ella.

Marius no pudo evitar reír, la nueva Amanda tenía muy mal carácter.

—Mañana ducha, hueles peor que un animal muerto —recibió un gruñido en respuesta por parte de ella—. No era una sugerencia, si no lo haces tú, te bañaré yo y te frotaré con amoníaco, así que tú decides. —Si Amanda hubiera visto la sonrisa que tenía Marius imaginando dicha situación se comería su corazón.

—Inténtalo y te dejaré eunuco. —Y entre risas se terminaron durmiendo.

CAPÍTULO VI

Una de las ventajas de ser un discípulo de Hades es que se podía materializar en el infierno directamente sin necesidad de ser convocado. La orden de Hades era que antes de hacer eso se le

tenía que convocar, pero para Hades, depende del estado de humor en que se encontrara el caprichoso dios, acudía o no a la llamada y él no tenía tiempo, ni paciencia para esos juegucitos.

Se adentró en los túneles hacía su habitación, todos tenían que compartir cuarto excepto él, que era el jefe, como mucho con alguna hembra humana para pasar un buen rato, antes de arrebatarse su vida. Una vez allí cerró la puerta de un portazo, no se molestó en encender luces, o ponerse una camiseta, lo que le dejaba únicamente vestido con un vaquero desgastado, de lo que quedaba claro que su trasero haría perder la cabeza a muchas mujeres y su pecho podría haberse catalogado de obra de arte si la visión no se estropease por las miles de cicatrices que lo cubrían, pero no le importaba, él era un asesino y esas eran sus marcas de guerra.

Cerró los ojos con fuerza y se concentró en la puerta del infierno, era lo más lejos que podía llegar sin el consentimiento de Hades. Notó como poco a poco su cuerpo se iba desintegrando, en cuestión de segundos se materializó allí. Lo primero que sentías al llegar al infierno era un calor abrasador, lo siguiente eran los gritos desesperados de los condenados, almas robadas que permanecían encerradas y sufriendo por toda la eternidad en el infierno.

Abrió los ojos, y todo lo que alcanzaba a ver era roca, algún tipo de piedra vulcanizada negra. La entrada era de fuego, pero no fuego común, eran las llamas de los dioses. Cualquiera que intentara adentrarse en el interior sin la invitación del dios, se convertiría en ceniza en cuanto pusiera un pie en el umbral.

—¡Hades! —gritó, sabía que no era necesario ya que el dios sabía de su presencia desde que puso un pie allí.

De la gran puerta de fuego salió un hombre muy alto, podría alcanzar fácilmente los dos metros. El cabello negro lo llevaba peinado hacia arriba en una especie de cresta, los ojos eran de un color diamantino, los tenía rasgados, adornados con largas pestañas negras, poseía una

mandíbula fuerte y bien marcada, los labios carnosos parecían sacados de una revista de modelos masculinos, rodeando esos labios creados para pecar lucía una perilla negra como una noche oscura, era larga y afilada como una barba de chivo.

Llevaba puesta una chaqueta de cuero rojo que le llegaba hasta los pies sin nada debajo, lo que dejaba al descubierto unos abdominales rocosos. Su ombligo estaba rodeado por el tatuaje de dos serpientes mordándose las colas. La parte baja de ese impresionante uniforme la componía unos pantalones de cuero negro, realmente tan apretados no dejaba ni un solo musculo a la imaginación. Ese dios haría que cualquier mujer le regalara gustosa su alma por una sola noche de placer...

Hades intentó sin resultado mostrar una sonrisa, a través de sus labios se vislumbró un colmillo, entre eso y la mirada de furia definitivamente no funcionó su intento.

—Xidel amigo, eres con diferencia el raptor más desobediente que he creado. —Dio un paso hacía él para intimidarlo más, como si con su presencia no fuera suficiente, realmente era un dios al que se debía temer.

—Es...—intenta articular Xidel.

—¡No me vuelvas a interrumpir, nunca! —Esta vez le enseñó los dos colmillos—. Os tengo prohibido venir aquí sin ser convocados por mí. Te devolví tu alma negra para que volvieras a matar y traer almas al infierno, pero no te confundas, puedo quitártela cuando desee y pasarme la eternidad torturándote, ¡es mi afición favorita!, así que vuelve hacerlo y me harás realmente feliz —esta vez sí sonrió—, ahora habla, y más te vale que tengas una buena razón para haberme ofendido de esta manera.

En la cara de Xidel se veía que la amenaza del dios había causado su efecto. Si le temía, pero eso algún día terminará, cuando él se convirtiera en el dueño del mundo con su ejército de raptos le derrotaría y se ganaría con ello el favor de los dioses. Posiblemente podría dominar también inframundo y le premiarían con poderes por su hazaña. Hades no es que fuera muy querido por el resto de dioses, pero siendo el hijo de Cronos y Hera, no era desafiado por el resto

de las deidades, pero eso no quitaba que les molestara la crueldad de dicho dios, y si alguien terminara con él, se lo agradecerían eternamente.

—Mi señor, disculpe mi intrusión en sus dominios, pero hemos encontrado al raptor que ha estado causado estragos por toda la ciudad —Se hizo el silencio, Hades no parecía muy interesado en esos temas menores, decidió continuar ya que ese dios no era conocido precisamente por su paciencia— Mi señor, el asesino es realmente una asesina, es una raptora, la primera mujer convertida a nuestra raza en toda la historia —El dios esta vez sí que sonrió de verdad.

—¡Oh, mi pequeña!, así que ha sido ella la que ha cometido esos crueles asesinatos... que magnífica noticia. Esta estúpida norma que me impide interferir en vuestra guerra una vez que sois creados no me permite tampoco verla. —La cara de felicidad del dios casi rozaba el éxtasis.

—La quiero para mí, la usaré para procrear y que nuestra especie crezca sin necesidad que un desgraciado ofrezca su alma. Seré respetado por tener una mujer de nuestra especie. —Hades levantó la ceja ante la petición del asesino.

—Lo siento Xidel, pero eso no va a ser posible, ella fue devuelta al mundo con otro propósito. Es un caballo de Troya, ella matará a las gárgolas desde el interior. No sé por qué no lo hice antes, pero ella conseguirá lo que ninguno de mis inútiles hijos ha conseguido. —Sus carcajadas retumbaban por todas las rocas, el dios parecía que había perdido el juicio.

Xidel estuvo a punto de delatarse, ya que la rabia luchaba por salir por cada poro de su piel. Tuvo que utilizar cada pulgada de autocontrol que tenía para no sacar sus cuchillas y lanzarse sobre el dios y degollarle, pero sabía que ahora mismo era imposible, le aplastaría como una cucaracha. Tendría que esperar.

—¿Y cuándo cumpla vuestro plan me la podré quedar? —Tenía que intentarlo para no

delatarse.

—No, aléjate de ella, ¡es una orden!, cuando termine será eliminada, nadie creará raptos más que yo. —Se veía que Xidel le estaba robado la poca paciencia que tenía.

—Sí, señor.

Cuando se marchaba lo único que podía oír retumbando en sus oídos era la risa atronadora del dios. Podía reír lo que quisiera, ella sería suya, Hades no podía intervenir y el obtendría su venganza.

Su niñez pasaba ahora desfilando delante de sus ojos. No fue la vida de un niño para nada, no tuvo juguetes, ni tan solo un cuento antes de ir a dormir. Ni caricias ni mimos cuando estaba enfermo, o se hacía daño, ni tan si quiera abrazos en las noches de tormenta que le asustaba.

A veces su inocencia le ganaba la batalla y se ponía a jugar solo, o se creaba amigos imaginarios, ya que ninguno de sus compañeros quería jugar con él. Vivían presos del temor por las represalias que recibirían si les cazaban, él también lo temía y mucho, pero como niño que era a veces se permitía olvidarlo. Cada vez que fue descubierto, fue duramente castigado, hasta que acabaron matando su parte de niño, creció a marchas forzadas.

Lo único que hacían allí era recibir clases, todo tipo de cultura, idiomas, protocolo y duros entrenamientos deportivos, que con el transcurso de los años fue lo que se convirtió en su afición favorita. Allí podía quemar todo el odio que crecía hacia esas mujeres y sus matones que les tenían allí confinados.

Cuando su edad llegó a los quince veranos, su cuerpo infantil cambió, dobló su tamaño, por fin los músculos se desarrollaron y gracias al entrenamiento que recibía se había convertido en un joven muy fuerte. Pero aunque su cuerpo dio ese cambio tan grande su mente y espíritu seguía temiendo a esa gente. No conocía otra cosa que el dolor y el castigo desde que fue secuestrado y

encerrado allí. Cuando cambió la gente que le había criado, por llamarlo de algún modo, le dijeron que ya había terminado esa fase del entrenamiento y empezaría una nueva. Eso no fue algo que le agradara en absoluto, ya que él sabía que cuando sus amigos más mayores se habían desarrollado, se los llevaban y nunca los volvía a ver, pero algo que lo consolaba es que nada podría ser peor que aquello, o eso pensaba hasta ese momento.

Esa misma noche su sueño fue interrumpido, una de las «estiradas señoras» en su mente como las llamaba él, claro, fue a buscarle, venía bien escoltada por dos guardianes de la fortaleza a los cuales conocía muy bien por los innumerables castigos que le habían proferido. Desde que dio el estirón cada vez que una de esas odiosas mujeres iba a verle siempre aparecía escoltada. No lo entendía el porqué del acompañamiento, ya que por mucho que las odiara nunca pegaría a una mujer.

—¡Vístete con esto y acompáñame! —Arrojándole sobre su camastro un pantalón de seda negra.

Sin ningún pudor obedeció, estaba más que acostumbrado a que le vieran desnudo en cada momento de su vida. Cuando se quitó el pantalón de deporte con el que dormía y se puso ese pantalón que le hacía cosquillas sobre su desnuda piel, esperó nuevas órdenes.

—Ahora quítate la sudadera. —La estirada se quedó mirando su nuevo y torneado pecho.

Estaba deseando preguntar qué sucedía, pero la curiosidad y la rapidez de su lengua ya le habían traído muchos problemas en el pasado, así que se limitó a esperar, total fuera lo que fuera no podría hacer nada para evitarlo.

La estirada se giró y comenzó a caminar, él comenzó a seguirla de cerca con la mirada clavada en el suelo como le habían enseñado. Los guardias cerraban el cortejo tras él. Llegaron a unas escaleras, conocía perfectamente ese camino y no le gustaba, llevaban a las mazmorras donde había pasado muchas noches sin ni tan si quiera la luz de la luna como compañía. Esta vez no existía motivo para el encarcelamiento, pero a esta gente bastante poco les importaba los motivos.

Esta vez siguieron el pasillo dejando tras de sí las celdas, no se veía casi nada, lo único que evitaba que se tropezará y terminara en el suelo era la luz que proyectaba un candelabro que llevaba la mujer. Llegaron a una gran puerta de madera negra, era tan alta que se alzaba hasta el techo, uno de los guardias pasó junto a él y empujó sin ningún esfuerzo la puerta abriéndola.

Todo el entrenamiento que había recibido Marius no le preparó para lo que iba a ver tras de aquella puerta. Se encontraban en una gran estancia de piedra que habría sido realmente fría si no fuera por el fuego que chispeaba en una gran chimenea, pero lo que le dejó paralizado es que en mitad de la estancia se alzaba una enorme cama. El guardia le obligó a avanzar, pudo ver que la cama tenía sábanas del mismo tejido que los pantalones que llevaba y del mismo color. Le obligaron a tumbarse sobre ella y le ataron fuertemente de pies y manos a los doseles. El tacto de la seda sobre su espalda le produjo frío sobre su joven piel.

Algo sonó a su espalda, otra puerta camuflada en la pared de piedra se abrió y comenzaron a salir mujeres, de todas las edades, de todos los tonos de piel y tamaños. Algunas las había visto, pero otras eran completas desconocidas para él.

Cuando terminaron de desfilas aquellas mujeres y ocupar un lugar cerca de donde él se encontraba, surgió una última mujer con una capa y capucha. Llegó justo a su lado, se despojó de la capucha, y pudo ver entonces que se trataba de la mujer que llevaba convirtiendo su vida en un infierno desde que puso un pie en ese lugar.

—Este es tu futuro Marius —señaló a las mujeres que había en la sala—. Desde hoy hasta el día que abandones este centro serás entrenado para complacer a una mujer de todas las formas inimaginables. Desde este instante eres un esclavo sexual y puedo ver por tus encantos que servirás muy bien a la causa.

—¡No! —el grito fue acallado por un fuerte golpe que recibió de uno de los guardias.

—Hoy cada una de estas mujeres te tomará y usará tu cuerpo como fuente de placer. Con esto

aprenderás a no tener preferencias sobre belleza, edad o cualquier otra cosa, porque no te servirá, tú solo tendrás un objetivo en esta vida, complacer a la mujer. —Hizo una señal al guardia y éste arrancó de un tirón el fino pantalón que tapaba el miembro de Marius, ella lo cogió y frotó algún tipo de ungüento consiguiendo que se pusiera duro de forma casi inmediata, así ya estaba preparado para ser usado. Él la miró con odio antes de apretar fuertemente los ojos, preparado para recibir cada una de las cosas que había anticipado aquella mujer.

—No, no basta por favor, me duele, no puedo soportarlo más —gemía Marius.

—Marius despierta, vamos —Amanda zarandó al hombre tirado en el sofá hasta que consiguió que volviera en sí. No podía soportar los gritos de dolor que éste emitía en sueños.

Él se incorporó de golpe, lo que provocó que ella cayera al suelo de culo, pero con una velocidad increíble se levantó y se situó a su lado.

—Tranquilo, solo era un mal suelo —Pasó la mano por su corto cabello, ahora empapado en sudor.

Marius tardó un poco en poder enfocar la vista y poder ver que Amanda, su enemiga mortal por naturaleza, le estaba consolando tiernamente.

—Gracias —Él cogió la mano que le acariciaba y la estrechó entre las suyas, era algo diminuto, comparada con las suyas que eran enormes.

Ella rápidamente se zafó de su caricia.

—De nada —se puso muy recta—. ¿Qué soñabas? ¿Luchabas contra mi especie? —Parecía realmente preocupada.

Ojalá fuera cierto, y pudiera olvidar esos recuerdos aunque fuera un minuto de su existencia. Levantó una de sus perfiladas cejas y la miró con sus profundos ojos verdes.

—¿Tú no estabas atada? —exclamó.

—Tú lo has dicho, estaba atada —Tenía cara de una niña que había hecho una travesura, en

vez de una asesina, eso le hacía recordar a la dulce mujer que conoció.

—¡Ah, lo estabas! y ¿cómo se ha desatado señorita? Si se puede saber claro —La miraba con una media sonrisa.

La veía encantadora debajo de toda esa mugre, haciendo como que estaba arrepentida, aunque él sabía que nada más lejos de la verdad. Él intentaba aguantar para no ponerse a reír.

—Pues, no, no se puede —Se mordió con sensualidad el labio para evitar reír.

A Marius le sobrevino el deseo de atrapar a esa mujer de rubios rizos y colocarla debajo de él en el sofá para besarla con pasión, para demostrarle cuánto le fascinaba realizar aquel gesto, sin embargo continuó hablando para evitar caer en la tentación.

—¿Y por qué no has escapado? —preguntó Marius desviando el deseo.

—Te dije que no quería escapar, pero como eres un tremendo obstinado y no me escuchaste, por eso dejé que me ataras, para que de esa forma te quedaras más tranquilo. No me importaba permanecer así, he dormido en sitios peores.

Definitivamente la nueva Amanda le dejaba sin palabras.

—Bueno, gracias de nuevo. Ahora tienes que ducharte, hueles a mofeta, yo iré a buscarte ropa, a ver que puedo encontrar. —Era broma lo de que olía mal, pero le gustaba ver como se enfadaba, por otra parte no era mentira es que estaba realmente sucia.

Ella le miró levantando la ceja, estaba estudiando si morderle la yugular o simplemente reírse, ese hombre realmente conseguía divertirla.

—Quiero uno de esos. —dijo señalando los pantalones de Marius.

—¿Cuero? —Él tuvo que tragar saliva emocionado al pensar en las perfectas piernas de esa mujer enfundadas en un apretado pantalón de cuero.

Ella asintió moviendo su corto cabello rubio, que ahora se constituía en una masa espesa debido a la suciedad que albergaba.

—¡Pero no me pienso lavar! —Se negó ella.

—¡Oh, claro que sí, señorita! —Marius no lo pensó dos veces, la agarró en brazos y se lanzó directo hacía el baño.

La pilló por sorpresa, así que su instinto de asesina hizo lo único que ahora sabía hacer, defenderse. Alargó los colmillos clavándolos directamente en el cuello del hombre que era la parte del cuerpo que le pilló más a mano, cuando los hundió en la carne Marius automáticamente tuvo una erección, sabía que tenía segundos antes de caer paralizado por la saliva del raptor, después estaría así horas, posiblemente el tiempo necesario para ser localizados y eliminados.

Descendió a Amanda para evitar caer sobre ella cuando se derrumbara y en ese caso dañarla, aunque bien pensado casi lo merecía por haberle mordido. La miró perplejo.

—Lo siento, yo no quería, me asusté. —Realmente parecía asustada Amanda.

Marius esperó, pero la parálisis no llegaba, le habían mordido en otras ocasiones y ya tendría que estar totalmente inmovilizado en el suelo. Pero al menos de cintura para abajo estaba más vivo que nunca, y ya qué parecía que por ahora no se iba a desplomar, tendría que dar una lección a alguien.

Se lanzó contra Amanda y aprisionó su boca con la suya, la espalda de ella golpeó fuertemente contra la pared, debería haberle dolido, pero sus nuevos poderes le habían dado más fortaleza de lo que pensaba. Dejó la sorpresa a un lado y abrió la boca para recibirle, y así profundizó el beso enroscando su lengua a la de él.

Marius, introdujo una de sus manos en el enmarañado cabello de ella, y ésta le rodeó el cuello con ambos brazos. Entrelazó sus piernas por la firme cintura de él, mientras Marius con la mano libre le apretó del culo para atraerla más cerca de su dureza, fue donde ella se frotó salvajemente. El beso a cada instante se convertía en más rabioso, más bien parecía que se estaban devorando, ella bajó la mano por los duros pectorales de él que parecían esculpidos en granito, pero un chorro de agua fría hizo que se detuviera en seco y empezara a toser expulsando el líquido y

soltando al tiempo todo tipo de maldiciones.

—¡Pero qué coño!—exclamó sorprendida Amanda.

—Tenemos que irnos pronto o nos mataran, dúchate. —La dejó en la ducha, vestida, y totalmente empapada, pero sobre todo muy, muy enfadada.

Marius cerró la puerta y se apoyó en ella, tenía en el rostro una gran sonrisa. Esa mujer le iba a matar, no entendía porque los poderes de raptor no funcionaban con él, pero rezó una plegaria de agradecimiento a Laya por ello. Tampoco entendía la salvaje atracción que existía entre ellos ya que él hasta ahora había podido controlar perfectamente el deseo sexual, para eso fue entrenado, pero no con ella, era algo distinto. Pero ahora tenía que buscar pantalones de cuero, y eso, ¡uff!, realmente no ayudaba con su erección.

Ivar estaba que echaba humo cuando por fin pudo moverse y volver a casa. Ese niño caprichoso le había vendido ante su enemigo, le había dejado expuesto donde cualquier raptor podría haber acabado con su vida, él no se podría haber defendido y luchar por salvarse, pero eso no era lo peor, lo peor es que uno de su propia especie dejara que una raptora lo mordiera.

Les encontraría, terminaría con ella y a él le daría una buena tunda, luego se lo entregaría a Akiles para que le diera su castigo. Sabía que Marius no se lo perdonaría, pero eso no importaba, la traición de un hermano se pagaba con la vida, pero como se la debía, lo dejaría tan solo en un castigo.

Cogió el teléfono, era hora de informar al rey de Europa sobre lo que estaba sucediendo.

—Akiles, soy Ivar, necesito que vengas enseguida, tengo a tu muchacho.

Le relató desde que Marius se había presentado en su puerta, le pidió disculpas por ocultarle

que estaba allí, pero Akiles comprendió que Ivar le debía la vida de su hermano, deuda que finalizó en el momento que Marius le dejó tirado e inmovilizado en un callejón a la mano de los dioses, huyendo con una raptora. Akiles le pidió que esperara a que llegara y por muy enfadado que estuviera era consciente que se trataba del rey Akiles, al que le correspondía decidir la suerte de aquella persona. Ivar aceptó a regañadientes.

Akiles colgó el teléfono y pasó sus largos dedos por su sedoso cabello rubio, casi blanco. Se avecinaban problemas muy gordos y tendría que decidir entre su hermano, o hacer lo correcto para su especie. Fuese como fuese traería graves consecuencias.

—¿Quieres ver a mis cachorros? —preguntó su hermano.

Akiles había entrado sin llamar, realmente la puerta no estaba cerrada del todo. Era normal que el hermano estuviera emocionado, él y Sárilan venían de una ecografía. Hace unas semanas el médico confirmó la profecía de Marius sobre que venían gemelos, un niño y una niña, doble felicidad. Algo que realmente ayudó mucho emocionalmente a Sárilan después de la muerte de su hermana. Y ahora esto nuevo los problemas empezaban aquí y ahora.

—Claro que quiero ver a mis sobrinos, espero que salgan guapos como la madre. —Axel levantó una ceja sin parar de reírse por la broma de su hermano, desde que Marius faltaba no recibía tantas bromas. Recorrió el escritorio y se situó frente a su hermano.

Axel tenía una sonrisa que ocupaba toda su cara, y realmente odiaba tener que ser él quien la borrara, pero no había otra opción. Ahora que por fin era feliz después de décadas, no había nadie que lo mereciera tanto como ellos.

Le mostró la ecografía, se veía claramente como uno de los fetos tenía aplastado al otro.

—No me lo digas, ¿Marius dejando sin espacio a su hermana? —Akiles rompió a reír.

—Me temo que sí, va a ser tan acaparador como su tío. —Daría cualquier cosa por no estropear ese momento, pero no podía demorarlo más.

—¿Por qué no te sientas grandullón, tenemos que hablar? —Se dirigió a la puerta y la cerró,

consideró que lo mejor era que su hermano fuera el primero en saberlo, ya que le afectaba más que al resto.

—Claro, ¿qué pasa? —Se sentó frente al sitio que solía ocupar Akiles, pero en esta ocasión en lugar de ocupar el sitio de éste, se sentó a su lado.

—Acabo de recibir una llamada, era Ivar de Nueva Orleans, ¿le recuerdas?

—Sí, el rey vikingo, hace unos años luchamos a su lado. ¿Qué ocurre, necesita nuestra ayuda?

—Algo así, Marius está allí —Los ojos de Axel se abrieron hasta doblar su tamaño.

—¿Y a qué estamos esperando? Hablaré con Sárilan y podemos salir en una hora. Silas y Cormand pueden cuidar a las chicas en nuestra ausencia. No me lo puedo creer, es la primera pista en tanto tiempo —Estaba tan eufórico.

—Axel espera, aún hay más —le interrumpió Akiles, Axel pensó que en ese momento que podría haber más importante que aquello—, el tema es que, no sé cómo decirte esto, Marius no está solo, esta con Amanda, pero...

—¡Diosa Laya! —Axel no daba crédito a lo que estaba oyendo—. No puede ser, yo la vi morir con mis propios ojos. —El color había abandonado totalmente su rostro.

—Por favor, déjame terminar, no tenemos mucho tiempo —Axel asintió a regañadientes, tenía tantas preguntas—. Amanda murió esa noche como bien dices, pero ella ahora ha vuelto, ha vuelto como un raptor.

Axel se levantó de un salto de la silla y cogió a Akiles de la camiseta levantándole también, y le situó pegado contra la pared.

—¿Qué has dicho?, ¿insinúas que mi cuñada, una mujer inocente ha sido convertida en una asesina, en nuestro enemigo mortal?

—Sí, y si me sueltas terminaré de contarte. —Axel le bajó inmediatamente.

Sabía que Akiles se le podría haber enfrentado sin problema, pero entendía el desconcierto de su amigo. Aunque todos eran como hermanos, Marius y Axel eran como él y Scailar de sangre.

—Perdona jefe, estoy nervioso.

Siguió relatando como Marius había defendido a la raptora cuando Ivar intentó terminar con ella. Los dos sabían el sentimiento de culpa de Marius desde la muerte de ella, pero ayudar a un raptor iba contra su naturaleza, debía de costarle un tremendo esfuerzo. Por otra parte lo que les dejó más perplejos es que Amanda mordió a Ivar para defender a Marius, es bien sabido que los raptos solo son crueles asesinos y no tienen amigos, y desde luego nunca ayudarían a una gárgola.

—Ivar quiere matar a Amanda, y conociendo a Marius, como le conocemos, nunca lo permitiré, así que tendremos que encontrarlos y ponerlos a salvo, luego ya pensaremos como solventar los numerosos problemas que vamos a tener por traicionar a la raza, por no hablar de los que nos va a hacer el rey Vikingo cuando se entere de que realmente no estamos allí para ayudarle a matar a la raptora.

—Perfecto, lo arreglaremos ya lo verás. —Le dio una afectuosa palmada en la espalda.

—Tienes que hablar con tu mujer e informarla. Yo iré a por Silas le necesitamos, quizás a Marius no le podamos rastrear, pero daremos con Amanda cueste lo que cueste. No tenemos mucho tiempo, tengo el presentimiento de que algo muy malo está por llegar.

Su mujer estaba sentada bajo la sombra de un sauce llorón con su compañía favorita, un libro. Se odiaba por las noticias que tenía que darle. Prefería cortarse ambas manos antes de dañarla. Pero prometieron que nunca habría una mentira entre ellos.

Cuando ella le oyó acercarse levantó la vista y fijó sus ojos en él. Le dedicó una de las sonrisas que le tenía tan enamorado. Él se preguntaba cada noche cuando la veía dormir a su lado que habría hecho de bueno en la vida para merecer un ángel así. Se agachó junto a ella y capturó sus dulces labios en un beso abrasador, nunca se cansaría, su deseo solo crecía cada día. Tendría que contarle el asunto rápido si no el deseo le haría cogerla en brazos y subirla a la cama para

hacerle el amor hasta que los dos estuvieran agotados y saciados.

—¿Qué tal cariño? —preguntó ella con las mejillas sonrojadas por el beso y los brazos enroscados en su fuerte cuello.

—Bien preciosa, tengo que comentarte un tema, y la verdad es que es algo delicado. No tengo mucho tiempo, así que necesito que me dejes terminar antes de interrumpirme —se notaba que la conocía perfectamente y sería lo primero que haría antes de que se enterara de todo—, pero sobre todo tienes que prometerme que no te pondrás nerviosa, el médico dijo que no le viene bien a nuestros pequeños.

—¿Qué te ocurre, estás bien? —Ella ya mostraba el semblante preocupado y eso que aún nada sabía, ella era así, él no podía culparla.

—Sí, no se trata de mí. Pero antes de nada promételo. —dijo aun a sabiendas de que ella se alteraría mucho con la noticia, y desde luego no era para menos.

—Lo prometo, que cabezón eres cuando te pones en plan «soy todo un guerrero» —Axel sonrió y la besó.

Le empezó a relatar cómo habían descubierto que Marius se encontraba en Nueva Orleans. Le dijo que tenía que ir cuanto antes ya que no podían permitirse perder la pista de nuevo después de llevar meses sin saber de él.

Ella estaba feliz de que por fin fueran en busca de Marius, le debía mucho, estaba con Axel gracias a él, le enseñó cómo romper la maldición que mantenía a su marido convertido en piedra, y también le adelantó que tendría dos bebés.

Pero él sabía que esa felicidad se disiparía en cuanto supiera en la manera que su hermana había vuelto a la vida.

—Pero es una gran noticia cariño, llevamos mucho tiempo sin poder localizarle y ahora por fin volveremos a ser una familia. ¿Por qué tienes esa cara de preocupación? Ni que se hubiera muerto alguien.

—No he terminado Sari, tienes que dejarme terminar, ¿recuerdas? —Daría lo que fuera por retrasar ese momento, pero no había tiempo que perder, había demasiado en juego. Ella asintió para que él pudiera continuar— no sé cómo decirte esto para hacerlo más fácil, así que lo diré sin más —Su marido la estaba empezando a poner realmente nerviosa, él nunca se andaba con rodeos —, es Amanda, Sárilan, tu hermana no está muerta. —Ella se llevó la mano al vientre automáticamente, realmente nada en este mundo la había preparado para oír que la hermana que vio morir entre sus brazos, no murió realmente.

— ¿Co... cómo puede ser?, yo la vi morir, su corazón dejó de latir entre mis brazos. —Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas sin tan si quiera pudiera notarlo. ¡Su hermana lo que más amaba en el mundo!

Él la abrazó y dejó que se desahogara en llanto, si pensaba que esto era duro, saber que su hermana era una asesina del ejército de Hades no iba a mejorar su ánimo.

—No es lo que tú piensas cariño, Amanda sí murió ese día —ella levantó la vista y se enjuagó las lágrimas, cada vez entendía menos, le miraba con ojos suplicantes para que le contara de una vez que es lo que estaba ocurriendo, hasta ahora solo le estaba causando sufrimiento—, ha sido resucitada por Hades como un raptor, nuestro peor enemigo.

Ella ya había oído la historia, sobre las gárgolas y los raptos no entendía como el dios del inframundo la había convertido a su raza ya que su hermana no era una asesina, pero ahora eso realmente no le importaba, solo quería a su hermana y a Marius de vuelta a casa lo antes posible. Se secó las lágrimas y se puso en pie lo más rápido que su abultado vientre le permitió.

Axel miró atónito a su mujer, no era de su raza, pero era toda una guerrera, no podía ni imaginar lo que sería perder a un hermano, enterarte de que vive, pero que es un asesino, y aun así se secó las lágrimas y se irguió con toda la fortaleza en su mirada.

—¿Cuando salimos? —Puso los brazos en jarras.

—No, tú no puedes venir, va a ser muy peligroso. —Ella le interrumpió.

—Perdona amor, pero no te estoy pidiendo permiso —Y le desafió con la mirada por ver si era capaz de detenerla—. Perdí a mi hermana una vez, y me da igual que sea raptor, gárgola o el espíritu santo, voy a ir y nadie, ¿me oyes?, nadie me lo va a impedir.

—Sárilan, te entiendo perfectamente, pero tienes que quedarte y cuidar de nuestros hijos.

Sabía que tenía esa batalla perdida pero al menos debía intentarlo, a su mujer no le ganaba nadie a testaruda. En menos de una hora Axel, Akiles, Silas salían camino de Nueva Orleans.

CAPÍTULO VII

Le costó un gran trabajo que se lavará en condiciones, el cabello se lo tuvo que lavar él mismo. Desenredarlo fue toda una hazaña, Amanda le enseñaba los colmillos cada vez que el cepillo encontraba un nudo y él lo intentaba deshacer, y eso que tenía mucha práctica con el

cabello, él estuvo años con una melena muy larga, pero viendo el resultado bien valía la pena todas las amenazas e insultos que había recibido.

Amanda salió del baño enfundada en unos ajustados pantalones de cuero, visión que no dejaban a la imaginación nada de su perfecta figura. Sus ojos siguieron subiendo por su cintura hasta una camiseta roja, que dejaba al descubierto un sexi ombligo, en el escote se podía entrever la puntilla de un sujetador rojo que había conseguido, era un color que realmente le quedaba bien con su cabello rubio y con la palidez de su piel. Normalmente en una mujer no le llamaría la atención el cabello corto, pero ella lo llevaba por encima de los hombros adornando su rostro y por detrás corto a la altura de la nuca, los rizos formaban graciosos caracolillos. Con el nuevo look se la veía realmente peligrosa, pero era algo que le ponía excitado con solo mirarla. Nunca había conocido a una mujer como aquella.

—¿Qué? —dijo ella levantando una ceja y con una mano puesta en la cadera.

—Nada, solo admiraba lo que puede hacer un poco de agua y jabón, había una mujer debajo de toda la mugre rubita. —se burló, le encantaba picarla, aunque sabía que era mujer peligrosa.

—No me gusta que me miren, recuérdalo. —Esta mujer no se cansaba de desafiarlo, y aunque ahora ella poseía una fuerza sobrenatural, él la seguía doblando en tamaño y muy probablemente en fuerza, pero tampoco era alguien con quien le gustaría enfrentarse—. ¿Dónde iremos?

—Aún no lo tengo claro, lo único que sé es que tenemos que aprovechar la noche todo lo que podamos, y alejarnos todo cuanto podamos de Nueva Orleans. Los de tu raza seguramente te pueden rastrear y mis hermanos si no están ya peinando la ciudad, poco les tienen que faltar.

—Vale, iremos donde digas, pero primero me tengo que alimentar, estoy hambrienta, llevo mucho tiempo sin poder comer correctamente, ya no recuerdo lo que es sentirme saciada, y te aseguro que esta vez no me vas a estropear la comida. —Se notaba que lo estaba diciendo muy en serio, se la veía débil, cosa que no entendía con todos los asesinatos que había ido dejando.

—No entiendo porque estas hambrienta, no has parado de comer desde que llegaste a la ciudad, ¿No crees que ya es suficiente? —Él esperaba encontrar en alguna parte de ella, la antigua Amanda, que recapacitara sobre lo que había hecho, si no, tendría que detenerla, no importaba lo que hubiera hecho, pero ya no volvería a matar, de eso se iba a encargar personalmente.

Ella le miraba con ganas de patearle el culo, no sabía por qué era tan pesado con su alimentación, a ella le daba exactamente igual lo que él comiera o dejara de comer. Él poseía algo que la atraía y la hacía quedarse a su lado, y bueno podría vivir con eso, pero el tema de la comida no era algo negociable. Cuando no comía dolía, y eso la volvía rabiosa, era consciente que estar junto a ella en ese estado era realmente peligroso para cualquier otro ser.

—Bueno, hablaremos de eso por el camino —dijo Marius, ella asintió.

Él no sabía cuánto tiempo tardaría un raptor en debilitarse o morir si no recibían alimento, así que le daría de comer, pero no permitiría que arrancara nunca más una vida.

Xidel tenía la certeza de que podría encontrar a la raptora tarde o temprano, ya que ella era una neófita y dejaba demasiadas pistas, también que su compañero de viaje era un extranjero. Por el contrario Xidel conocía cada palmo de la ciudad, pero no podía perder el tiempo, tenía que dar con ella antes de ser descubierto por Hades. Sabía que ninguno de sus hombres le delataría, le eran totalmente fieles, y el que no lo fuera, le tenía demasiado miedo para ir en su contra, así que necesitaba medios para encontrarla y rápido, y sabía cómo, conocía gente que practicaba con las artes oscuras y que por un precio estarían encantados de ayudarlo.

No obstante había algo más importante en el plan, y era que necesitaba que el dios no

detectara sus planes hasta que le fuera demasiado tarde, y aunque se supone que las reglas no dejaban que los dioses intervinieran en esa guerra, ahora Hades estaba sobre aviso de que él deseaba a la raptora, por otra parte no pensaba pasarse la eternidad recibiendo castigos en el inframundo.

Cuando andaba entre los vivos ya le interesaba todo el tema esotérico y la magia negra. Desde que caminaba entre los muertos se había juntado con brujos, chamanes, espiritistas, pero la preferida hasta el momento era Irina que era una mezcla de todo lo conocido anteriormente. Nació con el don de la clarividencia, pero también tenía una gran unión con los espíritus, la tenían adoptada como una hija, por eso era llamada «la hija de los muertos» y el único precio que le interesaba de ella era el placer que le proporcionaba y que estaba gustoso de pagar, ya que poseía una inmensa belleza.

Irina era respetada y temida de igual manera en Nueva Orleans, vivía en una gran mansión en las afueras, se notaba que era bien pagada por sus servicios mágicos. Ya había llegado, el camino se le hizo corto perdido en sus pensamientos. Aparcó la moto en la entrada de la mansión, no era la típica mansión fortificada por grandes muros, no lo necesitaba, ya que sus defensas eran mucho más efectivas. Los espíritus de Irina se llevarían gustosos a cualquiera que intentara hacerla daño. Subió los escalones que le separaban de aquella casa azul celeste, el color preferido de la mujer, y antes de que sus nudillos tocaran la puerta acristalada, el mayordomo abrió y dejó ver su serio semblante.

—La señora le espera. —Le encantaba que ella supiera que llegaba sin tener que avisar de su visita.

El mayordomo le señaló el lugar de trabajo de Irina.

Con un asentimiento de cabeza caminó hacia donde sabía que la encontraría. La casa siempre estaba iluminada por candelabros, se podría denominar como un lugar lúgubre, pero para él era un lugar perfectamente iluminado. Recorrió el pasillo a través de una alfombra persa negra y llegó ante una puerta maciza de roble, no fue necesario llamar, ésta se abrió, estaba claro que en esa

casa conocían cada uno de sus movimientos.

Era una gran sala oscura, iluminada por velones negros y el fuego de una enorme chimenea. Enfrente de ella había una mesa redonda de caoba donde ella le espera sentada dándole la espalda. Su cabellera negra azulada se enroscaba en pequeños rizos a lo largo de su escueta y fina espalda, su piel del color del talco provocaba brillos con la luz de las velas, tenía un cuerpo menudo pero elegante. Rodeó la mesa para colocarse frente a ella y de esta forma poder ver lo más magnífico de su belleza, sus ojos azules, pero no cualquier azul, era el azul de un mar enfurecido en un día de tormenta, casi transparentes como el agua, destacaban notablemente contra su cabello.

Ella tenía en las manos unas cartas del tarot que empezó a barajar y las esparció formando un círculo perfecto.

—Xidel —Levantó sus ojos y los fijó en el rostro de él.

—Irina —después de tantos años aún le impresionaba como hacía ese gesto siendo la mujer ciega de nacimiento, pero estaba claro que veía más allá y no gracias los ojos carnales—, he venido...

— ¡Shhh!, siéntate y dame siete cartas.

Él obedeció, seguro que muchos hombres y mujeres pensarían que una mujer como ella, débil y delicada, pudiera tener tanta fiereza, pero él sabía muy bien lo peligrosa que podía llegar a ser. Fue eligiendo una a una las cartas y entregándoselas a la mujer que no apartaba los ojos de él. A la misma vez ella las colocaba en forma de cruz, cuando terminó de situar las siete cartas fue levantando una a una cada carta, pasando la mano por encima, no podía verlos, pero estaba claro que los espíritus le susurraban al oído el futuro.

—¡Impresionante!, Hades esta vez se ha superado, crear una mujer de tu especie, quieres que te ayude a encontrarla, pero sobre todo que encubra tu plan delante del dios. Él no quiere que uses a esa mujer, tiene sus propios planes para ella, y sabes que si eres descubierto te arrebatará tu

negra alma. —dijo Irina.

—Lo sé, ¿me ayudarás? —Tenía los nudillos blancos de apretar la mesa esperando una respuesta.

—Lo haré —aún quedaba una carta por voltear, cuando la tocó, su mirada se entristeció y le mostró la carta—. Xidel esa mujer será tu perdición. —La carta que quedó delante de sus ojos era la de la muerte.

—Me arriesgaré —dijo Xidel todo lo firmemente que pudo, su cuerpo había sentido un escalofrío recorriendo toda la columna vertebral. Irina nunca, nunca fallaba.

—Te daré dos de mis perros —prosiguió Irina—, ellos sabrán dónde se encuentra ella en cada momento y te llevaran hasta la mujer, solo tienes que dejar que te guíen, también te cubriré de un manto de oscuridad para que Hades no sepa lo que estás haciendo —leve pausa—, ¿Sabes el precio? —Ella unió sus manos esperando la respuesta.

—Claro que lo sé, y sabes que lo pagaré gustoso, para mi es todo un placer. —Se levantó y se acercó a ella.

Aún con la advertencia resonando en su cabeza, arrojó de un manotazo las cartas de la mesa y ella rio, le gustaba el deseo animal de aquel raptor. Él la cogió en brazos y la besó con tal fuerza que a una mujer de ese tamaño la habría partido, pero la hija de los muertos era realmente fuerte, también le gustaba que él se lo hiciera así de duro. La tumbó sobre la mesa y levantó la falda de su vestido largo azul turquesa y metió la cabeza en su húmedo sexo, con los colmillos le arrancó salvajemente la pequeña ropa interior que la cubría y la hizo gemir de placer cuando un colmillo la arañó el pubis rasurado, lo que hizo que se volviera aún más loca, él disfrutaba haciéndola gritar de placer. Es más, pensaba hacerla gritar durante toda la noche. En cuanto se incorporó ella desabrochó su pantalón para recibir dos agradables sorpresas, una no llevaba nada debajo del pantalón y dos, ya estaba listo para penetrarla.

Y así lo hizo, la penetró de una sola y dura embestida, él no hacía el amor, era toda fuerza y brutalidad, a ella le gustaba exactamente así. Estaba caliente y húmeda por él, caliente igual que la sangre que se derramaba por la espalda de aquel hombre a ella también le gustaba jugar duro, le había clavado las uñas a conciencia.

—Sé que no permitirás que me destruya —exclamó Xidel hundiéndose aún más dentro de ella consiguiendo que gritara más fuerte, la estaba llevando al límite del placer.

—Tienes razón cariño, nunca dejaré que te dañen —gimió ella.

Irina cobraba cantidades indecentes de dinero por sus servicios oscuros, pero él era su perdición y Xidel estaba gustoso de serlo.

En muestra de lo que le gustó la respuesta se agachó y clavó los colmillos en su blanco cuello, ella gimió mientras llegaba al clímax sobre su sexo.

CAPÍTULO VIII

Cuando fueron a coger el coche que Marius había robado el día anterior vio que la policía lo estaba registrando. ¡La noche empezaba bien!, Amanda se fue directa a la policía con los colmillos desenfundados.

— ¿Se puede saber qué haces? —Dijo Marius sujetándola por el brazo.

—Voy a deshacerme de ellos, no tardaré, espérame aquí, de paso me alimentaré, y todos ganamos —el gesto que le mostró Amanda era de ¿cómo es posible que no lo entiendas?, con lo

fácil que es.

—De eso nada, nos iremos andando y sin hacer ruido. ¿No tenemos ya suficientes problemas con gárgolas y raptos persiguiéndonos?, ¿qué quieres?, ¿qué añadamos a la lista la policía?, ¿en serio? Vas a conseguir que nos maten antes de que amanezca. —refunfuñaba más para él que para ella.

Amanda le miró con cara de pocos amigos. Arrastró de ella, pero la mujer plantó los pies firmemente en el suelo.

—Hazme caso por favor. —Le tendió la mano en un ruego silencioso y ella terminó aceptando, maldiciendo por lo bajo.

Tendría que dejar que se alimentara, la necesitaba fuerte por si necesitaban luchar, pero debería ser bajo su estricta supervisión. No podría permitir que robara más almas humanas, eso se había terminado. En cuanto se ocuparan de ello, cogerían un vuelo hacia algún destino, cuanto más lejos mejor.

—Vale, tú ganas. Iremos a que te alimentes, pero con una serie de reglas —aceptó Marius.

Iban atravesando los callejones, utilizando las sombras que los edificios proyectaban para pasar inadvertidos. Amanda se paró en seco y él estuvo a punto de tropezar contra ella. Ahora la mujer le prestaba toda su atención.

—¡No me gusta que me den ordenes! —se quejó ella.

Realmente era una fiera difícil de domar, y eso a Marius le divertía.

—Si no cumples esas normas no comerás, si es necesario te llevaré inconsciente todo el camino y te aseguro que será largo, hasta que estemos a salvo —ella enseñó los colmillos y siseó —, pero te aseguro que prefiero que te alimentes, recuperes fuerzas y puedas viajar y luchar a mi lado, lo que nos espera va a ser realmente duro, así que tú eliges.

Aunque a ella no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, aquel hombre en unas pocas

horas le había demostrado que la quería poner a salvo. Así que lo intentaría a su manera.

—Dime tus malditas normas. —Levantó una ceja mirándole desafiante.

Marius sonrió, le gustaba que ella le siguiera desafiando aunque aceptara. Le vinieron ganas de besarla, hasta dejar que le mordiera con uno de sus colmillos, pero se abstuvo de mostrar esos deseos internos mostrándose serio.

—La primera y la más importante; nunca más volverás a arrebatar una vida humana, me refiero para alimentarte, en ocasiones en la lucha desgraciadamente tenemos bajas civiles. Segunda; yo elegiré de quien te has de alimentar —ella abrió la boca para protestar, pero él colocó un dedo en sus labios para acallar su protesta—, para que no incumplas la primera norma tiene que ser alguien sano y que su corazón sea fuerte para que le puedas robar parte de su vida —ella asintió —, y por último, pero no menos importante, cuando te pida que te detengas lo harás. Al ser neófita es posible que aún no controles cuando tienes que detenerte para que no perezca la persona que te va a servir de sustento.

—¿Y tú como puedes saberlo?

—El poder que me fue concedido es el de leer la mente, yo podré calcular como se siente.

—¿Puedes leer la mente?, es un gran don. —Ella se mostraba realmente interesada.

—No te creas, a veces es el peor de los castigos. En ocasiones no te gustaría saber lo que los demás piensan de ti. —le sonrió.

—¿Puedes leer mi mente? —Le tocó la cara como así poder compartir con él sus pensamientos.

—Solo pequeños flashes, quizás debido a tu raza. Mi don no funciona con los raptos, pero contigo puedo ver algo.

A Marius le gustaba sentir el tacto de aquella pequeña mano.

—¿Yo también voy a tener un don? —Parecía una alumna en el primer día de clase embriagada por la necesidad de adquirir conocimiento.

—Para tu raza es distinto, pero también tenéis muchas habilidades. Por ejemplo, tenéis mucha fuerza, velocidad, garras afiladas como cuchillas, y sois prácticamente inmortales, pero es una larga historia, si lo deseas después en el camino te la contaré—le propuso Marius.

Ella asintió sonriendo, por un instante le recordó la antigua Amanda, tan dulce e inocente. Esa fue mujer que habría conseguido tener al hombre que hubiese deseado a sus pies, pero falleció por desear tenerle a él. Era un monstruo, siempre lo fue por mucho que pensara que el ejército le había cambiado.

—Vamos. —La cogió de la mano, por fin estaba conociendo algo sobre aquella mujer, ella feliz le siguió.

Un hombre fornido caminaba por la poca iluminada acera, mostraba la figura de su gran espalda a través de una fina chaqueta vaquera. Sobre su cabeza portaba un gorro de seguridad como los que se usan en la obra. Su rostro se veía cansado y con rastros de haber sudado, seguramente debido a su trabajo. Marius se adentró en su mente.

Pudo comprobar cómo el hombre había tenido un día realmente duro en el trabajo, solo deseaba llegar a casa y después de una ducha bien caliente que consiguiera relajar sus contraídos músculos podría sentarse a ver el fútbol con una fría cerveza. «Sí, definitivamente aquel hombre les podía servir», pensó. Cuando ella terminara manipularía su mente para que en su memoria solo apareciera el haber parado a tomar una cerveza en un bar.

—Tory, él te servirá de alimento —señalando al sujeto—, ¿te parece bien? —Ella sonrió ampliamente como un niño cuando le dejan salir a jugar—. ¿Recuerdas las reglas?

—Sí papá. —ella rio a carcajadas ante la ocurrencia que ella misma había tenido.

—¡Sí fuera tu padre ya te habría dado unos buenos azotes señorita! Recuerda lo más importante, no le hagas daño, él no es tan solo un alimento, es lo que te ayuda a seguir viviendo, trátalo bien.

Amanda asintió y decidió probar, por ahora hacerle caso no le estaba yendo mal. Marius se

adentró en el callejón para poder observarla de cerca y así intervenir si ella no pudiera controlarse.

La mujer se dirigió hacia el hombre moviendo sus caderas más de lo necesario para el gusto de Marius. Llegó a la altura de su víctima y cesó el contoneo, le obstruyó el paso regalándole una erótica sonrisa. El hombre la miró de arriba abajo totalmente impresionado por la figura de aquella rubia que tenía delante, una mujer vestida de cuero y tan imponente, le estaba sonriendo a él, ¡no se lo podía creer!

—Buenas noches hombretón, me preguntaba si serías tan amable de ayudarme. —ronroneó estas últimas palabras.

—Claro, en todo lo que le pueda ayudar será un placer. —pensaba que ese era su día de suerte.

Siempre había sido afortunado con las mujeres, pero la que tenía delante era un ángel caminando.

—Es mi vehículo, se me ha parado y no consigo ponerlo en marcha de nuevo. Sabes, llamaría un taller pero a estas horas no hay ninguno abierto por la zona y tengo que llegar al trabajo, mi jefe es un desalmado si llego tarde me despedirá. Si le pudiera echar un vistazo —Ella amplió aún más su sonrisa y aleteó varias veces las largas pestañas sobre sus grandes ojos azules dándole un aspecto sensualmente encantador.

—Por supuesto se me dan bien los coches, mi padre era mecánico. ¿Dónde está el coche?

—En la calle de aquí atrás, cruzando justo este callejón. —le señaló el oscuro lugar donde se escondía Marius.

—Vamos, preciosa echemos un vistazo a esa avería. —se animó el hombre posándole una mano en la espalda a la rubia.

No entendía casi nada de coches, pero no perdería la oportunidad de poner a esa rubia sobre el capó y darle lo suyo.

Marius leyó las intenciones en la mente del hombre y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no ir y arrancarle la cabeza del cuerpo al desgraciado. Un gruñido en desahogo, maldijo a los dioses y sus estúpidas normas, algunos humanos eran monstruos que merecían castigos igual de duros, y muchos se pasaban la vida haciendo daño a los demás y aún seguían sueltos sin pagar por ello, debería permitir que Amanda le dejara seco. El solo pensamiento que un hombre la tocara le ponía enfermo, es más, simplemente que pensarán en poseerla ya le estaba haciendo tener el deseo de matar al que fuera. Cuando vio que se acercaban se adentró aún más en las sombras para no ser visto.

Se adentraron en el callejón, ella podía sentir latente la excitación del hombre. Era una nueva emoción para ella, jamás se había alimentado de esa emoción, ahora era consciente de la potencia de esa sensación, y gustaba la idea de nutrirse de ella. Aquel tipo le lanzaba furtivas miradas lascivas cuando creía no ser observado, sus pensamientos eran casi translucidos para Amanda, en aquel momento no era necesario tener el poder de Marius para intuir todo lo que el hombre estaba deseando hacerle. No pudo resistirlo más y de repente el sujeto la volteó apoyando la espalda de ella en la fría pared del callejón, la pasión de él la divertía enormemente, cuanto más excitado estuviera aquel hombre más fuerza le daría el alimento. Atrapado su cuerpo con los músculos de él antes de que pudiera tan siquiera pestañear tenía los labios del hombre sobre su boca devorándola con un deseo voraz.

Ella abrió los labios para recibir lo que él estaba dispuesto a darle, no le interesaba en absoluto, pero mientras él disfrutaba de una de sus fantasías sexuales ella estaba recibiendo un succulento alimento, el tipo ni si quiera se percataba de este hecho, en esta perfecta ecuación todos ganaban, hasta Marius, ya que no estaba dañando al humano, o eso pensaba ella, el hombre dejándose llevar por la pasión del momento la agarró fuertemente del culo, eso hizo que su amigo abandonara las sombras donde se mantenía oculto. La furia en la cara de Marius habría

aterrorizado al más valiente. Amanda le hizo una señal para que se detuviera, no había roto ninguna de sus reglas, por lo que tenía el derecho a que la dejara continuar alimentándose. Marius, por desgracia, sabía que tenía razón, pero deseaba arrancarle las sucias manos a ese parásito por atreverse a manosearla, no permitía que nadie excepto él la tocara, desconocía de dónde demonios nacía ese pensamiento pero sabía que era desde dentro de sus entrañas. Tan rápido como éste acudió a su mente lo desechó, ¿cómo podía enseñar a Amanda a no dañar a los humanos cuando se alimentara si el mismo le quería matar? Respiró hondo y volvió a tomar distancia con ellos, eso sí, sin quitar los ojos de la escena.

Intentó tranquilizarse, ver el tema con perspectiva, ese hombre no significaba nada para ella, era un objetivo para un fin, solo era comida, ella le utilizaba, se lo repetía como un mantra para tranquilizarse. Se sentó con la espalda en la pared de enfrente guarecido por la oscuridad, cerró los ojos para intentar volver a su ser, pero no estaba teniendo mucho éxito, si alguien sabía lo que era ser utilizado, ese era él.

Cuando terminó su entrenamiento había cumplido los dieciocho años. Durante todos esos años le habían enseñado todas las maneras para satisfacer el cuerpo y la mente de una fémica. Su lema hasta el día de su muerte sería «vivían por y para complacer a la mujer» la seducción para él o cada uno de sus compañeros no tenía ningún misterio, podrían conquistar a cualquier mujer que se propusieran y en cualquier situación posible. Al principio los chicos se negaban a colaborar, no querían esa filosofía de vida, pero terminaron aceptándolo y respetándolo, para lograr aquella filosofía fueron violados cada noche desde que alcanzaron la edad a la que la institución consideró que ya podían tener relaciones sexuales, a veces era a una edad demasiado tierna. Llegaba el día en el que comprendían que su cuerpo solo era un medio para dar placer a la mujer y que ese era su destino en la vida, en cuanto entendían eso, su vida se volvía más fácil.

Cuando por fin estuvo preparado le mandaron a Grecia, donde una mujer que ya rondaba los cincuenta había pagado realmente una fortuna por el joven del cabello color sangre. Siempre había sido muy llamativo por su color de ojos y pelo no sabía si llamarlo un don o una maldición, quizás con un color más común habría llevado una vida normal. Aunque la estrambótica mujer siempre le recordaba «que las mujeres le querrían más por sus otros atributos». Antes de marchar a Grecia le advirtieron que sería vigilado de cerca y si su nueva dueña daba quejas volvería a casa para recibir castigos inimaginables. «no, nunca volvería se prometió».

Estaba deseando marchar a su nuevo destino, desde que fue llevado al internado de niño hasta que tuvo esa edad siempre había estado vigilado y supeditado a los caprichos y placeres de unas u otras mujeres, pero ahora solo tendría que ocuparse de una, el resto del tiempo quizás podría tener tiempo para él, para leer, una de las cosas que más le gustaban. Le había enseñado uno de los niños mayores y siempre que podía por la noche cogía un libro prestado de la biblioteca y en su pequeño camastro tan solo con la luz de una vela se guarecía pasando la noche leyendo aventuras imaginando que se encontraba en otro lugar, gracias a Dios nunca fue descubierto, a saber que le habrían hecho en ese caso. La mujer a la que tenía que complacer era conocida por tratar muy bien a sus esclavos, si estos la tenían bien servida, cosa que a él realmente se le daba bien.

El hombre estaba tendido en el suelo, pálido. Amanda sabía que tenía que parar, pero se sentía tan bien, tan fuerte y poderosa. Marius no la detenía por lo que debería ser que aún le quedaba tiempo. El tipo había pasado de la excitación al estado de puro terror, en cuanto intentó manosearla, ella le derribó sin ningún esfuerzo. Ya no le besaba, le sujetaba con su pequeña mano sobre su pecho, le tenía en una especie de trance, sus ojos la miraban con pavor, el corazón latía débilmente, casi imperceptible, sobre su palma. La vida iba abandonando aquel hombre, sus ojos se volvían opacos, sabía que tenía que detenerse ahora, pero estaba ya en el punto de no retorno. Amanda cerró los ojos y se abandonó a lo que estaba por venir, una parte de ella no quería

hacerlo, no quería matarlo, se lo había prometido a Marius, pero era más fuerte el deseo de acabar con aquel hombre.

Una brisa alborotó cortos rizos de aquel ser, refrescó su cara e hizo que abriera los ojos. Y allí estaba la mujer rubia. Quería alargar la mano y tocarla, pero no podía, era tan bella. Se agachó a su lado y le hablo con voz melódica.

—Cariño, detente, tienes que parar ya o le mataras, y yo sé que no quieres que él muera. —La miraba con ojos que reflejaban un inmenso amor.

—De verdad que me gustaría poder hacerlo, pero es que no puedo, además él me dijo que me ayudaría —señaló la oscuridad donde se supone que tendría que estar Marius—. No quiero que muera, no quiero. —Realmente algo estaba cambiando dentro de ella.

—Lo sé Amanda, sé que es duro, pero tienes que detenerte, tú nunca fuiste una asesina, puedes parar yo confió en ti —pasó la mano cerca de su mejilla y aunque no llegó a tocarla, ella pudo sentir el calor de su tacto sobre la piel—. Además, él te necesita, por eso no ha podido venir a detenerte—le señaló a Marius.

No podía verle por la oscuridad. Sabía que tenía que parar por él, la necesitaba. Cuando se giró para dar las gracias a la desconocida, había desaparecido, pero había cumplido con su propósito, salvar al humano, debía ser un ángel o algo parecido. Se había referido a ella como Amanda, ¿la conocía? Dejó al hombre inconsciente en el suelo y corrió hacia su amigo.

Cuando llegó a la gran mansión se maravilló del lujo y de su arquitectura, pero sobre todo de los maravillosos paisajes y vegetación del lugar. Era algo digno de ver y se sintió dichoso de haber sido enviado a vivir a un sitio como aquel. El servicio disponía de varios criados, nada más

llegar fue instalado por uno de ellos en sus aposentos. Lo que más le impactó fue un balcón desde donde se admiraba toda la majestuosidad del verde campo, respiró profundamente el fresco aire y pensó que no recordaba la última vez que había sido feliz.

Le informaron de sus obligaciones, serviría a la ama siempre que se le requiriera, y el resto del tiempo podría vagar libremente por la mansión. Tendría acceso libre a cualquier cosa que deseara piscina, libros, los jardines, deporte, todos sus caprichos se harían realidad mientras hiciera correctamente su trabajo y aunque era muy joven sabía que lo hacía mejor que bien.

Esa misma noche conoció a su dueña, aunque rondaba los cincuenta años, o casi, era una mujer realmente bella, su cabello era negro azabache, le caía en una cascada de rizos hasta la cintura, su figura era la de una joven. Sus ojos negros le miraban cautivándole desde el primer momento que la vio. Así que realmente darle placer fue algo que no resultó ser una obligación. Con el tiempo ella le enseñó algo que el joven chico no esperó nunca aprender, a tener sentimientos. Poco a poco y día tras día fue enamorándose de ella. No solo compartían el lecho, compartían el día a día, paseaban a pie o a caballo, leían juntos en la biblioteca, se bañaban desnudos en cualquier lago, y hacían el amor en cualquier lugar que les apeteciera como dos jóvenes enamorados.

Pero Marius descubriría que el amor es lo más doloroso que existe en el mundo y por algo le enseñaron a no sentir.

Amanda se acercó silenciosamente a Marius y se arrodilló a su lado, vio que tenía los ojos abiertos, pero estaba claro que no la veía. Su mirada estaba perdida en algo más lejano y profundo.

—¿Marius? —reclamó, no obtuvo respuesta alguna, ni tan siquiera pestañeaba.

Le acarició la cara donde una incipiente barba hacía su aparición, pero aún así no consiguió que saliera de la ensoñación. No sabía si daría resultado, pero decidió probar otra cosa, acercó sus labios, ahora un tono más rojo gracias a la alimentación, y los posó suavemente sobre los de

él. Marius sintió el tacto de unos labios suaves y carnosos que apenas le rozaban. Pestañeo varias veces, notaba los ojos realmente secos y por fin pudo enfocar su vista, encontró a una mujer aún más hermosa de la que había visto apenas hace un momento, ¿cómo era eso posible?

Sus mejillas ahora tenían un tono sonrosado que resaltaba sobre su piel tan blanca e inmaculada, pero incluso su piel ya no parecía tan pálida. Sus rizos brillaban ahora mucho más, y los labios tenían un tono fresa que pedían a gritos ser besados. Sin pensar en la reacción que podría tener la nueva y peligrosa Amanda la levantó y la sentó a horcajadas sobre él envolviéndola en un fuerte abrazo.

Sorprendentemente ella no forcejeó o le golpeó, solamente se acomodó más cerca apretando su pecho contra el de él, pero lo que hizo de improviso le dejó totalmente de piedra, ella envolvió los brazos en su cuello y le abrazó apoyando la cabeza dulcemente en la curva de su cuello. Este gesto le llenó más que cualquier beso o sesión de sexo salvaje.

Sabía que estaban en peligro, que tenían que huir, no había tiempo que perder. Pero necesitaba ese abrazo, sentirla cerca.

Pensaba que la había perdido para siempre y ahora la tenía entre sus brazos, dio gracias a los dioses por ello. Daría cualquier cosa por quedarse con ella así para siempre, para poder ofrecerle seguridad. Algo hizo que automáticamente abandonara esos pensamientos. Buscó con la mirada rápidamente al hombre del que se había alimentado Amanda, estaba tumbado en el suelo, bastante pálido se le visionaban las venas a través de la piel que ahora parecía un papel translucido.

¿Le habría matado?, sería su culpa, era la primera vez que ella se alimentaba desde que la encontró y él le había prometido que la ayudaría, sin embargo se había distanciado con sus recuerdos. La mujer que tenía sentada sobre él había cometido asesinatos horribles y él estaba ahí exactamente para evitar que volviera a ocurrir. La antigua Amanda ya no existía ahí adentro.

El hombre que sirvió de alimento respiró algo más fuerte y Marius vio como su pecho ascendía, estaba débil pero vivo, Marius sintió un gran alivio.

—¡Lo has conseguido, está vivo! —La estrechó aún más entre sus brazos—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Sí, aunque ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida, tenía mucha hambre y es muy duro romper el vínculo. —decidió omitir la parte en que el ángel la había ayudado.

—Lo has hecho muy bien, siento no haber estado para ayudarte, pero no volverá a pasar. — Ella sonrió ampliamente ante el reconocimiento, no sabía por qué, pero lo que pensará ese hombre la importaba de verdad.

No lo pudo evitar y en la efusividad de la alegría del momento la llevó a besarle, primero un beso tímido, para volverse posteriormente en exigente. Él reaccionó acorde al momento abriendo los labios e introdujo su lengua en la boca de ella, devoraba cada centímetro de su ardiente boca, ella lamia sus labios, ella comenzó a restregar su cuerpo con el de Marius, algo que empezó a volverle totalmente loco. Amanda introdujo sus pequeñas manos por debajo de la camiseta de Marius y comenzó a tocar sus abdominales duros como granito, él la atrajo más hacia su erección agarrando su firme culo.

Si el hombre no hubiera recuperado la consciencia en ese momento y soltado un gemido de terror al ver la escena, Marius la habría tumbado sobre el frío suelo y la habría hecho suya, esa mujer era su talón de Aquiles. La suerte fue que la víctima estaba muy débil para salir corriendo. Marius depositó un suave beso en los labios de Amanda y la apartó a un lado, cosa que no le gustó nada porque seguía protestando mientras se alejaba de ella.

Se arrodilló frente al hombre que había conseguido apoyarse sobre los codos y le miraba con los ojos desorbitados por el terror. Marius centró sus verdes ojos sobre los del hombre y se introdujo lentamente en la mente de él, aquella persona tenía la certeza que se trataba de dos monstruos y que le iban a asesinar, algo era cierto, en lo de monstruos no estaba totalmente

desencaminado.

—No tengas miedo, no te vamos a hacer más daño. Ahora vas a olvidar todo lo que ha ocurrido esta noche. Solo recordarás que te quedaste hasta tarde trabajando y luego tomaste unas cervezas antes de llegar a casa, por eso te sientes tan mareado y cansado. —El hombre asintió y Marius le ayudó a incorporarse. Se fue despacio como si realmente hubiera tomado más cervezas de las que pudiera soportar.

Marius cogió la mano de Amanda y empezaron a caminar, tenían que alejarse de esa zona tan poblada de la ciudad para poder robar un coche, caminaban rápidamente y en cualquier otra parte del mundo habría llamado la atención, pero no en Nueva Orleans, allí había gente de lo más vario pinta.

Marius vio una gran cafetería y cayó en la cuenta de que era él quien llevaba todo el día sin comer, lo cierto es que no recordaba cuando llevaba sin alimentarse. Decidió hacer una parada rápida para nutrirse y seguirían su camino, justo un poco más adelante había un tranquilo barrio residencial donde buscarían un coche para posteriormente dirigirse al aeropuerto más cercano. Tenían que salir de esa ciudad para intentar evitar la persecución de Ivar y los raptos.

—Vamos, haremos una parada —le señaló la cafetería que habría por la noche, una de las cosas por las que le gustaba tanto esa ciudad—, necesito comer algo y sobre todo un café doble. —comentó Marius.

—Sí, necesitas comer, estás muy pálido.

—Bueno, seguro que sigo siendo irresistible igualmente. —Y la sonrió, ella pegó un suave puñetazo en su hombro. A él le gustaba hacerla sonreír.

Entraron en la cafetería, Marius se fue a la barra pidió un café doble solo y una *cookie* de chocolate para llevar, hacía una eternidad que no comía una y le daría a Amanda seguro que le encantaba. Ella estaba distraída mirando el lugar. Se acercó hasta a él que ya estaba pagando y cogiendo lo que había pedido.

—Marius, mira somos nosotros. —le dijo acercándose a su oído para no llamar la atención de la gente que estaba distraída a su alrededor.

Él se giró para ver a qué se refería; fue cuando lo vio, una foto de ella en las noticias de la noche, decían que eran los responsables de los asesinatos acometidos en la ciudad y que estaban bajo orden de busca y captura, cualquiera que les viera tenía que avisar a las autoridades. Habían cerrado los aeropuertos, estaciones de tren, autobuses.

—¡Mierda! —Maldijo él y tiró de Amanda para salir de allí lo antes posible llamando lo menos posible la atención.

—¿Por qué salimos en la tele?

—Los raptos están infiltrados en la policía, en el gobierno, en todo el mundo, igual que las gárgolas, de esta manera se aseguran que no podamos escapar, el problema es que nosotros no podemos acudir a las gárgolas para que nos ayuden. Esto va a ser muy peligroso y difícil, pero no te preocupes, lo vamos a conseguir, ¿vale? —Se le veía muy cansado y preocupado.

Ella le apretó el brazo en gesto de fidelidad.

—No te preocupes, estamos juntos en esto, lo conseguiremos. —confirmó Amanda, él asintió, no sabía cómo lo harían, pero tenía que mantenerla a salvo.

Siguieron andando hasta el barrio residencial, rápidamente y sin mirar hacia atrás. Al llegar vieron un sitio con viviendas de lujo, sus casas victorianas, cada una de tonalidades distintas. Cada cual tenía su propio espacio asignado para aparcar el coche y un pequeño jardín en la parte delantera, seguramente en la parte trasera sería más extenso. Marius pensó en coger el primer coche que vieran, pero vio como entraba un coche oscuro por la entrada de la urbanización y estacionando en la entrada de una bonita casa blanca. Perfecto, no tendría que hacer el puente, tendría las llaves.

—Ahora deberás quedarte detrás de ese árbol, voy a coger ese coche y nos iremos por fin de esta maldita ciudad. —Le señaló el árbol más cercano al vehículo, tenía la certeza de que ella

sería sigilosa para que no la detectaran.

—Pero yo puedo hacerlo, mira es un hombre, le puedo engatusar y coger las llaves. —Marius levantó las cejas y la miró.

—Déjate de trucos femeninos para otro momento. Me meteré en su mente para que piense que dejó el coche en el taller por unos días, si denuncian la desaparición del automóvil comenzarán a buscarnos y eso no nos conviene. —Ella le gruñó marchándose bien enfadada hasta el árbol que le había indicado.

Marius se acercó al hombre que sacaba unas bolsas de la compra del maletero, fue silenciosamente y se colocó justo detrás de él. El hombre vio una sombra en el suelo justo detrás de él y temeroso dejó las bolsas y se volvió lentamente. El ver al ser que tenía delante casi hizo que se orinara en los pantalones, le sacaba por lo menos dos cabezas, y tenía pinta de un asesino en serie con aquel cabello de color rojo sangre, rapado, ojos verdes en una tez blanca con rasgos afilados y un cuerpo que podría matarte con una sola mano.

—Por... por favor no me mate, le daré mi cartera o lo que quiera. Tengo dos hijos, no me haga daño. —Marius pensó que verdaderamente tenía que tener mala pinta.

Normalmente, era de los hermanos que menos mala impresión daba, era en el que los humanos más confiaban.

—No voy a hacerle daño, ahora míreme a los ojos —fijó su pupila en los ojos negros del hombre—, ahora me dará las llaves de su coche, lo ha tenido que dejar en el taller porque le hacía un ruido extraño que no le gustaba nada. En el taller le han dicho que por lo menos en unos días no sabrán nada, por lo que no se preocupará. Ahora cogerá sus bolsas y se irá a casa con su familia y descansará. ¿Me ha entendido? —El hombre asintió entregándole las llaves a Marius, agarró sus bolsas y se fue derecho a su casa.

Marius se subió en el coche y le hizo un gesto a Amanda que también entró rápidamente con una elegancia felina. No se molestó en ajustar su cinturón de seguridad, pero si el de su

compañera de ojos violáceos. No era necesario ya que los dos técnicamente eran inmortales, pero prefería que fuera asegurado.

Las ruedas chirriaron cuando él pisó fuertemente el acelerador para abandonar la calle. Intentaba ordenar sus pensamientos. La primera prioridad sería abandonar la ciudad, refugiarse en el campo hasta que fuese seguro escapar más lejos. Ese coche le gustaba era muy rápido, cuando se quiso dar cuenta ya estaban en carretera, tendrían que coger lo antes posible una carretera secundaria donde sería más difícil ser detectados por las cámaras de tráfico o radares. Tendría que comportarse y no saltarse normas de circulación, ahora eran los más buscados.

—¿Por qué te molestas tanto en huir?, si me entregaras todo esto terminaría para ti, sabes que no me debes nada, ya me has ayudado mucho. —Él se quedó de piedra, si supiera realmente todo lo que le debía no le perdonaría en toda la eternidad.

—Lo hago...—«díselo», su conciencia pedía ser absuelta. «si se lo dices, la perderás, otra vez»— lo hago porque quiero y punto.

La idea de perderla era más de lo que podía soportar, prefería que cien raptos le arrancaran las entrañas.

Encendió la radio dando por zanjada la conversación y ella así lo detectó. Se puso primero a tararear, pero luego pasó a cantar a pleno pulmón alegremente, y lo mejor de todo es que se le daba bien, tenía una bonita voz. Cuando más tiempo pasaba con la nueva Amanda más le costaba verla como una asesina, sí, era una guerrera, y tenía instintos salvajes, pero ¿asesinar?, le costaba pensar en ella de esa forma.

Perfecto en la siguiente salida tenían una carretera secundaria, por los carteles pudo ver que transitaba por los pueblos más pequeños y menos poblados. Sí, encontrarían un buen sitio para quedarse durante un tiempo.

Se incorporó en la nueva carretera que estaba muy poco iluminada, menos mal que su vista

nocturna era muy buena. Había un solo carril para cada sentido y el arcén era apenas transitable, a ambos lados lo único que se vislumbraba era abundante vegetación. Mirando a la oscuridad de la noche presintió que algo no andaba bien, bueno podía estar volviéndose un poco paranoico porque realmente en ese momento nada es que fuera bien. Pero ahora era algo más, comenzó a estar más nervioso, apagó la radio, Amanda le miró, ella también lo podía notar. Los dos empezaron a recorrer todo con la vista para ver de donde procedía esa sensación de amenaza.

—¡Mira!, ¡Ahí justo detrás de nosotros!, nos siguen. ¿Cómo no lo hemos detectado antes?

—Porque hasta ahora han dejado mucha distancia, el coche es oscuro y llevan todas las luces apagadas —dijo Marius acelerando el coche.

No les había visto venir, se había despistado, la mujer que llevaba a su lado producía ese efecto en él, y eso les podría costar la vida.

—¿Cómo nos han encontrado?, ¿son de tu raza o de la mía?

—No lo sé, creo que son raptores, si fuese Ivar nos habría atacado directamente, no suelen ir por la espalda. Tory escúchame bien —ella abrió sus ojos violetas y le miró—, voy a intentar darles esquinazo, pero si no podemos escapar habrá que luchar. Quiero que te mantengas al margen y lo más alejada posible. ¿Me entiendes?

—¡De eso ni hablar! —¡Ya estaba ahí la guerrera!, le estaba desafiando con la mirada.

—Si no me haces caso tendré que luchar y estar pendiente de protegerte y con eso solo conseguirás que nos maten.

Ella asintió pero se notó que no le gustaba ni un pelo recibir órdenes de nadie.

Volvió a centrar la vista en la carretera, tenía que darles puerta como fuera, en el primer desvío que encontró pegó un volantazo que hizo que Amanda se empotrara contra el cristal. Se adentró en el camino de tierra a toda velocidad. El coche que les seguía al verse descubierto tomó el mismo desvío hacia la izquierda a la misma velocidad que el perseguido, derrapó fuertemente desde la parte trasera del coche. El brusco movimiento y la gravilla del camino hicieron que casi

se perdiera el control del vehículo.

Solo tenían un carril y a la velocidad que estaban conduciendo si en ese momento viniera un coche de frente quedarían hechos papilla, solo esperaba que al ser una hora tan alta de la madrugada no encontrarse ningún vehículo en sentido contrario. Pisó con rabia el acelerador ganando algo de distancia en relación a sus perseguidores, pensó que quizás se habían alineado los astros y podrían escapar. Pero estaba claro que él no recibía esa clase de suerte de las deidades. A ambos lados del coche comenzaron a ser adelantados por motocicletas, algunas les miraban cuando pasaban, pudieron ver sus colmillos y sus ojos violáceos tan parecidos a los de Amanda. Decidió dar bandazos laterales para intentar deshacerse de ellos, consiguió que la motocicleta de la izquierda perdiera el equilibrio y se estrellara contra unas rocas, automáticamente estalló en llamas. Cada vez aparecieron más, Amanda se agarró fuertemente a la puerta, a Marius le caía una gota de sudor, no había escapatoria, tendrían que luchar.

Pero fue demasiado tarde, no le dio tiempo a reaccionar, una de las motos que iba delante de ellos tiró algo en el suelo frente al coche, no pudieron esquivarlo, tan solo pudo intentar controlar el vehículo hasta que las ruedas pisaron el objeto del suelo, las ruedas estallaron perdiendo totalmente el control del coche. El vehículo comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. Tan solo le quedó tiempo de abrazar a Amanda con la intención de protegerla con su propio cuerpo, al no llevar el cinturón abrochado consiguió acercarse más a ella. Los locos giros cesaron cuando el coche impactó sobre algo. Sentía dolor en cada parte de su cuerpo, que fuera inmortal no significaba que el dolor se notara menos, otro regalito de los dioses. Sintió pequeños cristales clavados por todo el cuerpo. Empezó a palpar el cuerpo que tenía entre sus brazos, buscando posibles heridas o huesos rotos.

—¡He grandullón!, antes de esas confianzas tendrás que pedirme una cita —Su voz sonaba quebrada por el dolor, pero estaba viva, y eso era lo único que ahora importaba.

El río la gracia y volvió a abrazarla, ella gimió del dolor. Dio las gracias a la diosa Laya.

—Lo tendré en cuenta, ¿puedes correr?

—Creo que sí —Tenía un corte bastante feo en la frente, pero por lo demás parecía que estaba bien.

Marius salió dando una patada a la luna delantera. Una vez fuera la ayudó para que abandonase el coche, le dolía cada parte de su cuerpo. De repente unos focos se fueron encendiendo iluminándolos uno a uno, estaban rodeados de raptos.

Instintivamente la ocultó tras de sí, pero por su puesto ella no era de las que se quedaban detrás mientras como los demás luchan las batallas por ella. Unió su espalda a la de él y desenfundó sus blancos colmillos, comenzó a gruñir a su propia especie, definitivamente el dios de la guerra estaría orgulloso de esa mujer, al menos Marius lo estaba.

Eran unos veinte raptos, tenían órdenes de llevar a la hembra ileso, pero la gárgola era otro cantar, podrían divertirse con ella lo que quisieran. Alimentarse de una gárgola realmente era un manjar de los dioses.

—¡Danos a la hembra y solo te arrancaremos la cabeza! —dijo un pelirrojo de dos por dos.

—¡Qué amables!, ¿has oído Tory?, quién podría rechazar una propuesta tan encantadora, pero yo soy todo un caballero, así que preguntemos a la señorita, ¿quieres ir con estos capullos a algún sitio?, seguro que viven en una alcantarilla preciosa —dijo Marius recordando al que fue antaño. Sonreiría con esa media sonrisa que le caracterizaba y le hacía tan irresistible y chulo.

—Mmm, déjame que piense, la verdad es que no son mi tipo, no me gustan los tipos sucios y poco agradecidos, antes me haría el harakiri. —Los raptos no daban crédito ante la complicidad que tenía la hembra de su raza con el enemigo.

—¡Vaya!, ¿y eso porque? —preguntó Marius fingiendo auténtica consternación.

—¡Por qué no me gustan los sacos de mierda! —gritó Amanda, empezó a arder la ira en su violácea mirada.

Esto llenó de rabia a los raptos, ¿cómo se atrevía a preferir a una gárgola antes que a ellos?, iniciaron el ataque. Primero avanzaron de uno en uno para así poder valorar a sus enemigos. Amanda no tenía ni idea donde había aprendido a luchar, pero se le daba muy bien esquivar y golpear bien fuerte. Un enemigo le lanzó un gancho de derecha pero ella se agachó esquivándolo de esta manera, y una vez abajo le propinó una patada lateral en la rodilla, sonó como el hueso se rompía y el receptor del golpe soltó un aullido de dolor. Una vez le tuvo en el suelo, saltó sobre él y empezó a pegarle puñetazos en la cabeza hasta dejarle el rostro desfigurado.

—Tienes que arrancar su cabeza para que muera. —le informó Marius, mientras él hacía lo mismo con el que le había tocado en suerte.

Ella asintió con la cara manchada de sangre, proveniente tanto de su propia herida como la del infeliz que tenía debajo de ella.

Sus enemigos pronto se dieron cuenta de que les habían subestimado y avanzaron en masa, iban a tener que inmovilizar al macho con su veneno para poder encargarse de ella, se consideraban realmente buenos trabajando en equipo.

Marius temía transformarse en ese momento delante de ella, quizás cuando viera su forma real huiría de él, o pensaría que era un monstruo, pero haría lo que fuera necesario para mantenerla a salvo, así que decidió realizar esa transformación.

Antes de que la avalancha de raptos llegara hasta ellos comenzó la transformación. Sus piernas musculosas pasaron a ser unas fuertes patas de caballo. Amanda sintió como de repente la tierra temblaba bajo sus pies. Y cuando se giró para ver lo que estaba ocurriendo vio lo más increíble que habían visto sus sobrenaturales ojos. Marius se alzaba majestuoso sobre un cuerpo de caballo, tenía el pelaje igual que su cabello, rojo del color de la sangre, mitad hombre, mitad caballo, «un centauro». Sus antes insólitos ojos verdes, ahora brillaban con una luz especial. Tenía el torso al descubierto y pudo comprobar cómo se formaban músculos en cada sitio que posara sus ojos, esa visión solo le traía una idea a su mente, «lámele». Tenía que dejar de pensar en eso, ahora no era el momento, y sacudió la cabeza como para despejar su mente. Aquel ser en sus

fuertes y nudosas manos sujetaban un arco que parecía hecho exactamente para él, encajaban a la perfección.

Los raptos que ya estaban más que familiarizados con las gárgolas empezaron a sacar sus garras para la lucha que se avecinaba, esta acción les dolía horrores, otro regalo del vil dios que les creó, pero aguantaban el sufrimiento como guerreros que eran, en cambio Amanda estaba estupefacta mirándolo. Marius la miraba suplicante esperando una respuesta, o alguna reacción por su parte. Era un guerrero, pero lo que ella pensara para él era muy importante.

—¡Eres impresionante grandullón!, si salimos de esta me lo tendrás que contar todo —expresó ella guiñándole un ojo.

Marius le sonrió en respuesta y por fin pudo respirar, un poco más y se hubiera puesto morado esperando su reacción.

—¡Atacad imbéciles!, ¿a qué demonios estáis esperando? —gritó el que debía de dar las ordenes, era el único que no se había preparado para la lucha y solo dirigía la contienda.

Los raptos comenzaron a atacar desde todos los flancos posibles, se avecinaban a tal velocidad que ni ellos mismos podrían verse, si no fuera por los poderes de los que estaban dotados. Varios embistieron contra Marius, el recibió el ataque empujándolos fuertemente con las patas traseras. Amanda los cogía de uno en uno, les esquivaba hábilmente, era una verdadera maestra en la lucha cuerpo a cuerpo y desgarrando cuellos con los colmillos. Cuando aprendiera a sacar las garras sería totalmente mortífera.

No vio venir al personaje que consiguió trepar hasta su lomo, agarró fuertemente su cuello y mientras que le estrangulaba soltaba dentelladas intentando alcanzar la carne para inmovilizarlo. Marius luchaba incesantemente para zafarse de aquella bestia, pero la falta de aire le estaba debilitando enormemente, el raptor le tenía muy fuerte agarrado. Amanda en cuanto fue consciente de la situación en la que se encontraba su amigo partió el cuello al raptor que le estaba pateando

literalmente, otro se le acercó rápidamente y ella elevó la pierna le propinándole una patada alta que impactó de lleno en la cara del raptor que no solo cayó sangrando en el suelo, sino, que quedó totalmente inconsciente. Al fin le iba a socorrer cuando sintió que la agarraban con brutalidad del cabello, era el pelirrojo de antes, le puso un afilado cuchillo en su pálido cuello.

—¡No te muevas zorra, o te rebanaré el cuello como si fueras un cerdo! —Ella obedeció, si la mataban, su amigo caería también y él estaba en esa situación por protegerla, no permitiría que pereciera así.

Marius estaba a punto de perder la pelea y con ello la vida, sacó fuerza de donde no pensó que le quedaba, consiguió coger una de las flechas mágicas de los dioses y la clavó con fuerza hacia atrás, con eso automáticamente el enemigo caía dormido en un sueño eterno. Sin tiempo para pensar cogió otra flecha y el disparo directo al cuello del pelirrojo, la flecha dio justamente en el ojo del maldito raptor.

Por ahora estaba despejado, pero temía que no tardarían en aparecer más.

—¡Vamos! —Marius le tendió la mano para que ella se pudiera agarrar y subirse en él.

—Agárrate fuerte, vamos a ir muy rápido.

Pudieron ver que no quedaba casi ningún raptor en pie, y el que quedaba estaba huyendo rápidamente. Pronto vendrían muchos más, y no tan solo la veintena que habían acudido en aquel momento. Con ese pensamiento y el calor de aquella mujer fuertemente amarrada a su abdomen, inició el galope rápidamente hacia la oscuridad que les brindaba el bosque.

Capítulo IX

Aterrizaron y tal y como acordaron, Ivar les estaba esperando. Durante el viaje habían ideado un plan, como primera opción, intentarían razonar con él, de lo contrario tendrían que actuar por su cuenta, pero como rey que era tenía que evitar por todos los medios que entraran en guerra pero si tenía que hacerlo por uno de sus hermanos, ¡qué se prepara Nueva Orleans, así sería!

Uno a uno fueron bajando del helicóptero, Akiles con su larga cabellera rubia trenzada descansando en la espalda, a este le seguía Silas, era inconfundible por su imponente altura y su rostro de granito, la fila la cerraba Axel con su largo cabello negro que ondeaba libre al viento. Cualquiera que les viera no podría decir —mira son solo tres hombres—, eran guerreros y así se les percibía, hombres impresionantes, musculosos, uniformados con cuero y armados hasta los dientes prestos a entrar en combate en cualquier momento. El aterrizaje se había producido en un helipuerto dentro de la propiedad privada del rey vikingo, les fue recibiendo con un fuerte apretón de manos, posteriormente les indicó que le siguieran hasta su coche, les llevaría hasta la casa que se encontraba a unos pocos kilómetros.

—Hermanos seguidme, en mi casa hablaremos más tranquilos.

—Gracias Ivar —Akiles hizo un asentimiento con la cabeza y todos le siguieron.

Ivar llevaba en esa ocasión un Jeep negro, era un modelo muy grande y espacioso. Viendo el tamaño del guerrero no podría ser de otra manera. Antes de darse cuenta estaban en la entrada de la casa que se alzaba ante ellos de forma majestuosa.

Una vez en su interior se acomodaron en el despacho, todos tomaron asiento menos Axel, era

el que más se jugaba en ese asunto. La vida de su hermano y su cuñada estaban en peligro y estaba muy alterado.

—¿Puedo ofreceros algo de comer o beber?, tengo el mejor aguamiel que hayáis probado en vuestra vida. ¿Una ducha, o una cama para descansar? —Intentaba ser hospitalario, pero la manera incesante con que golpeaba el pie en el suelo delataba su ansiedad.

—No, gracias hermano, eres muy amable, seguro que cuando todo esto termine podremos celebrar con ese delicioso aguamiel, pero ahora creo que lo más importante es que nos ocupemos del problema que nos tiene a todos tan preocupados. —Ivar asintió.

Los demás guardaron silencio, sabían que por jerarquía primero tenían que hablar los reyes, luego podrían intervenir ellos.

—Sé que Marius ha desobedecido y deshonrado a nuestra raza al salvar a un raptor, pero como bien sabes esa mujer fue asesinada injustamente y él se culpabiliza por ello. Ese día huyó de nuestro lado y no hemos podido dar con él hasta ahora —el vikingo iba a interrumpir, pero Akiles le pidió paciencia con un gesto— necesitamos encontrarlo, es nuestro hermano, ha luchado a nuestro lado y ha derramado su sangre para salvar a cada uno de los que se encuentra en esta sala —Ivar asintió ante eso—, por otro lado, Amanda, la raptora, es una inocente.

—¿Es una asesina! —Replicó con furia el vikingo.

—Te pediría por favor que me dejes terminar, hemos recorrido un largo camino hasta aquí y por lo menos creo que merezco eso como rey de Europa. — rey que era conocido por su infinita paciencia, pero no por su benevolencia cuando los suyos eran amenazados.

Ivar tenía los nudillos blancos de apretar el negro sofá de cuero, si seguía así tendría que renovar el mobiliario.

— Según el tratado entre Hades y Laya, Hades solo podrá resucitar asesinos, y Amanda era una inocente en vida, en ningún momento la estoy eximiendo de sus crímenes cometidos como raptora. —Las palabras del rey con en este último argumento consiguieron tranquilizar un poco la

ira del vikingo. Silas y Axel no le quitaban la vista de encima, por si este decidía atacar a su rey.

—Sigue te escucho —dijo éste.

—Mi plan es encontrarlos, y una vez a salvo de los raptos, pedir ayuda a los dioses para que le devuelvan su alma mortal. —Axel pestañeo incrédulo, el jefe no le había dicho nada de ese plan, y si no...

—¿Y si no te escuchan?, los dioses son caprichosos. —preguntó Ivar lo mismo que Axel pensaba.

—Haré lo que sea necesario para que me atiendan, es la hermana de la mujer de Axel, son mi familia, haría cualquier cosa por ellos, lo que sea necesario, ¿me entiendes? —puso énfasis en esto último para que le quedara claro que llegaría hasta el fondo de este asunto, incluso a la guerra.

Ivar se quedó callado reflexionando, todos se miraban, la tensión era palpable en el ambiente. Por fin rompió el incomodo silencio.

—Está bien, os ayudaré. —decretó el rey vikingo, si su plan no funcionaba él mismo mataría a la raptora.

No sabía cuánto tiempo llevaba galopando, pero estaba agotado, gotitas de sudor resbalaban por su torneado torso. No le importaba caer de agotamiento, Amanda daba cabezadas en su espalda intentando no dormirse, peor de todo es que pronto amanecería, el sol empezaba a vislumbrarse detrás de las montañas. Necesitaba encontrar una cueva o algún refugio bajo tierra, o la perdería, el sol la mataría de forma instantánea. Cogió más velocidad desesperado, mirando a cada lado del camino, por entre los arboles intentando vislumbrar algo, lo que fuese que les pudiera servir, nada.

—¿Qué te pasa?, no nos siguen, voy vigilando constantemente, no tienes que correr —expresó Amanda acariciando su espalda intentando tranquilizar a su amigo.

—No me pasa nada, tranquila. Tú descansa, pronto llegaremos algún sitio y podremos detenernos.

—No me mientas, tu corazón se ha acelerado mucho en los últimos minutos, estás nervioso por algo, nunca habrá mentiras entre nosotros, prométemelo, si no como lucharemos juntos. —Eso le hubiese gustado a él, no tener mentiras con ella, pero eso supondría que ella se alejaría de su lado para siempre, pero se prometió que al menos en el futuro no la engañaría.

—De aquí en adelante te prometo que no te mentaré —lo pronunció lo mejor que pudo—. ¿No has notado que nunca te apetece salir a la luz del sol?, eso es porque es mortal para ti Tory, si no encuentro un sitio donde escondernos en los próximos minutos morirás.

Ella guardó silencio unos segundos. Se abrazó más fuerte y se estrechó aún más a su espalda.

—Nunca he caído en eso, pero tienes razón nunca he salido de día. No quiero morir, aunque, bueno, si tengo que morir, al menos no moriré sola, ahora te conozco a ti.

Eso apretó el corazón a Marius hasta casi dejarle sin respiración.

—Mientras yo tenga aliento, tú nunca morirás. ¡Agárrate! —contestó él, ella se agarró más fuertemente.

Con el último aliento que le quedaba galopó como nunca lo había hecho en su larga vida, el sol ya estaba casi fuera, ¡no la perdería, no la perdería!, ese era su mantra. Cuando pensó que desfallecería porque no podía más, pudo divisar una casa un poco más adelante. Solo unos metros les separaban de ella, pero la luz del sol ya casi les quemaba. Un poco más y la salvaría, el sol ya comenzaba a posarse sobre las patas traseras.

—¡Marius el sol ya está aquí! —Aunque era la mujer más valiente que conocía, desde la

primera vez que la había reencontrado era la primera vez que detectó miedo en su voz.

—¡Mira esa casa, ya casi estamos! ¡Solo un poco más, no dejes que el sol te toque, por favor!

—El corazón se le salía de su caja, un poco más, ya casi estaba.

Cuando el sol estaba a punto de tocar la blanca piel de Amanda, Marius pegó un salto y entró directo en el porche de la casa, impactaron contra la pared de la fachada y él se transformó automáticamente quedando postrado desnudo ante de ella.

—¡Corre, entra no hay tiempo que perder! —Ella sin dudarlo le obedeció, le había salvado la vida, otra vez.

La casa era muy sencilla pero acogedora, parecía que estaba vacía desde hace días, el polvo lo delataba. Quizás los dueños se encontraban de viaje, punto para ellos, porque no tenían fuerzas para lidiar ahora mismo con unos humanos. Marius se aseguró de que todas las contraventanas estuvieran bien cerradas antes de que ella pudiera andar a sus anchas por el interior de la casa. Aquel habitáculo era perfecto para curarse y poder descansar antes de seguir su camino.

Encontró un baño en la planta baja y cogió una toalla, se la ató a la cintura para no andar desnudo mientras encontraba algo de ropa.

— Gracias —dijo Amanda que estaba esperándole cuando salió del baño.

—Para eso estamos, cuidamos el uno del otro. —le dedico su mejor sonrisa.

—Me has encantado como centauro, que pelaje más bonito. —le alagó ella.

A Marius nada que le pudiese haber dicho en el mundo le habría gustado más que eso, ese alago le hizo hinchar el pecho de orgullo.

—No sabía si saldrías huyendo despavorida.

—Eso nunca. ¿Todos son como tú?, si respondes bien te daré un azucarillo. —Sonrió Amanda con malicia sabiendo que eso se le da como premio a los caballos.

—¡Vaya, vaya!, ¡chica mala!, ¿has visto el tatuaje que tengo de un caballo rojo en la parte baja de mi espalda? —dijo Marius girándose y mostrándoselo, ella lo acarició con su suave mano a

través de toda su ancha espalda.

— Sí. —respondió ella mordiéndose el labio inferior.

— Cada uno de mi raza tiene un tatuaje que identifica la gárgola que es cuando ejecuta su transformación. Aparece en nuestro cuerpo la primera vez que nos transformamos. —A él le encantaba sentir sus pequeñas manos recorriendo su piel.

—Pensé que las gárgolas eran seres de piedra dentro la mitología. —Se colocó frente a él clavando sus ojos violáceos en los suyos.

—Bueno no es algo incierto, no del todo al menos. Nuestra raza, al llegar a cierta edad, si no hemos encontrado, digamos a nuestra pareja, nos convertimos en piedra, pero no morimos, seguimos viviendo en ese estado por toda la eternidad.

Ella pensó en lo horrible que eso podría llegar a ser, ver y sentir todo lo que ocurre a tu alrededor sin realmente poder intervenir ni poder hacer nada para poder evitar que ocurrieran ciertas cosas. Al menos la muerte te libera de aquel sufrimiento. Apoyó suavemente su mano en su mentón y le acarició, le raspó su ligera barba, pero no le molestaba, realmente era algo que la seducía.

—Voy a echar un vistazo. —le guiñó un ojo y fue a recorrer la casa.

Era una casa pequeña, pero era un sitio en el que realmente te gustaría vivir. No quería encender la luz, los dos tenían una vista muy agudizada así que si encontraba unas velas con eso podrían apañarse por lo menos hasta el anochecer. Al ser una casa tan alejada y en medio del campo es posible que a veces se fuera la electricidad, seguro que tendrían velas en alguna parte. Nada más entrar, a la derecha, había un pequeño salón con una chimenea, un sofá y un aparato de televisión.

Con la oscuridad no podía ver todo al detalle. A la izquierda había una cocina con una bonita mesa blanca y las sillas a juego, las paredes tenían papel de bonitas flores amarillas. Buscó en los

cajones de la encimera y encontró varias velas y una caja de cerillas. «¡Perfecto!» En el salón encontró candelabros así que pudo colocar las velas encendidas. En la parte de arriba encontró un bonito cuarto de matrimonio y otro para un bebé. Ya en el de baño localizó un pequeño botiquín donde se sirvió de todo lo necesario para poder curarse ambos. Volvió al piso de abajo.

Amanda se detuvo en seco quedándose sin aliento al tropezar con Marius, a éste se le calló la toalla, dejándolo totalmente expuesto frente a ella. Le recorrió con la mirada, ¡esos labios tan llenos! Descendió por su cuadrada mandíbula, ¡cómo deseaba hincar sus colmillos en esa parte! Su pícara mirada bajó por sus brazos cincelados, por su pecho aún quedaba rastro de alguna gotita de sudor de la dura escapada que se moría de ganas de lamer. Siguió bajando y descubrió un poco de bello que bajaba de su ombligo hasta... ¡un cojín! Estalló en risas, ver al dios griego que la tenía tan excitada tapado con un cojín con bordados dorados, la hizo reír hasta que le dolió la tripa, y a él que hasta hace un momento se estaba volviendo loco por oler la excitación de ella, ahora se unió en las risas a ella.

—Bueno, yo si quieres ducharte, luego te curaré las heridas. —Sonrió tímidamente Marius. 9

No podía imaginar que la nueva Amanda fuera capaz de ponerse colorada, todo lo que iba conociendo de ella hacía que le gustara cada vez más.

—Sí, será lo mejor. —Se palpó la nuca con la mano que no sujetaba el cojín.

Subió las escaleras al mismo tiempo que ella bajaba juntándose, no eran muy estrechas, pero él era de gran envergadura, así que cuando estaban a la misma altura le cedió espacio para que pudiera pasar, aunque muy pegados. Ella nunca se había parado a olerle pero ahora se concentró en eso y le encantó. Olía a una mezcla del café recién hecho mezclado con algo salvaje. Había cerrado los ojos y él al contemplarla de esa forma comenzó a reír. Ella en respuesta le asestó un puñetazo en el hombro.

—¡Ah! —Se fue a tocar donde le había golpeado y con el movimiento casi pierde el cojín que le cubría—. ¿se había ruborizado el gran guerrero?, juraría ella contagiándose de la risa.

—La próxima vez te dejaré sin el carné de padre guapo. —le amenazó, esa era su chica.

Descendió el tramo de escaleras contoneando sus caderas con esos pantalones apretados de cuero. Lo que provocó inmediatamente a Marius una inmediata inflamación debajo del cojín de bordados, «perfecto ducha fría».

Capítulo X

Xidel daba vueltas de un lado a otro de la sala, había mandado a sus mejores soldados a por la raptora, y por su bien esperaba tener éxito en la misión. Cuando ya estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba y se iba a disponer a destrozarse cosas empezaron a llegar unos pocos raptos muy mal heridos. Le relataron lo ocurrido entre resuellos, el enfrentamiento había sido muy duro siendo víctimas de muchas bajas. En un principio pensaron que la victoria sería suya debido a que les superaban notablemente en número, pero sus enemigos lucharon con una furia y valor inigualable.

—¡Marchaos, antes de que yo mismo acabe con vuestras vidas con mis propias manos! —gritó con su fuerte voz que retumbó por los túneles de piedra.

Todos se estremecieron y desaparecieron, tenían a aquel ser, aunque todos fueran asesinos, el jefe no era conocido por su piedad precisamente.

Había menospreciado a esa gárgola, ese había sido su error, pero no ocurriría de nuevo. Necesitaba un nuevo plan. ¿Más hombres?, no definitivamente tenía que haber otra cosa. Se sentó en su trono a reflexionar. En un momento determinado Hades le había contado que ella fue creada

como un caballo de Troya, «puede destruir a las gárgolas desde dentro» esas fueron sus palabras exactas. Tendría que descubrir cómo exactamente, recurrir a Hades no era una opción, si se enteraba de lo que estaba haciendo le encerraría en el inframundo por toda la eternidad, más él sabía quién tendría las respuestas, Irina, y como siempre estaría encantado de pagar el precio que ella le pidiera.

—¿No te parece que ha accedido con demasiada facilidad? —En la cara de Axel se reflejaba claramente la preocupación.

Tenía el ceño fruncido desde la charla con Ivar. Si no conseguía salvar a la hermana de su mujer, ésta le arrancaría personalmente la piel y se haría un bonito bolso con ella.

—Sí, lo sé, pero necesitamos a este tipo de nuestro lado, y si está mintiendo acabaremos con él, cuando llegemos a ese río cruzaremos el puente. —Todos asintieron, ahora mismo no podían hacer nada más que confiar en que no les traicionaría.

En ese instante se unió a ellos Ivar, iba uniformado como los demás. Un chaleco de cuero que se ajustaba a cada musculo de su pecho, debajo del mismo no llevaba nada dejando al descubierto sus fuertes brazos de vikingo, brazos tatuados con brazaletes y frases en nórdico antiguo. Aunque dejaba el cabello largo suelto no conseguía ocultar del todo su gran espada que portaba en la espalda, tenía su rostro enmarcado con aquellas trenzas que nunca le abandonaban, una tradición de su antigua gente. Realmente no le gustaría tener a ese guerrero en el bando contrario.

—¿Listos? —Quiso saber Ivar—. Si vas a intentar localizar la situación de ellos a través de Amanda, ya que a Marius por algún tipo de magia no hemos podido rastrearlo en todo este tiempo, esperemos que funcione, no siempre funciona cuando se trata de raptos. —Ivar quería escupir las palabras maldita raptora, pero no podía delatarse.

Se levantaron y se acercaron a la mesa de reuniones del despacho colocándose a todo su alrededor. En el centro de la misma depositaron un mapa para que Silas pudiera señalar su

ubicación. Él apoyó las manos separadas sobre el mapa, cerró los ojos para concentrarse. Todos le miraban expectantes, una luz azul muy tenue surgía a través de su piel, pero no era tan fuerte como para iluminarle del todo.

—No puedo localizarla, hay una neblina roja, como un escudo que me impide encontrarla. — Empezaba a sudar por el esfuerzo que usar su poder le acarreaba.

— Debe ser lo que protege a Marius, al estar con él la hace invisible a nosotros, bueno por lo menos sabemos que siguen vivos. —Intentó animar a sus hombres.

Darían con ellos costase lo que costase, solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Silas abrió los ojos, todos estaban meditando por donde empezarían a buscar, era demasiado espacio para cubrir siendo tan pocos soldados. Axel sonrió.

—Esperad, tengo una idea que quizás funcione —fue a la bolsa de armas que había traído consigo y de un bolsillo pequeño extrajo algo—, Sárganme lo dio por si Amanda como raptora no entraba en razón para volver a casa, dijo que se lo enseñara y que ella accedería entonces.

Se lo mostró a los demás, era una foto donde aparecían Sárgan y Amanda, aparecían más jóvenes, estaban abrazadas la una a la otra y poniendo caras raras, por detrás constaba escrito con una bonita letra «hermanas para siempre, ¡Te quiero Amanda!»

—La llevaba en la cartera desde el día que se la hicieron, al ser algo tan personal quizás te sirva para localizarla, de todas formas no perdemos nada por intentarlo. —dijo Axel, todos se miraron y en aquellos ojos había esperanza, ¿por qué no?

Silas sujetó la foto que le dio su hermano entre sus dedos y apretó con fuerza, pero a la vez con el cuidado necesario para no romperla, sus párpados cayeron de nuevo hasta rozar sus mejillas. Pensó en aquellas dos chicas, esas que lo habían perdido todo al entrar en ese mundo sobrenatural, en la suerte que había corrido Amanda, una mujer inocente convertida en una asesina por el capricho de un dios diabólico. La energía azul empezó a fluir de él esta vez con mucha fuerza, una parte de Silas comenzó a viajar por las calles, callejones, carreteras, por un bosque,

por la maleza... hasta que abrió los ojos de golpe.

—¡Aquí, están aquí! ¡Vamos! —dijo señalando un punto en el mapa.

—¡Bien hecho hermano! —Axel le dio una palmada cariñosa en la espalda.

Akiles e Ivar cogieron un coche, Silas y Axel otro. No podía pensar que dentro de nada volvería a ver su hermano, al que tanto había extrañado.

Capítulo XI

Irina le estaba esperando aquella noche, ella siempre sabía las cosas antes de que sucedieran así que no le extrañó en absoluto. El poder que poseía no tenía límites, por eso la admiraba tanto, y eso viniendo de un hombre que no suele admirar a nadie, era todo un cumplido. Le esperaba sobre una suave alfombra de piel blanca frente al fuego de una gran chimenea. Por la época del año que era realmente el fuego no sería necesario, pero la estancia donde se encontraba estaba construida bajo tierra lo que contribuía a bajar mucho la temperatura, pero no era algo que a él le desagradara en absoluto ya que ya vivía bajo tierra. Esa noche llevaba un vestido de gasa negro bastante transparente, dejaba al descubierto todos sus encantos que no eran pocos, así que se relamió ante la anticipación. Ella aunque no poseía el don de la vista, sabía que la estaba observando así que restregó su cuerpo por la alfombra, y al contraste de su cabello negro con su vestimenta le estaba volviendo loco.

—Hola, amor —ronroneó ella.

—Irina, que juguetona estas hoy, me gusta que me recibas así. —Xidel le acarició el cabello suavemente para terminar en un fuerte agarrón, ella gimió en respuesta.

—¿Ahora?, ¿No puedes esperar? —protestó ella húmeda y frustrada.

—Esto es muy importante cariño, cuando esa perra esté engendrando mi ejercito seré tuyo, solo tuyo. —le aseguró Xidel.

—Trae mis cartas, están cerca de la puerta, sobre la mesa. —Esa era exactamente la respuesta que esperaba oír Xidel de sus labios desde hace mucho tiempo.

Él le dio un profundo y salvaje beso obedeciendo su orden. Si su negro corazón fuera capaz de amar, sin duda sería a ella, y realmente era la mejor mujer para pasar toda la eternidad. Todo rey necesita una reina a su lado. Con el poder de ella más el poder que le sería concedido a él en cuanto terminara con Hades sería invencible.

Ya con las cartas en sus manos se sentó frente a ella dando la espalda al fuego. La luz de las negras velas se reflejaba en sus azules ojos. Ella tomó las cartas suavemente, como si las acariciara y las empezó a barajar con maestría.

—¿Qué necesitas saber? —preguntó Irina sin mirarle, su vista se perdía más allá de las llamas.

—No consigo llegar hasta ella, el macho gárgola y ella han acabado con mis mejores soldados, y eran veinte contra dos, necesito acabar con el macho y apoderarme de ella. Hades me dijo que ella realmente era un caballo de Troya, que había sido creada para destruir a las gárgolas desde dentro, pero no sé cómo puedo utilizar eso en mi beneficio, necesito tú ayuda.

Ella cesó en seco su ritual con las cartas, asintió y le ofreció la baraja para que él las cortara, después fue echando una a una hasta que creó un círculo perfecto.

—Ya sabes el procedimiento. —Él fue eligiendo una a una las cartas pensando en sus preguntas. Y la bruja las fue colocando de manera estratégica.

Las volteó una tras otra relatando lo que veía como si de una historia se tratase.

—El caprichoso dios rompió todas las reglas el día que la resucitó, esa humana tenía un alma pura y no le pertenecía al inframundo, si no a los cielos. Se vio inmersa en una lucha de inmortales que nunca debió vivir. El hombre que hoy la protege fue el mismo que sin quererlo la arrastró

aquella noche a una dolorosa muerte. Ella le abrió su corazón, pero solo encontró una fría piedra en respuesta, esa gárgola es incapaz de amar, los que le criaron se aseguraron bien de eso. A ella el dolor la llevó a huir cayendo así en manos de un raptor, el que puso fin a su vida. El macho gárgola nunca se lo perdonó a sí mismo, la culpabilidad le destrozó por dentro y por fuera, pero al recuperarla sintió que otra vez volvía a la vida, es por eso él la protegerá con su vida, no dejará que ella vuelva de entre los muertos. —expuso todo de corrido Irina.

—¿Y ella qué demonios hace con él?, le debería odiar hasta las entrañas —Osó Xidel interrumpir la historia de la bruja.

Ella prosiguió.

—Si ella poseyera su memoria le odiaría profundamente, Hades se encargó en despojarla de sus recuerdos de cuando era humana, una mente totalmente en blanco desde la noche de su muerte. Si ella recordara lo ocurrido se enfrentaría a él, y al verse sola, si tú le ofrecieras ayuda en su venganza, ella confiaría en ti, se pondrá de tu parte y luchara a tú lado, por todo eso el dios te dijo que es un caballo de Troya, cuando ella retome su memoria pondrá fin a la vida de las gárgolas, incluso a la misma que daría su vida por protegerla.

—¿Y qué puedo hacer para que ella recuerde? —Preguntó Xidel, mostró una sonrisa de anticipación, le gustaba como sonaba lo que le había contado.

—Tranquilo, ella va a recordar más pronto de lo que esperas. Solo asegúrate de estar cerca cuando esto ocurra.

—¿Seguro? —Ella asintió y su cara indicaba que estaba perdiendo la poca paciencia que tenía.

Él no necesitó nada más y la tomó allí mismo sobre las cartas de tarot que sellaban su destino.

Uno curó las heridas del otro, el llevaba un pantalón de chándal que había encontrado en el cuarto de arriba, era holgado y le quedaba corto de piernas, algo normal con su altura. No se había

puesto camiseta tenía cortes por todo el torso y espalda, incluso ella aún tendría que quitarle algún cristal que no había salido con la ducha. Marius había puesto unos puntos de sutura a Amanda en la frente, aunque en unas horas debido a su naturaleza la herida estaría totalmente curada. No protestó ni una sola vez. Una vez que habían terminado, ella había desaparecido escaleras arriba, para tomar una buena ducha caliente con el propósito en desentumecer sus doloridos músculos.

Una idea empezó a rondarle la mente, quería preparar algo especial para que ella disfrutara, desde que había resucitado solo había conocido la muerte y la devastación. Aún tardaría un rato en bajar así que tenía tiempo.

La cocina definitivamente no era su fuerte, le habían amaestrado en las artes de complacer a una mujer y no le enseñaron a cocinar, en fin algo encontraría. Ella no es que necesitara alimentarse, pero él sí y hacia mucho que no comía algo decente. Miró las despensas buscando algo que pudiese preparar pero no encontró nada, fue al congelador y allí encontró su salvación, platos precocinados, no sería un manjar de los dioses, pero era mejor que nada.

Carne, verduras y puré de patatas, su estomago rugió en respuesta. Definitivamente era de no comer, le quitó los envoltorios y los introdujo en el horno al tiempo que ajustaba la temperatura que indicaba el paquete. Abrió la nevera y siguió buscando: tomates, no; yogures, no; vino blanco, ¡perfecto! Preparó la pequeña mesa del sofá que se posaba sobre una suave alfombra, encendió las velas. Extrajo dos copas de cristal de una vitrina, preparó los cubiertos, sirvió los platos, flores, faltaban flores, ¡demonios!

Se sentía nervioso, nunca había hecho nada así. Las mujeres no querían cenas románticas con él, solo usaban su cuerpo y cuando estaban exhaustas de placer le echaban de su cama. ¿Y si la nueva Amanda no quería cenar con él? Dudó un momento y corrió a coger las copas para guardarlas, pero cuando se dio la vuelta allí estaba ella, no la había oído llegar. Estaba preciosa con los rizos aun mojados, y un pijama corto violeta.

—¿Has preparado todo esto para mí? —preguntó Amanda.

Él no conseguía identificar la expresión de su rostro.

—Perdona, ha sido solo una tontería, tú ni si quiera necesitas comer, en un segundo lo recojo.

—No por favor, me encantaría cenar contigo. —Ella le dedicó una radiante sonrisa y colocó sus pequeñas manos sobre las de él.

A Marius se le iluminó la cara, la acompañó hasta los cojines que habría preparado como asientos. Descorchó el vino y sirvió ambas copas.

—¿Esto es una cita? —preguntó Amanda sin parar de sonreír.

Marius se atragantó con el vino ante aquella pregunta.

—¿Te gustaría que lo fuera? —preguntó él en cuanto recuperó el aliento.

Si ella decía que sí, realmente sería su primera cita.

—Puede ser. —Sonrió y se mordió el labio inferior.

No sabía por qué pero eso le hizo sentir cosas en su estomago que no sabría describir.

—Está delicioso. —dijo Amanda después de unos cuantos bocados.

—¿Mentirosa! —dijo Marius, su rostro iba recuperando algo de color después de ingerir alimentos.

—Háblame de tu vida, yo no recuerdo la mía por lo que no te puedo contar apenas nada. —dijo ella con aire de melancolía.

A Marius se le ensombreció el semblante, le encantaría compartir cosas con ella, pero nadie conocía nada sobre su pasado.

—Pues mi vida fue muy sencilla, desde muy pequeño fui enviado a una institución muy estricta para que me formaran, y allí seguí hasta el día que me convertí en gárgola. Cuando uno de mi especie tiene poderes especiales se unen al ejército para defender a la humanidad de los de tu especie. —Eso la entristeció a ella.

— Lo siento.

—No, lo siento yo, no quería decir eso. Uno no tiene la culpa de ser lo que es. —Ella no

estaba convencida de eso, era una asesina. Era todo contra lo que él luchaba, lo que él odiaba.

—Y si perteneces a un ejército, ¿por qué no estás con ellos? —le escuchaba atentamente con la copa de vino entre las manos, esa bebida de los humanos realmente le encantaba.

—Hace un tiempo les deshonré, y decidí que era mejor seguir mi camino solo hasta que la muerte eterna me lleve. —no sabía por qué, pero esa idea a Amanda le pareció totalmente intolerable, no le perdería.

Antes de que ella formulara la siguiente pregunta sobre qué fue lo que él hizo para deshonrarlos, decidió cambiar de tema.

—¿Qué te gustaría hacer cuando todo esto termine?

—¿Cuándo termine?

—Sí, algún día dejaran de perseguirnos, o al menos eso espero. —Ella quedó a la expectativa dando sorbitos a su copa.

Un rizo rebelde le caía sobre la frente, Marius pensó en lo dulce e indefensa que parecía así, y lo mortífera que era en el campo de batalla.

—Algún día te lo diré.

¡Estaban tan cerca!, se miraban a los ojos, si avanzaran tan solo un milímetro sus labios se rozarían. Fue ella la que apartó la mirada sonrojada.

—¿Así que esto es una cita humana?, me gusta, podría acostumbrarme. —hablaba intentando no mirarlo, eso le divertía a él.

—De eso nada, aún no hemos terminado. —exclamó Marius.

Ella abrió aún más sus grandes ojos con expectación.

—Yo ahora voy a recoger esto, mientras tú seleccionas una película que te apetezca ver de esa estantería, yo volveré enseguida con palomitas.

—¿Palomitas?

—Te van a encantar. —Marius le guiñó un ojo y desapareció por la cocina.

Trascurridos cuarenta cinco minutos, y después de haber devorado dos boles de palomitas con mantequilla, a lo que Amanda nombró oficialmente su comida favorita, bueno, después de los humanos, claro, lo que le hizo reír un buen rato. La tenía en brazos, acurrucada llorando como una magdalena con la película romántica que había elegido, «posdata te quiero» nunca entendería porque las mujeres veían esas películas que las hacían llorar, pero bueno la tenía entre sus brazos y eso es lo que importaba.

—¿Te gustaría ver otra? —dijo Marius deteniendo la película.

—Ni hablar —contestó ella arrancándole prácticamente el mando de las manos—, ¡me encanta, es tan bonita!, ¿no crees?

Él asintió con miedo a que le atizara, esa mujer era toda pasión. No podía decirle mucho más sobre esos sentimientos, pero si a ella le gustaba es que era feliz. La atrajo más hacia sí dándole un cariñoso abrazo. Aún con la nariz roja y siendo víctima del hipo por el llanto tuvo la certeza que aquella era la criatura más bella que hubiera visto nunca.

Siguieron viendo el film, bueno era ella quién disfrutaba de la película, mientras él la observaba de soslayo. Sí, realmente se podría acostumbrar a momentos como aquel. Se quedaron dormidos y abrazados en el sofá, la intensidad de la noche anterior les había pasado factura. Cuando se despertó alzó en sus brazos a Amanda y la subió a la habitación, el pensamiento de qué cuando llegará la noche tendrían que abandonar lo que aparentaba ser una vida normal, le daba muchísima rabia.

La acostó delicadamente en la cama suavemente para no despertarla, se dio cuenta de que ya habían llegado a otro nivel de confianza, de lo contrario ya estaría despierta pegándole un puñetazo, o algo peor. La arropó y cuando se disponía a abandonarla, ella habló con voz perezosa.

—¿Ya terminó la cita?

—Eso me temo, pero sin duda te pediré otra.

— ¿Y mi beso? —preguntó ella.

Marius no quería solo un beso, quería que fuera el primero de muchos, meterse en su cama y hacerla suya, pero no, él no le haría eso de momento. En cambio, se le acercó y besó sus labios dulce y tiernamente.

—Qué descanses. —Le susurró tiernamente Marius.

— Quédate conmigo por favor, no quiero sentirme sola nunca más. —No se lo pidió, se lo imploraba con su mirada.

—Yo, no sé, no es buena idea Tory. —Dudó él.

—No pasara nada, en serio te daré otra manta y no te tocaré si quiera, lo prometo.

Ella pensaba que él no quería acariciarla, más el problema realmente no era ella, sino él. Se tumbó en la cama encima de las sábanas intentando no rozarla, ¡la deseaba tanto! y hacía tanto tiempo que estaba sin estar dentro de una mujer... se quedó muy absorto escuchando los ruidos del bosque, los animales buscando alguna presa para alimentarse, el suave susurro producido por las hojas de los árboles al mecerse por la suave brisa, de repente lo oyó; la respiración profunda de Amanda: se había quedado dormida. Soltó el aire que tenía contenido, ahora solo necesitaba relajarse y dormir, a saber cuándo volvería a tener una cama para poder descansar, pero cómo relajarse cuando el vivo deseo carnal está dormido a tu lado, suspiró y ese deseo se dio la vuelta, y le abrazó.

—Esto tiene que ser una broma de los dioses —pensó. Miró al techo y puso los ojos en blanco.

La suave piel del brazo de la mujer descansaba sobre el pecho desnudo de Marius. Ella había dejado la cabeza posada muy cerca de él, su olor le volvía loco. Le recordaba al olor dulce de esos Chupa-Chups que al principio quieres saborear despacio, pero que después no puedes esperar para morderlo hasta llegar al chicle, pues eso es lo que le encantaría hacerle a ella,

ponerla boca arriba y besarle cada curva, cada centímetro de su pálida y tersa piel, y cuando llegara a su Diosa Laya la erección apretaba duramente contra su pantalón del chándal, si no salía rápidamente de esa cama la pondría a cuatro patas y la tomaría como un animal. Esa mujer había sufrido para esta vida y varias de las siguientes, merecía que alguien la amara como a la chica de la película, un amor que duele por la felicidad que te aporta.

Salió como pudo de la cama sin hacer ruido, se llevó con él una almohada y se acostó en el suelo, boca abajo. Imposible, se tuvo que dar la vuelta, y se quedó luchando con su erección hasta que el sueño pudo más que ambos.

Ya estaban llegando al punto donde Silas había dicho que los encontrarían. Por la carretera por la que marchaban ya se veían los signos de la lucha que se había desarrollado allí no hacía mucho. Motos destruidas, marcas de frenazo en la carretera.

—Están bien, lo sé. —les tranquilizó Silas.

Axel asintió. Menos mal que esas carreteras no eran muy transitadas porque cuando vieran todo ese desastre los humanos darían aviso a las autoridades y eso complicaría más las cosas. Axel vio por donde habían girado, la vegetación se había dañado, tomó ese camino y el coche de Ivar y Akiles les siguió de cerca.

Condujeron por un camino pedregoso de tierra, esto producía que los coches saltaran, aún y todo siendo bastante robustos. Axel pegó un frenazo al llegar a un claro, si Ivar no tuviera unos reflejos como los suyos uno de los coches se hubiera insertado dentro del otro. Axel y Silas fueron los primeros en abandonar el vehículo. Había claros signos de lucha reciente. Inspeccionaron la escena minuciosamente.

—Éste era el coche donde viajaban Amanda y Marius —dijo Silas junto a un coche que estaba destrozado y con las ruedas para arriba—, puedo sentirlo.

—Marius se transformó —Axel recogió una flecha clavada en el suelo cubierta de un líquido

viscoso—, les inmovilizó con sus flechas, más tarde amaneció; esto es lo que queda de los raptos —mirando con asco lo restos que quedaban—. ¡Ese es mi chico! —Celebró viendo cuantas flechas había en la misma situación que esa.

— ¡Aquí mirad! —dijo Akiles señalando algo en el suelo.

Se acercaron para ver qué es lo que había descubierto, huellas de caballo marcaban el suelo de arena.

— Huyeron con Marius transformado, podremos seguir las huellas. —La esperanza brillaba en la voz del jefe.

—A estas horas pueden estar muy lejos, no les alcanzaremos. —gruñó Ivar.

—De eso nada, se han tenido que resguardar antes del alba, y estando heridos no les quedarán muchas fuerzas. ¡Vamos! —ordenó Silas con sangre de Amanda en la mano, ahora podía sentir donde se encontraban exactamente.

Amanda se desperezó somnolienta en la cama. Sacó la cabeza de debajo de las sábanas para ver si había despertado a Marius y no lo encontró en la cama, su corazón se aceleró a cien por hora. En un abrir y cerrar de ojos estaba de rodillas escudriñando la habitación buscando cualquier posible enemigo que hubiese accedido a la casa. Nada, menos mal, respiró aliviada. Se iba a levantar a buscar a su amigo cuando le encontró dormido en el suelo a los pies de la cama. Parecía profundamente dormido, por una vez sin pesadillas que le atormentaran. Se tumbó sin hacer ruido, aunque si no le había despertado hace un momento con el salto que había pegado no le iba a despertar ahora. Apoyó la cabeza entre sus manos y le observó mientras dejaba volar su imaginación. Ellos ya se habían besado antes con mucha pasión, pero se preguntaba cómo sería si posara suavemente sus labios sobre los de él tan carnosos y que ahora descansaban medio abiertos invitándola a hacerlo. Humedecerlos con su sonrosada lengua, mordisquear con sus colmillos ese labio inferior tan grueso, mientras él que ya se va despertando la coge y la sienta

sobre sus caderas donde ella nota una dureza que hace que su sexo se inunde de lava ardiendo. Eso la animó a continuar, profundiza el beso y mete la lengua en la boca de él donde ambas lenguas comienzan una guerra por ver quién conquista la otra. Marius cada vez más despierto la agarra por el trasero y la aprieta contra su erección, en este momento ya estaba totalmente despierto, y no solo su anatomía. Ella sonríe de felicidad, se siente deseada y poderosa a la vez, él quiere darle la vuelta para ponerla debajo y ser poseedor del control, pero ella se resiste porque es su momento.

Baja su caliente lengua por la fuerte mandíbula dejando varios bocaditos a su paso que hacen escapar gruñidos de placer de la boca de Marius. Éste no puede controlarse y arranca el pequeño pijama que ella llevaba puesto, agarró uno de sus generosos pechos, era totalmente perfecto para él. Quería metérselo en la boca, lamerlo y saborearlo, pero ella no le dejaba, le gustaba tener el mando en la situación. Amanda lamió y mordisqueó aquel pecho de granito de él entreteniéndose con un pezón entre sus labios. Seguía bajando buscando aquello que palpitaba bajo ella y que sería su premio.

Marius que no aguantaba más el castigo y el placer que le estaba regalando sin dejarle intervenir la levantó sin ningún esfuerzo y empezó a lamer su pezón, nunca había probado nada parecido, igual que había pensado ella, sabía a caramelo, Amanda gritó de placer.

Marius despertó de golpe y empapado de sudor, encontró la mirada de Amanda, no podía ser, ¡lo había estado soñando!, todo se había desarrollado dentro de su cabeza, ¡pero eso no era posible!, su poder no funcionaba con ella, ¿o sí? Creía haber visto lo que ella pensaba, le dolía lo duro que estaba su miembro, ella permanecía sonrojada por la excitación, su parte animal era olfateada por Marius y esto a él le estaba volviendo loco.

Amanda estaba excitada y avergonzada, no sabía cómo pero él lo sabía, se supone que no podía leerla, pero eso ahora le daba igual porque la iba a tomar ahí y ahora, también ella lo esperaba con ansia. Marius avanzó hacia Amanda como si fuera un animal acechando a su presa. Fue entonces cuando oyeron fuera un golpe que hizo que olvidaran todo lo demás.

—¡Escóndete!, hay alguien ahí fuera, no pueden ser raptos porque aún no ha anochecido, pero puede ser Ivar. ¡Corre! —le gritó Marius a Amanda cogiendo sus dagas y bajando a la planta inferior tan rápido que parecía que volaba.

Axel pidió a los demás que esperaran, sería él mismo el primero en acercarse. Sabía que su hermano lo primero que haría sería leer sus mentes, y por nada del mundo quería que huyera, hacia demasiado tiempo que no estaba tan cerca de él. Si pudiera detectar al rey vikingo sin duda es lo que haría.

—Hermano, sé que puedes oírme, por favor no huyas, sabemos lo de Amanda y venimos a ayudaros. Os llevaremos a casa, Sárilan está deseando veros, yo quiero que veáis crecer a vuestros sobrinos. Sé que no será fácil, pero somos una familia, y eso hacen las familias, superar juntos las adversidades.

Marius escuchaba a Axel detrás de la puerta, ¡cómo le había echado de menos!, ellos eran la única familia que había tenido nunca y si quería proteger a Amanda les necesitaba, no se podía engañar, los necesitaba, necesitaba la ayuda de su mejor amigo, de su hermano.

Abrió la puerta, su hermano estaba esperándole, en cuanto le vio se le iluminó la cara, por el contrario la cara del hermano mayor se mostraba totalmente preocupado. Axel observó a Marius y en el estado en el cual se encontraba, los golpes que marcaban su cuerpo, la palidez de su piel, estaba más delgado, y su cabello, que había sido el bien más preciado de Marius desde que tenía memoria se lo había cortado, parecía que llevaba un siglo desaparecido, parecía otro. Luego le regañaría, pero ahora fue hacia él con paso rápido y firme, le abrazó, Marius le devolvió el abrazo, por un momento pensaba que le iba a partir en dos.

—Para grandullón, me vas a romper todos los huesos del cuerpo. —Axel le soltó y ambos estallaron en carcajadas.

—Das asco, ¿lo sabes, no? —Le golpeó en el brazo como siempre hizo en el pasado, Marius se lo devolvió en las costillas, consiguieron reírse de nuevo.

Amanda, que llegó a ver los golpes, siseó entre los colmillos sin poder acercarse por el sol.

—Tranquila Tory, es mi hermano Axel, ya te hable de él. No nos hará daño, ha venido para ayudarnos.

—¿Tory? —Axel levantó las cejas, no entendía nada de lo que estaba pasando, ¿por qué Marius llamaba así a su cuñada?

Amanda levantó una mano en gesto de saludo, no se terminaba de fiar de nadie, pero si su amigo confiaba en ese hombre ella también lo haría, al menos por ahora.

—Por qué no vas a cambiarte, tengo que hablar con mis hermano unos minutos, ahora estaré contigo.

—Claro, no tardes por favor. —Subió nerviosa, no le gustaba estar con más gente.

Cuando Marius le oyó subir las escaleras le hizo un gesto a Axel para que se alejaran de la casa, podrían hablar más tranquilos ya que ella no se podía exponer al sol. Cuando se alejaron Akiles se acercó también, también le saludó efusivamente.

—Empezaba a pensar que no te vería más hermano. —También le abrazó, Marius que llevaba tanto sin recibir ese tipo de muestras de cariño se sentía algo raro, pero devolvió el abrazo.

—Yo también lo pensaba. —Buscó con la mirada y vio a Silas que le saludó con un asentimiento, quizá producto de su frío carácter, cosa que Marius agradeció en ese momento.

Fue en aquel momento cuando lo vio, Ivar salió de la sombra que le había estado camuflando.

—¿Qué demonios hace él aquí! —Apretó fuertemente una de las dagas que portaba y se fue directo hacia él.

Axel se metió por medio y le sujetó fuertemente, aunque se notaba que Marius había perdido peso, la rabia le dotaba de una fuerza incontrolable.

—Estoy de vuestra parte. —Levantó Ivar las manos en forma de rendición.

—¡No te creo! —escupió las palabras Marius.

Silas tuvo que unirse a Axel para poder sujetarlo.

—Lee su mente, si no es leal nos iremos sin él, te doy mi palabra, sean cuales sean las consecuencias. —decretó Akiles.

Marius instantáneamente abandonó su intención de luchar, sabía perfectamente cuales serían las consecuencias de la batalla, sus hermanos, su rey, entrarían en guerra para protegerlo, y no solo a él, también a la mujer que le estaba esperando dentro de la casa aún y todo que para ellos era su enemiga natural, lo perderían todo por ellos. No necesitaba adentrarse en su mente para leerlo, lo veía en sus rostros, no sabía cómo había sacado las fuerzas para abandonarlos, eso era lo que hacían las familias, lo eran todo para él.

Encaró a Ivar y penetró en su mente sin apenas esfuerzo, se dio cuenta que estaba colaborando. Le mostró el plan de Akiles para que los dioses le devolvieran a Amanda su alma humana. Seguía sin gustarle que ella fuese un raptor, pero entendía que fue convertida siendo una inocente, lo primero sería intentar devolverle su humanidad. Ivar se acercó y selló el trato de colaboración con un fuerte apretón de antebrazos.

—Tenemos que hablar, venid. —dijo Marius alejándolos un poco más de la casa.

Una vez más distanciados bajo la sombra de un antiguo árbol les relató todo lo ocurrido desde que había encontrado a Amanda hasta la noche anterior cuando habían sido atacados por los raptos y que además estaban siendo perseguidos por las autoridades de la ciudad. No quería entretenerse más de lo necesario, si ella se ponía nerviosa y se impacientaba saldría a buscarle y el sol la mataría, ella lo sabía, pero no conocía a nadie tan tozuda como Amanda.

—Bueno, lo más importante que tenéis que saber es que no os va a recordar a ninguno, y quiero que siga siendo así. —informó Marius.

—¿Cómo? —preguntó Axel sin dar crédito a lo que decía.

—Imagino —prosiguió Marius— que algo no fue del todo bien cuando regresó a la vida, no recuerda absolutamente nada de su vida mortal, pero me temo que si supiese que se encuentra en

esta situación por culpa mía, me odiaría, y si huye de mí no podré protegerla, y esa desde luego no es una opción válida.

—No es tu culpa, tienes que empezar de una vez a aceptarlo. —Axel negaba con la cabeza, el sufrimiento en el rostro de su amigo era algo que le costaba soportar.

Si pudiera sufrir parte de su dolor, lo haría gustoso. Marius leía su mente como si mirase a través de un cristal.

—Es asunto mío hermano, solo os pido que lo respetéis, creo que pocas veces os he pedido algo, así que si de verdad me queréis ayudar, será de esta manera, yo a cambio os garantizo que no es peligrosa, ni para Sárilan, ni para los niños, tampoco para ninguno de vosotros —miró a Axel y luego a Akiles para que tuvieran la certeza de que su mujer e hijos estarían a salvo, y por su puesto la hermana de su rey—, os haré un juramento de sangre si es necesario.

—De eso estamos seguros, deja de preocuparte. Nos vamos a casa, somos una familia y cuidaremos de nuestra familia. —Akiles confiaba plenamente en sus palabras.

—Vamos, Amanda estará ya impaciente pensado en salir a buscarme y quemarse a lo bonzo si tardo cinco minutos más en volver —sonrió y añadió—, por cierto un detalle más, odia que la llamen Amanda, no sé por qué, pero es así, os la presentaré como Tory. Y... Axel avisa a tu mujer de todo lo que te he contado, la hermana que conoció ha desaparecido, pero al menos tiene una nueva hermana que conocer, y te prometo que vale la pena conocerla. Eso sí, no os gustaría verla enfadada, es una hembra a la que hay que temer.

Entraron en casa, Marius riéndose seguido de tres machos que no sabían muy bien que se iban a encontrar, la última vez que vieron Silas y Akiles a Amanda era una dulce mujer de cabellos dorados, y a su vez el rey vikingo a una asesina mugrienta que le atacaba, así que todos tenían cierta incertidumbre.

Amanda daba vueltas, inquieta por el salón, si continuara andando en círculos a esa velocidad

por la alfombra con esos tacones haría un agujero en el suelo. — ¿Y si le había pasado algo? —se temía, Marius llevaba mucho fuera y ella era totalmente inútil durante las horas diurnas. Había barajado varias veces la idea de salir a buscarle, pero si se convertía en una palomita de maíz no le iba a servir de mucha ayuda. Como su ropa estaba destrozada después de la lucha, había cogido prestado un vaquero azul claro, demasiado para su gusto, y un jersey ancho color crema que dejaba al descubierto el tatuaje de una daga negra que tenía. No era su ropa favorita, prefería el cuero, pero bueno al menos las botas de caña también de cuero negro se encontraban aún intactas, podía patear culos con ellas.

Cuando estaba decidida a volver a la cocina con otro intento suicida al salir a la claridad del día sus sentidos sobrenaturales le advirtieron que Marius había vuelto a la casa, pero por la puerta principal en lugar de por la cocina. Le vio, pudo comprobar que era seguido por el hombre al que presentó como su hermano, tras él venía otro hombre con el cabello rubio tonalidad casi blanca y rostro angelical, la fila la flanqueaba un hombre de rasgos duros y el cabello muy corto negro con cierto tono azulado, mejor dicho, si le mirabas bien era realmente más azul que negro, con ojos a juego, un color impresionante.

Por un momento olvidó la ira que sentía, casi, pero no era su día de suerte. Se fue directa hacia el hombre que la miraba con sonrisa encantadora, cuando llegó justo a su altura echó su brazo hacia atrás y le propinó un puñetazo en el mentón que hizo que sonara el hueso de su mandíbula y girase la cara. Si se lo hubiese esperado la podría haber esquivado, pero como no fue así solo pudo quedarse con gesto de asombro masajeándose la dolorida mandíbula.

—Eso por dejarme aquí dentro sola y preocupada. —Todos estallaron en risas, incluso Silas.

—¡Me encanta esta mujer! —dijo Axel orgulloso de su cuñada.

Le dio una palmada a su hermano en la espalda, quién no pudo evitar unirse a las risas. Amanda pudo conseguir que la ira la abandonara y se unió a la diversión, le gustaban los hermanos de Marius.

—Por favor, repítelo tengo que grabarlo con mi móvil, a mi hermana le encantará y me matará

si no se lo muestro. —dijo Akiles sacando el móvil con lágrimas en los ojos de las risas que se estaban echando, hacia mucho que no estaban juntos, menos aún habían tenido motivos para reírse.

—Si quieres puedo regalarte uno a ti. —dijo Amanda remangándose entre risas.

— ¡Me encanta, Me encanta! —repetía Axel ahogándose con las carcajadas.

—¡Bueno, me estoy perdiendo toda la diversión! —Ivar había entrado al escuchar el escándalo, aunque le habían advertido que esperara fuera hasta que ella estuviera preparada.

Ella hizo un placaje a Marius que tropezó con Axel al intentar detenerla, le arrancó la daga que éste llevaba en el chándal y se tiró directa al cuello de Ivar enseñando los colmillos. Si no fuera porque su poder era esa súper velocidad le habría degollado. Ivar se alejó hasta el sol sabiendo que eso le mantendría a salvo, al menos por un rato, pero ella seguía andando directa hacia él, solo tenía algo en su mente, ese hombre había intentado acabar con ella y con Marius. Justo cuando ella iba a adentrarse al sol Marius saltó para cogerla, pero Akiles levantó la mano para detenerla acercándose a ella. Amanda le gruñó a modo de respuesta.

—Tranquila, nunca te haría daño. —dijo Ivar mostrándole las palmas de las manos para que viera que no llevaba armas.

—¡Estás con él, todos los estáis! —Se sentía traicionada y acorralada, imploraba ayuda con la mirada a Marius. Él se moría por ir con ella y abrazarla, pero sabía que necesitaba que confiara en el resto de los presentes para que la pudieran proteger en caso de que a él le ocurriera algo.

—¡No!, estamos contigo, somos hermanos de Marius, su familia y ahora también la tuya —dijo Axel—, él daría su vida por ti y creo que ya te lo ha demostrado, y ahora nosotros también daríamos la nuestra —Se acercó más a ella, algo le decía a Amanda que podía confiar en ese hombre de rostro de ángel, todos miraban con amor a su hermano, no le dañarían—. Ivar está aquí para ayudarnos, Marius ha leído su mente y te puede asegurar que no miento, ¿se lo puedes decir, por favor?

—Tory confía en mí, vamos a ir a mi casa en Grecia, va a ser tu casa también. No volverás a estar sola nunca más. Ivar nos ayudará, lo he visto con mi poder, dame una oportunidad, conoce a mis hermanos. Sí una vez que estemos allí no te gusta, o no estás cómoda nos iremos. —suplicó Marius.

Después de recapacitar guardó los colmillos.

—Pero quiero que quede constancia de que no me fio de él. —Le entregó a Akiles la daga que empuñaba.

—¿Necesito saber si confías en mí? —preguntó Marius, ella asintió—. Si estoy con mis hermanos soy más fuerte, en caso de que seamos atacados como anoche por los...

—Puedes decirlo, sé que todos lo pensáis. Somos enemigos mortales, mi especie y la vuestra está destinada a odiarse eternamente. —Todos la miraron con pesar, porque lo que decía era totalmente real.

El destino no podía haber hecho nada más cruel con ellos, bueno sí, mantenerla muerta, pensó amargamente Marius.

—Entonces me pregunto, ¿por qué estáis todos empeñados en salvarme?, podríais acabar conmigo ahora mismo. Deberíais entregarme al primer asqueroso raptor que pasara o, mejor aún, hacerme pagar por todas las vidas humanas que he sesgado. —reflexionó Amanda en voz alta, todos sabían que aquellas palabras tan conmovedoras eran lloradas.

Marius no lo pudo soportar más y la tomó entre sus brazos.

—Exactamente por esto, como tú bien has dicho los asquerosos raptos tienen un alma negra, y merecen ser destruidos cada uno de ellos, pero tu alma no es negra, mereces una segunda oportunidad para redimirte. —trató de consolarla Marius.

— Eso es Tory, Marius, cámbiate no podemos retrasarnos más, queda poco para que anochezca y tenemos que volver a casa antes de que los raptos nos localicen. —ordenó Axel.

Cuando anocheció iba uniformado con cuero como los demás, dejó dinero en la casa por las molestias que pudieran haber ocasionado y por la comida. Pusieron rumbo a la casa de Ivar donde les esperaba el avión para volver a Grecia. Éste prometió reunirse con ellos allí en cuanto volvieran sus hombres de la misión que tenían.

Una vez ya en la propiedad del rey vikingo Axel subió al avión para poner al día a su mujer de todo lo sucedido. Akiles hablaba con el piloto para planificar el viaje que iniciarían en cuanto estuvieran todos. Silas repantigado en uno de los sillones de cuero del avión esperaba a dormirse en cuanto despegaran. Marius preparaba sus asientos para que Amanda viajara lo más cómoda posible, aunque el avión era de lujo y eso ya era un sinónimo de comodidad. No sabía cómo reaccionaría ella ante el vuelo, esperaba no tardar mucho en el viaje, se había empeñado en cambiarse de ropa, Ivar tenía en su casa algunas prendas más de su gusto, es decir, «oscuras y de cuero» a ella le ilusionó la idea, y para él era una forma de enterrar el hacha de guerra. Marius quería acompañarla, no le gustaba separarse de ella, el sentimiento era recíproco, a ella le ocurría exactamente lo mismo, pero Ivar le pidió un voto de confianza.

—Lee mi mente. Hermano serán unos minutos, cuidaré a tu hembra, sabes que te debo la vida, y esa es una buena manera para que ella confíe en mí. —En su mente no leyó lo contrario, así que un poco a regañadientes accedió.

Amanda acompañó a Ivar por la majestuosa casa, era realmente impresionante, digna de un rey. Anduvieron por los brillantes suelos de mármol hasta unas escaleras que ascendían a la segunda planta. Por el pasillo que caminaban se mostraban cuadros de dos hermanos vikingos con bellos rostros, con trenzas adornando esos rostros, eran Ivar y otro chico, pero aparecían más jóvenes. Llegaron a una puerta donde él le cedió el paso para entrar, era una habitación muy grande adornada con un gusto exquisito, todo en tonos negros y caobas. La existencia de una cama con dosel de madera color caoba, cubierta por una piel como hacían los antiguos vikingos, dejó totalmente impresionada a Amanda. Ivar rebuscaba en una cómoda de cajones negra cerca de la ventana. Extrajo un pantalón de cuero ceñido junto con un sujetador negro acompañando también

una camiseta transparente a juego.

—Son de una amiga de mi hermano, tiene aquí tanta ropa que ni si quiera notará su ausencia, creo que es tu talla. Aquí está el baño, puedes cambiarte ahí —encendió la luz del aseo.

—Gracias. —Cogió las prendas y se introdujo en el baño.

—Estaré aquí fuera, no te preocupes. —dijo Ivar sonriéndole.

Ella cerró la puerta tras de sí. El baño tenía el suelo de mármol rojo oscuro y la bañera estaba hundida en el suelo, también era de mármol, pero negro, se veía que tenía chorros de hidromasaje, todo en ese baño era una combinación de esos dos colores, se imaginó todo el tipo de fantasías que se podrían disfrutar allí. Se cambió rápidamente, no quería retrasar más el viaje. Arrojó la ropa de la que se despojó a una papelera y se observó en el espejo, realmente le gustaba como sentía el cuero en su cuerpo.

Salió del baño, pero Ivar no se encontraba donde le había dicho. Miró por la gran habitación y ni rastro, seguramente estaba atendiendo alguna llamada. Se dispuso a abandonar la habitación, pero cuando fue a cruzar el umbral el vikingo de dos metros le bloqueo la salida. Le miró de arriba abajo, éste tenía en sus manos su gran espada, el filo reposaba entre sus piernas. Se mostraba totalmente tranquilo, al parecer no la consideraba una amenaza en absoluto. Ella puso a trabajar rápidamente su mente para ver cómo podría escapar de aquella situación. Sí gritaba no la oirían, estaba lejos de donde se encontraba el avión, y si calculaba bien estaban ahora mismo en la dirección contraria de donde estaba aparcado el avión. Podría intentar defenderse, pero aún con su fuerza y velocidad sobrenatural ese guerrero la superaba en todo. La única oportunidad sería distraerle el tiempo suficiente para huir.

—¿Por qué haces esto? —dijo Amanda dando un paso hacia atrás.

—Ya lo sabes pequeña, de verdad, no es algo personal, se trata exactamente de lo que tú explicaste esta tarde, mi raza fue creada para destruir a la tuya, y tú en concreto has dejado

muchos cadáveres a tu paso por mis tierras, es algo que no puedo pasar por alto. —Dio un paso hacia ella, exasperantemente tranquilo, sin prisa.

—Pero no es posible, Marius leyó tu mente. —dijo Amanda retrocediendo lentamente, necesitaba alejarle de la puerta para poder huir por allí, no podía delatar sus intenciones en ningún momento.

—¿A qué es desconcertante? —Parecía divertirse Ivar—, pues te aseguro que ha sido muy duro, ese chico es realmente bueno con su don. He tenido que estar pensando constantemente que te ayudaba, no podía dudar ni un solo segundo o él me descubriría. Gracias a que le conozco desde hace muchos años he aprendido como encubrir mis verdaderas intenciones, disimular mis pensamientos. Si por algún motivo nos hubiéramos retrasado habría terminado descubriéndome, le he sentido constantemente hurgando en mi mente buscando algún descuido. Ha salido bien la jugada, él te ha dicho que se fía de mí para que tú confiaras también —Se tocó la cabeza.

— Sabía que no eras de fiar. —Amanda escupió aquellas palabras.

Ivar ya se había acercado lo suficiente dejando hueco en la puerta, así que aprovechó el pavonearse para distraer a su enemigo y se tiró fuertemente hacia delante deslizándose entre el guerrero y la puerta, sin embargo él fue más rápido, la agarró violentamente por el cabello y la arrojó al suelo frente a él.

—No, no, no, raptora mala, ¿dónde vas tan pronto?, el baile aún no ha comenzado. —dijo riendo Ivar mientras colocaba su afilada espada sobre el blanco cuello de ella, una gota de su sangre tiñó la punta del arma.

Amanda sentía miedo, pero eso conseguía sacar sus instintos más sanguinarios, sus ojos violáceos brillaron mientras sus colmillos se alargaban. Ivar levantó la espada, en unos segundos daría su golpe de gracia y cortaría su cuello como si de una pluma se tratara.

—Adiós, preciosa, Marius me odiara por esto, pero tiene toda la eternidad para perdonarme. —sentenció él.

Marius, ese hombre que tanto la cuidaba, no le vería más. Algo despertó dentro de ella, sus manos empezaron arder, y un grito de rabia subió por su garganta y abandonó su cuerpo como una fuerte explosión, hizo añicos todos los cristales. Esto sorprendió al vikingo de lo cual obtuvo tiempo Amanda para desgarrar la pierna de su atacante con sus cuchillas. Conseguir hacer salir las cuchillas le producía un dolor de rabiar, pero tenía que reconocer que le encantaba su nueva arma. Ivar se agachó y se sujetó la pierna ensangrentada, sentía como si le estuvieran clavando mil cuchillos a la vez, odiaba a los raptos y por segunda vez veía como esa raptora se le escapa, esta vez por la ventana.

Debía salir el avión, Amanda estaba tardando mucho, y tenían que despegar ya, no debería haber dejado que fuera sola. Descendió con decisión las escaleras del avión, cuando sus pies tocaron el suelo e iba a empezar la carrera hacia la casa vio una sombra acercarse de entre los árboles a gran velocidad. En cuanto se acercó un poco pudo ver que era Amanda, y por la manera que corría se percató que estaba huyendo, «mierda» apretó fuertemente los dientes y corrió a su encuentro. Cuando llegó a su lado aún estaban a la zona iluminada de aterrizaje, se la veía muy alterada, la agarró por los hombros y comenzó a examinarla para verificar si tenía alguna herida.

Vio sangre en su rostro, pero desconocía de dónde provenía, al menos daba la impresión de no ser grave, de otra forma no podría haber venido corriendo de aquella forma. Le era imposible penetrar en su mente, necesitaba saber como estaba, consolarla. La rabia de pensar que se hubieran atrevido a tocarla le atravesó el pecho como si hubiera sido con una de sus dagas. La soltó y se encaminó directo dirección a la casa.

—Marius espera, estoy bien. —sollozó Amanda.

—¡Voy a matarlo por esto!, me dio su palabra, leí su mente, ¡demonios! —gritó furioso.

Ella le enseñó sus cuchillas que había ocultado a su espalda, él por los nervios del momento no había reparado en ellas.

—Está herido, pero no creo que le detenga durante mucho tiempo, vámonos, si matas a uno de los tuyos los problemas que nos acarrearán serán inimaginables y de eso ahora mismo tenemos más

de los que podemos digerir, por favor, hazlo por mí. —Ella había guardado las cuchillas, y le tendía la mano suplicante acompañando a sus palabras.

Él se rindió y juntos subieron al avión, unos minutos más tarde estaban camino a casa.

Capítulo XII

Cuando conoció a Nella quedó prendado de su belleza aunque aquella mujer tenía bastantes más años que él, desprendía un esplendor que nunca había encontrado en ninguna mujer, y si alguien había estado con personas del sexo femenino, ese había sido él. No entendía por qué aquel ángel de rubios cabellos necesitaba tener a un hombre de esa manera, pero por otra parte se sentía afortunado de conocerla.

Cada día se decía a sí mismo que estaba allí estrictamente para complacer los deseos más íntimos de aquella hembra. No podía permitirse tener ningún tipo de sentimiento hacia ella, no le habían formado tan duramente para eso.

Compartía su lecho y le brindaba momentos de éxtasis, pero ella no le obligaba a permanecer encerrado en la cama, como otras lo habían hecho. Tenía su propio espacio, una gran habitación que le permitió decorar a su gusto, también una biblioteca donde le gustaba pasar las horas que ella permanecía ocupada.

Dormían cada noche abrazados, pasaban horas hablando sobre todo tipo de cosas, aquella mujer a parte de lo más precioso que había visto nunca era muy inteligente. Daban paseos románticos bajo la luz de la luna, y montaban juntos a caballo. Ella le hacía todo tipo de regalos sin que él se los pidiera, no solo porque estaba acostumbrado a vivir sin nada, sino por qué

compartir con ella aquella vida ya era el mejor regalo.

Le compraba la ropa más lujosa, todo los libros que sabía que eran de su gusto, relojes, nunca había llegado a imaginar que pudiese tener tantas cosas.

Una noche la observaba mientras dormía, y un rizo dorado reposaba sobre su brazo, se dio cuenta de que no podía negarlo más, estaba totalmente enamorado de ella. Y algo le decía que su amor era correspondido.

Pocos días más tarde ella abandonó la ciudad para solucionar unos temas de sus riquezas, pensó que era esta su oportunidad. Hizo inventario de las cosas de más valor que poseía y marchó a una tienda de empeños, le dieron una pequeña fortuna por todo aquello.

Con ese dinero se dirigió a la joyería más prestigiosa de la ciudad, y le compró el anillo más bonito y lujoso que disponían, y aunque nunca nada igualaría la belleza de ella, esperaba que fuese de su agrado. Ahora podría declararse como lo haría cualquier otro hombre.

La noche que ella regresaba a casa lo tenía todo preparado, pidió al servicio que le ayudarán, los cocineros prepararon cada uno de los platos favoritos de su amada, encendieron velas y perfumaron la casa con flores frescas, solo las más hermosas eran las más apropiadas para aquella ocasión. Mientras él se engalanó con el traje preferido de ella, y cepilló cuidadosamente su largo y sedoso cabello, quería que todo estuviese perfecto. Se miró al espejo y sus ojos esmeraldas brillaban antes la expectación del momento.

Ella entró por la puerta y él la cogió entre sus brazos, dieron suaves vueltas juntos mirándose a los ojos, la besó apasionadamente en los labios, luego besó su cuello, sus mejillas, aspiró el dulce olor de su cabello.

—¡Me encanta este recibimiento!, tendré que ausentarme más a menudo. —No paraba de reír entre los brazos de él.

—Ojalá no te marcharas nunca. —le puso un puchero para que sintiera lastima de él, pero enseguida surgió su pícara sonrisa.

Dejó el bolso y el sombrero en la silla rápidamente dejándose arrastrar por él. Disfrutaron de la cena, ella no cesaba de repetir lo que le había gustado que hubiera preparado todo aquello para ella. Cuando terminaron de cenar el mayordomo trajo una nota de Marius con un toque de su colonia, ella sonrió. Impaciente abrió la nota, ésta decía: «Si un regalo quieres encontrar, las pistas tendrás que hallar» ella respondió con una sonrisa que deslumbró a Marius. ¡Ese hombre no paraba nunca de sorprenderla! Él le señaló debajo de su plato para que echara un vistazo, ella lo levantó y encontró otra tarjeta. ¿Llevaba ahí todo el rato y no se había dado cuenta?

«Todo el mundo me viene a visitar pero nadie me quiere limpiar»—constaba escrito en la nueva nota.

La mujer con una gran carcajada se levantó de la mesa y salió corriendo, Marius la siguió. Fue directamente al baño, en el espejo tenía otra nota pegada en el espejo y una rosa sobre el lavabo.

«Para en tu casa entrar, por mí primero tendrás que pasar»—nuevo escrito.

Salió disparada con las notas en una mano y la rosa en la otra. Llegó al recibidor, y en la puerta principal encontró otra pista con su rosa correspondiente.

«Si arriba quieres ir, por mí tendrás que subir» —Posó un suave beso en la mejilla de Marius y corrió hacia su nuevo destino, las escaleras donde esta vez no solo encontró una sola rosa, había un ramo de blancas flores y su nota correspondiente.

«Si por fin tu premio quieres hallar en tu cama lo encontrarás» —estaba disfrutando como una niña, tenía las mejillas sonrojadas por la carrera y por la emoción, le dedicó una mirada llena de sentimiento. Le entregó todas las flores para agarrarse las faldas y correr con todas sus ganas al piso superior, él tuvo que subir los escalones de dos en dos para no perderla.

Cuando Nella abrió la puerta de su dormitorio se quedó fascinada, toda la habitación estaba cubierta con pequeñas velas aromáticas que daban un toque extraordinariamente íntimo y romántico. Se fue acercando poco a poco a la cama, tenía muchas ganas de saber cuál era su premio, pero a la misma vez estaba totalmente excitada por todo lo que estaba ocurriendo. Marius

la seguía bastante de cerca deseoso de ver su cara cuando recibiera la sorpresa, pero nunca había tenido tanto miedo como en aquel momento.

Cuando ella llegó frente a la cama casi sintió como su corazón se detenía. Estaba escrito sobre la misma con pétalos de colores— «¿Quieres ser mi esposa?» —dentro de un corazón de los mismos pétalos había depositada una pequeña caja de terciopelo negro. Con manos temblorosas tomó la caja, la abrió para descubrir un anillo de oro con una preciosa piedra azul, un azul que hacia juego con sus ojos, se volvió hacia él con lágrimas en los ojos.

—¡Sí, sí quiero! —pronunció Nella con toda el alma puesta en aquel «sí».

—Te quiero. —susurró Marius mientras le ponía el bonito anillo en su delicado dedo.

—Y yo también a ti. —ella le besó con pasión.

Sellaron aquel compromiso haciendo el amor apasionadamente sobre pétalos de rosas.

Todo marchaba perfectamente. Durante los siguientes meses hicieron todos los preparativos de la boda. Cuando se miraban se daban cuenta de que el amor que compartían era tan fuerte que no podrían sobrevivir el uno sin el otro.

Pero cuando solo faltaba un mes para la boda algo cambió, Nella empezó a estar cada vez más ausente, le daba malas contestaciones que él recibía resignado pensando que serian los nervios por el inminente acontecimiento. Aunque le costará admitirlo no era eso, era algo en ella que nunca quiso ver. Comenzó a ausentarse cada vez más de la casa, le rehuía el tiempo que pasaba en ella. Cuando le preguntó dónde iba la respuesta se le clavó como una daga en su pecho: —«Tú no tienes ningún derecho a preguntarme nada» —Marius no respondía ante sus ataques, solo se esforzaba para que todo volviera a ser como antes, cuando eran felices. Solo dejaba que se le acercase por las noches y después de usarle para complacerla le echaba como un perro de su lecho. Le estaba destrozando el alma en mil pedazos, pero se negaba a aceptarlo, —«ella me ama estoy seguro, solo es una mala racha» —Si en alguna ocasión ella era muy dura lloraba y le pedía perdón, pero a los dos días volvía a tratarle como un despojo.

Los agravios cada día eran más y más grandes. Marius cogió una gripe muy fuerte que casi derivó en pulmonía. La fiebre le hacía delirar cada noche, él solo sollozaba porque ella fuese a su encuentro para cuidarle, pero nunca acudió, ni tan si quiera para preguntar cómo se encontraba. Aunque la amaba profundamente la fue odiando poco a poco agonizando en su lecho.

Cuando por fin pudo levantarse, aunque su estado aún era muy débil, sacó fuerzas de flaqueza para ir en su busca. Era de noche y sabía que la encontraría en sus aposentos. Tenía que sujetarse a los muebles para evitar desfallecer. Abrió la puerta, no iba a llamar por temor a recibir otra negativa de aquella mujer, al verle ella se puso a gritar como una posesa.

—¿Qué demonios haces aquí?, ¿acaso he solicitado tus servicios esta noche?, mírate, estás enfermo y puedes contagiarme. —Cada palabra era más dura en los labios de aquella mujer, más doloroso que cualquier castigo recibido en su vida.

—He estado al borde de la muerte, y no has sido capaz de cuidarme, he suplicado por tu ayuda día y noche. —Se quejó Marius ignorando los venenosos improperios que ella le lanzaba.

—Te tendrías que haber muerto, un problema menos —Marius saltó como un animal encima de la cama, nunca pegaría a una mujer, pero aquella merecía un castigo de verdad—. ¡Tú me querías, nos íbamos a casar! —gritó liberando toda su furia.

—¿Yo, contigo?, ¡no me hagas reír!, eres un esclavo sexual y solo sirves para una cosa, dar placer entre las sábanas, pero ya ni para eso me sirves, me aburres, te voy a devolver, no sé qué te has creído. Compraré a otro que me haga gozar. —Le escupió en su dolorido rostro.

Algo en el interior de Marius se rompió, comenzó a notar un gran dolor en todos los huesos de su cuerpo y sentía como si la fiebre hubiese vuelto a su piel aumentada por mil, parecía que se iba a incendiar desde dentro. Se derrumbó sobre la cama, intentaba sujetarse todos los miembros doloridos, pero no podía, era demasiado. Su cuerpo empezó a sufrir un cambio, cuando ese cambio terminó el hombre había desaparecido y había dejado un hermoso y salvaje centauro.

Se irguió sobre su ahora desmesurada altura y miró directamente a los ojos de Nella, ella ya

no tenía odio en sus ojos azules, ahora solo se vislumbraba terror. Marius se fue de allí sabiendo que no la volvería a ver más, igual que sabía que nunca más volvería a amar.

Cuando volvió a la realidad allí estaba Amanda, por fin se había quedado dormida acurrucada en el sofá junto al suyo. Así volvió a ser la dulce Amanda que pereció porque él no podía amar. Ella no pudo saber que no era la culpable de que el corazón de Marius se había vuelto de piedra desde aquel fatídico día, pero si pudiera amar a una mujer, sin duda sería a Amanda. Axel le tocó el hombro y le sacó de sus pensamientos. Se levantó y se dirigió a sentarse con su amigo un poco más alejados para así no despertar a la mujer.

—¿Una copa? —le ofreció Axel.

—Eso no hay ni que preguntarlo hermano —y le guiñó un ojo como habría hecho antes de que ocurriera todo aquello.

Axel sirvió dos vasos de un líquido almendrado. Brindaron en silencio y aquel licor calentó su garganta lentamente al paso por ella.

—Buen Whisky —Axel asintió.

— Hermano, ¿dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Axel, estaba preocupado, lo notó porque siempre que lo estaba levantaba su ceja. No es que le apeteciera hablar sobre ello, pero sabía que a él le debía una explicación.

—La noche que sucedió lo de Amanda, tomé la decisión de que ya no era apto para estar entre vosotros. Nuestra misión en esta vida es mantener a los humanos con vida y yo había enviado a uno directamente a los brazos de la muerte. Solo quería encontrar la muerte definitiva, pero mientras llegaba me llevaría conmigo al mayor número posible de raptos por delante. —Se quedó mirando al infinito.

—Sé que nada de lo que te diga ahora mismo te servirá de consuelo, pero algún día te darás cuenta de que no eres el responsable de su muerte —dijo Axel señalando hacia donde seguía

durmiendo ella—, ninguno de nosotros lo piensa, es más, Sárilan nunca me ha dejado tirar la toalla para encontrarte cuando yo ya pensaba que nunca te hallaría. —No pudo evitar que las palabras de su amigo le emocionasen.

—Busqué a un chamán, uno de los mejores, por una pequeña fortuna fue capaz de encubrir mi presencia frente a Silas u otros brujos que pudierais usar para encontrarme. No podía arrastraros conmigo a una muerte segura, ¿me entiendes hermano? —contestó Marius.

Axel asintió, sabía que su hermano tenía un corazón puro. Le veía tan tenso, incapaz de poder bajar la guardia ni un solo segundo, que intentó relajarlo un poco.

—Le vamos a poner vuestros nombres a tus sobrinos. —informó Axel.

A Marius se le iluminó a la cara al recibir aquella noticia.

—Sé que Amanda, si se acordara de algo, le encantaría que hicierais eso. Pensarás que soy un egoísta por no contarle todo a Amanda, sobre todo lo pensará tu mujer, al no poder recuperar del todo a su hermana. —Lo susurró Marius para evitar que le oyera la mujer que dormía un poco más allá.

—Sí te soy sincero, Sárilan se molestó un poco al principio, entiéndela, ella quiere a su hermana, a la de siempre, pero luego recapacitó, si existe la posibilidad de volver a perderla, prefiere tenerla así a no tenerla nunca más —el sentimiento de egoísmo era una losa sobre su pecho, pero por ahora era la única manera de mantenerla a salvo—. ¿Y cómo diste con ella?

—He estado vigilando y matando raptos por todas partes, un día viendo las noticias me llamó la atención los asesinatos que se estaban cometiendo en Nueva Orleans. Por lo que describían pensé que sería un raptor neófito sin control al que se tenía que detener cuanto antes, no podía morir más gente, a la vez nos estaba dejando muy expuestos, pero jamás imaginé que la encontraría a ella.

Miraba aquella mujer que respiraba acompasadamente y le resultaba increíble pensar que

hubiese podido cometer semejantes atrocidades.

— ¿Tú la ves capaz de ello? —quiso saber Axel.

—No lo sé, por el tiempo que he pasado con ella no, pero piensa que despertó sola, sin nadie que le enseñará lo que era, o cómo alimentarse, sin reglas, pero tampoco han aparecido en las noticias más cadáveres desde que está conmigo, lo que me lleva a pensar que tiene que ser ella. —respondió Marius.

—Bueno no importa lo que haya hecho, es nuestra familia y vamos a cuidar de ella. Se avecinan tiempos muy difíciles —añadió Axel.

Marius sabía que su hermano era sincero, la quería como a su propia hermana.

—Lo sé, por nada del mundo me gustaría ponerlos en peligro, y mucho menos a tu mujer o a los bebés. Pero sin vosotros no tenemos ninguna posibilidad.

—No nos pones en peligro, siempre lo estamos y ¿adivina qué?, somos los mejores en lo que hacemos. Todo saldrá bien. —le aseguró Axel.

Marius asintió mientras sonreía.

—Te he echado de menos hermano. —dijo Marius extendiendo el brazo para que su hermano lo estrechara.

—Yo también a ti, aunque tengo que reconocer que sin tu bonito cabello ya no me gustas tanto —los dos estallaron en risas.

Axel agarró el brazo de su hermano y tiro de él para abrazarlo. Marius al principio se sintió extraño, pero enseguida le devolvió el caluroso abrazo, se volvía a sentir en casa.

Otra vez se le había escapado, y Akiles lo había permitido. Esto ya había ido más allá de la locura de un chico para salvar a una mujer que le importa, ahora lo habían convertido en una guerra. Tenía que localizar a su hermano y a sus hombres y marcharían sobre Grecia, ya no tomarían prisioneros, acabarían con todos ellos. El consejo de gárgolas entendería que estaba más que justificado, pero no tenía tiempo ahora para pedir los permisos, no podía arriesgarse a que la raptora huyera, prefería dar luego las explicaciones pertinentes.

Volvió a la casa tan rápido como la cojera le permitía, curó la herida y la vendó, en unas horas estaría totalmente curada. Ya en el dormitorio buscó el móvil para llamar a su hermano, tendrían que abandonar la misión que en aquel momento les ocupaba, este asunto tenía máxima prioridad. Marcó el número de su hermano, estaba apagado, fue probando uno a uno con el del resto de sus hombres, nada. Maldijo, seguro que se encontraban en una zona sin cobertura. Se agarró la cabeza con las manos, si pudiera andar sin cojear ya habría hecho un agujero en la alfombra. Necesitaba soluciones y las necesitaba ya.

Sonó su teléfono, era un mensaje enviado desde el aparato de su hermano: —«Tienes que venir a buscarnos, ¡ahora!» —acompañaba una ubicación. Marcó rápidamente y nada, apagado de nuevo. Se armó rápidamente y salió en busca de sus hombres, algo iba realmente mal.

Capítulo XIII

Sárilan llevaba toda la tarde nerviosa, no paraba de sacar ropa del armario, no sabía que ponerse para recibir a su hermana. Scailar le hacía compañía, pero la dejaba perderse en sus pensamientos.

Se miraba en el espejo, veía como el vestido de tirantes se ajustaba en su pecho y luego caía suelto sobre su abultado vientre. La gasa amarilla le hacía cosquillas sobre su piel al tocar su tripa. Amanda ni siquiera sabía que iba a ser tía. Perdió a su hermana, pero alguien la arrancó de

los brazos de la muerte y se la había devuelto, estaba feliz por aquello, nadie tenía una segunda oportunidad en esos temas. Sabía que ahora era el enemigo natural de su nueva familia, pero ella sentía en su corazón que no era una asesina, no era la culpable de los horribles crímenes que anunciaban en las noticias. Le daba igual que nadie estuviera de acuerdo con ella, sabía que no era verdad. Luego estaba el asunto de que no recordaba nada, ¿cómo iba a aparentar no conocerla? si lo único que quería en este momento era abrazarla y besarla durante horas, tendría que comportarse como si aquella hermana fuese totalmente una desconocida.

—Le vas a encantar. —dijo Scailar sonriendo al verla reflejada en el espejo. Se había convertido en una hermana para ella.

—¿Lees la mente? —dijo Sárilan intentando disimular sus nervios.

—Cuando todo el peligro pase, le podremos contar todo y ella será libre de quedarse o irse, pero estoy segura de que se quedará con nosotras. —animó Scailar.

—Gracias. —Sárilan agradeció las palabras de su amiga. Se giró y la abrazó todo lo que su vientre le dejaba.

Llamaron a la puerta.

—Se acercan. —les avisó Cormand.

Amanda iba mirando todo asombrada, esa belleza la dejaba maravillada. El coche les había recogido donde aterrizó el avión. Tenían pista propia dentro de la propiedad, que debería ser enorme por lo que se llegaba a vislumbrar. Los grandes jardines que rodeaban la mansión se mostraban muy cuidados y llenos de flores de todo tipo y de colores, la fragancia de aquellas plantas llegaba fresca hasta su nariz. Las fuentes adornaban con un estilo clásico toda la zona otorgándole un toque elegante y místico. A lo lejos podía ver un gran lago bordeado por farolillos que lo iluminaban todo. Marius le explicó que también les pertenecía, ella no salía de su asombro, le gustaría alguna noche pasear por allí con él.

Cuando se encontraron frente a la mansión enmudeció totalmente. Se alzaba ante ella gloriosa

como uno de los antiguos templos griegos la mansión, dos plantas que eran sostenidas por fuertes columnas que asentándose desde el suelo llegaban hasta alturas vertiginosas. Todo del blanco más impoluto. La entrada principal era un arco con una gran puerta también blanca, se necesitaría tener una gran fuerza para poder empujarla.

—¿Te gusta? —preguntó Akiles interesándose por saber si su nueva casa era del agrado de Amanda.

—¡Me encanta! —contestó ella entusiasmada.

Todos sonrieron.

Aparcaron el coche, uno a uno de sus ocupantes fue abandonando el 4x4, los últimos en salir fueron Amanda y Marius. Ella no tenía por qué tener miedo, pero algo le hacía resguardarse tras la fuerte espalda de él.

Akiles abrazó a una mujer muy alta y bella, deberían ser familia ya que compartían rasgos parecidos y el mismo bonito color de ojos. Axel hizo lo mismo con otra a la que no consiguió ver. Cuando accedieron a lo que debía ser el recibidor, la chica que abrazaba Akiles se abalanzó sobre Marius y le estrujó entre sus brazos, le pilló desprevenido y casi le hizo caer por su gran altura, esa mujer debía ser muy fuerte para conseguir algo así. No sabía por qué pero ese gesto le produjo una sensación de rechazo que no le gustó en absoluto, no quería que le tocara ninguna otra mujer.

—Marius cómo te he extrañado, no lo vuelvas a hacer nunca más o le pediré a mi hermano que me enseñe a pelear solo para patearte el culo.

Él la devolvió el afectuoso abrazo y la acariciaba el cabello. Eso no le gusto ni un ápice, podría ser su mujer, podría ser el cuñado de Akiles y por eso decían que eran familia. Era consciente de que no tenían nada, solo sabía que le gustaría arrancarle los ojos.

—Nunca más, prometido. Mira esta es Tory, Tory esta mujerona es Scailar es la hermana pequeña de Akiles, bueno la de todos nosotros. —Ese comentario tranquilizó a Amanda, la sonrió

pero se dio cuenta de que tenía los colmillos fuera y se lamentó por aquello.

—Un placer conocerte. —dijo Amanda y le tendió la mano a Scailar para saludarla, esta tan amable como era no hizo caso de sus colmillos y la cogió entre sus brazos.

—Igualmente Tory, ahora tú también eres mi hermana. —No sabía muy bien cómo reaccionar ante esas muestras de cariño, pero se dejó llevar y la sensación que la invadió le gustó, era como sentirse en casa.

—Tory este es Cormand. —presentó Marius, Cormand asintió fríamente con la cabeza, no se le podía pedir más. Ella le imitó.

—Ahora es el turno de Sárilan, es la esposa de mi hermano Axel, a la que yo quiero mucho. —Prosiguió con la presentación Marius, a Sárilan se le encogió el corazón al oír eso.

Se deshizo del abrazo de su gran marido y se acercó hasta ellos. Amanda no podía dejar de mirarla, no podía creerlo. Marius estaba tenso por la situación por si ocurría algo, pero Axel le hizo una señal indicando que su mujer necesitaba este acercamiento y se lo debía.

—Yo, yo te conozco... —Tocó suavemente el rostro de Sárilan registrando cada detalle del rostro de esa mujer morena.

A Sárilan se le iluminó la cara, y Marius no podía ni tragar saliva por el pánico.

—¿Y si su hermana era el detonante que la haría recordar?

—¿Sí? —expresó Sárilan, no quería romper el contacto, le gustaba sentir de nuevo la pequeña mano de Amanda en su piel. ¡La había extrañado tantísimo!

—He soñado contigo, tú me abrazabas y me pedías que no me fuera, que no te abandonara —dijo Amanda, Marius le pidió ayuda a su cuñada con la mirada, esta en aquel momento lo único que deseaba era decirle que era su hermana—, pero no tenías esto —acarició el vientre abultado de su hermana—, ni yo los ojos de este color, pero es como si te conociera de otra vida.

Amanda sentía una atracción muy fuerte hacia esa mujer que tenía delante, notaba un vínculo hacia ella, pero no sabía por qué. Sárilan deseaba más que nada en el mundo abrir su corazón y

confesarle todo, pero si eso suponía perder a su hermana de nuevo, se llevaría aquel secreto con ella a la tumba.

—Quizás es que teníamos que conocernos, ¿crees en el destino?, yo sí, y seguramente has soñado conmigo porque nos teníamos que conocer hoy —Amanda elevó los hombros en forma de contestación—, por cierto, me encantan tus ojos, son preciosos.

Le dedicó la sonrisa más espléndida que Amanda había recibido nunca, al menos por parte de una mujer. Amanda abrazó a Sárilan, cosa que tomó a todos por sorpresa, a esa mujer no le gustaban las muestras de afecto, pero por algún motivo necesitaba sentir a aquella mujer entre sus brazos. Era la misma sensación que tenía con Marius, le gustaba estar cerca de ella.

Después de hablar un rato se sentaron a cenar, Scailar siendo una gran anfitriona como siempre, se había pasado el día en la cocina con el servicio preparando los platos preferidos de su familia. Marius engulló aquellos alimentos como hacía mucho que no comía, degustó pollo asado con guarnición de verduras, puré de patatas, carne guisada, entre otros deliciosos platos, y Amanda igual que él sentía que si comía solo un gramo más explotaría.

Rieron como antaño, Axel le hacía bromas a Marius, como siempre, y todos reían contando las antiguas batallas de ambos. Amanda consiguió relajarse y disfrutaba de los comentarios de unos y otros, era como niños en cuerpos de hombres.

Después de cenar las chicas se acomodaron en los sofás, y ellos se fueron al despacho a charlar. Scailar no paraba de hablar, y Sárilan no quería que aquello terminase nunca, deseaba pasar todo el tiempo del mundo con su hermana. Se había hecho tarde y el embarazo le daba muchísimo sueño. Ahora tendrían todo el tiempo del mundo para estar juntas, nadie se la arrebataría de nuevo. Solo podía pensar en cuanto la había echado de menos y en lo guapa que estaba con ese look de chica mala y esos ojos violetas, pero tendrían que seguir mañana, se quedaría dormida y su marido tendría que subirla a la cama, claro que tampoco sería la primera vez.

—Chicas, no me quiero ir, pero los pequeños me tienen muerta. ¿Tory quieres que te enseñe tu

cuarto antes de acostarme? —dijo Sárilan tapando con su mano un bostezo que se le liberaba.

—No te preocupes, esperaré a Marius, tú descansa que te hace falta con los pequeños. —dijo Amanda ofreciéndole una sonrisa radiante.

—Descansa cielo. —Sárilan besó afectuosamente la frente de su hermana.

A Amanda ese pequeño gesto le encantó. Después Sárilan besó también la mejilla de Scailar y fue a dar las buenas noches a su marido.

—Podríamos hablar con Laya y pedirle que nos ayude. Se han incumplido las normas, podría devolverle su alma humana. —comentó Axel jugando con una copa que tenía entre las manos.

—O podría liberarla pero mantenerla muerta, recuerda que ella había fallecido antes de ser resucitada. —expresó Marius golpeando el suelo con su pie repetidas veces.

—Hay algo que no estáis barajando, estamos hablando de dioses, los cuales saben todo lo que ocurre, ellos han visto que se han roto todas las reglas al resucitarla de aquella manera y si hasta ahora no han intervenido, por algún motivo será. —Akiles al decir aquello intentaba que sus hombres recapacitaran sobre la situación.

—Pues solo nos queda protegerla hasta que descubramos con qué fin ha sido creada. —Esta vez fue el callado Cormand el que intervino.

—¡Más os vale, o patearé uno a uno vuestros perfectos culos! —Amenazó Sárilan.

—¡Esa es mi mujer, más fiera que una hembra gárgola! —Ante el comentario de Axel todos rompieron a reír.

—Cariño me voy a dormir, Marius, he preparado la habitación pegada a tuya para Ama... para Tory, nunca me acostumbraré. —Se despidió Sárilan.

—Vamos, preciosa te voy a demostrar todo lo que te he echado de menos —la sonrisa que Axel le dedicó a su mujer prometía horas de pasión y amor bajo las mantas. La tomó en brazos como si de una pluma se tratara— Si me disculpan caballeros, mi mujer y yo tenemos asuntos que resolver.

Todos les despidieron con sonrisas envidiando el amor que aquellos dos se procesaban.

—Bueno, ha sido un largo viaje, mañana continuaremos. —decretó el jefe despidiendo a sus hombres a los que se veía claramente cansados.

Ivar tuvo que conducir durante horas para poder localizar la ubicación que le había enviado su hermano. El sitio en cuestión era un complejo de fábricas abandonadas a las afueras de Richmond, Texas. La misión era cazar raptos, pero tenían terminante prohibido cazar tan lejos de su zona. Su instinto le decía que algo muy malo había sucedido. Los móviles daban apagado cada vez que intentaba a llamar, él llevaba un rato también sin cobertura, pero si tuviesen los móviles encendidos en algún momento habrían cogido cobertura, ¿o no?

Dejó el coche frente a una de las fábricas más grandes, no había rastro de que hubiese nadie por allí, al menos sus sentidos no delataban a nadie, pero era la última pista que tenía de su paradero, por algún lugar tenía que empezar a buscar. Aprovecharía mientras aún tuviera sol para rastrear la zona sin peligro de ser asaltado por raptos. La fábrica por fuera no tenía nada en especial, era un gran bloque gris de una sola altura, sin apenas ventanas y las pocas que había estaban tapadas con tablas clavadas, también la puerta lo estaba, aunque tenía un hueco suficientemente grande para pasar agachado.

Se adentró por aquel agujero, todo estaba muy oscuro, pero gracias a los rayos de sol que se filtraban por las tablas de las ventanas al menos podría echar un vistazo, en cuanto se incorporó y alcanzó toda su altura le golpeó un fuerte olor que inundó sus fosas nasales, tuvo que taparse la boca y la nariz con un pañuelo. Era un hedor nauseabundo a putrefacción, aceleró el paso rezando que viniera de animales y no de humanos. Si sus hombres estaban muertos aún no habrían alcanzado ese estado de putrefacción.

Fue esquivando escombros a su paso, lo más silenciosamente que le era posible, si había asesinos por allí su mejor baza sería la sorpresa. Llegó a la parte de atrás de la fábrica, esa zona estaba más oscura todavía, el hedor aumentaba a cada paso. Rebuscó en la bolsa que llevaba y sacó una linterna; antes de poder encenderla cayó de bruces sobre algo, cuando lo palpó se dio

cuenta de que era un cuerpo. Recitó en silencio una plegaría para que no se tratara de uno de los suyos.

Encendió la luz de la linterna y descubrió el cadáver de un chico joven. Tenía el rostro desencajado por el pánico, le habían robado la vida gota a gota, lo que le recordó a los cuerpos que habían aparecido en Nueva Orleans. Miró a su alrededor y descubrió otros muchos muertos, mujeres, hombres, ancianos; todos asesinados de la misma horrible manera. Algunos de ellos parecían llevar mucho tiempo allí, tenían un gran estado de descomposición y los bichos se alimentaban de sus tejidos.

De pronto vio a Mikael entre tanta muerte, era uno de sus hombres. La vida había abandonado su cuerpo, igual había ocurrido con el color de su piel, pero si algo marcaba la diferencia con el resto era que en su cara había odio, y no miedo, que era el gesto que más abundaba por allí.

Gritó de dolor por su muerte, ya no le importaba ser descubierto, incluso estaba dispuesto a pagar por ello. Gracias a su velocidad sobrehumana comenzó a recorrer todo el lugar buscando a su hermano. Cuando ya estaba perdiendo la esperanza de que se encontrara allí se percató de que en el fondo, pegada a una pared, había una jaula de gruesos barrotes, allí estaban tirados los cuerpos sobre el suelo. El miedo le atenazaba, pero consiguió relajarse lo suficiente para ver que el pecho de los hombres subía y bajaba lentamente. Vio la llave colgada en la pared cerca de su posición, parecía que era una trampa, si fuera así, caería de pleno, aún con ello les intentaría salvar. Abrió la puerta rápidamente y se situó junto a su hermano, colocó su cabeza suavemente sobre sus piernas, desconocía el tipo de lesiones que podía tener.

—Hermano, soy yo, he venido a sacaros de aquí. —No obtuvo respuesta, su hermano seguía inconsciente. Podía oler algún tipo de droga en él.

La ansiedad se apoderó de él y le zarandeó con todas sus fuerzas como si así le pudiese hacer volver.

—¡Despierta, nos tenemos que marchar antes de que vuelvan! —gritó desesperado.

El hombre inconsciente abrió lentamente los ojos, escudriñó los gestos en el rostro de su hermano hasta que le reconoció.

—Tranquilo, no van a volver —dijo el recién llegado a la consciencia, le costaba mucho hablar, tenía la garganta en carne viva—, nos han dejado aquí para que te diéramos un mensaje, por eso nos permitieron vivir, bueno, no a todos. —Ivar no daba crédito a las rotas palabras de su hermano.

— ¿Mensaje a mí? —Su hermano asintió.

—Sus palabras fueron: «Ivar has estado persiguiendo a la asesina equivocada, te he estado esperando durante mucho tiempo, pero pronto obtendré mi venganza» repitió una a una las palabras grabadas a fuego en su mente gracias a las torturas recibidas.

—No entiendo nada, ¿qué aspecto tenía? —quiso saber Ivar.

—No le vimos en ningún momento, iba cubierto por una larga túnica con capucha. El resto de sus asesinos visten igual que él, pero su acento me era muy familiar, aunque no sé de qué. Cuando nos negamos a colaborar mataron a Mikael y nos drogaron para que no pudiésemos luchar.

—No te castigues hermano, tenemos que irnos. Os llevaré a casa y tengo que ir a Grecia, le debo a alguien una gran disculpa. Después me encargaré de este asesino.

Capítulo XIV

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en que tenía que dormir sola? No quería sentirse así nunca más. Tenía que admitir que la habitación era preciosa, tenía una bonita cama donde una se podría perder. La colcha era de un bonito color crema, el colchón era muy mullido, uno de esos en los que te cuesta levantarte cada mañana para abandonarlo. Pero se negaba a quedarse allí sola,

así que no se lo pensó más y se levantó decidida ir hacia la puerta. Scailar le había prestado un pequeño camisón negro, se sentía medio desnuda con eso, aunque reconocía que también se sentía sexi.

Desde que conoció a Marius no se había separado de él, y no dejaría que nadie lo hiciese. Sabía que la puerta de al lado era donde se encontraba, se incorporó y fue a visitarlo. No estaba dormido, pero parecía estar tan perdido en sus pensamientos que no se percató de su presencia. Se detuvo a observarlo, tuvo que admitir que estaba realmente hermoso cuando la luz de las velas se reflejaba en su torso. Con las manos puestas detrás de la cabeza los músculos de sus brazos se marcaban aún más.

Sin tan si quiera proponérselo comenzó a imaginar cómo sería bajar la ropa de cama que le cubría para ver si estaba igual de desnudo que por la parte superior de su cuerpo. Le deseaba, quería sentir esos carnosos labios sobre los suyos y poder mordisquearlos. Esa cálida piel rozando cada uno de sus poros, hasta que ambos sudaran de placer. Aquel hombre le daba algo que nadie en el mundo podía, seguridad.

Se sentó a los pies de la cama y le miró con hambre.

—Hola, ¿Te ocurre algo? —preguntó Marius.

Él no podía apartar los ojos de ella, estaba tan sexi ahí sentada. El pequeño picardías que llevaba se marcaba a cada una de las curvas de su pecaminoso cuerpo. La postura que había adoptado le dejaba entrever gran parte de sus generosos pechos, se moría por tenerlos dentro de su boca y jugar con sus pezones.

—Sabes que no quiero estar sola. —Aunque realmente lo que quería era saltar sobre él como un animal y devorarlo.

—Te puedes quedar en mi cama, yo me colocaré a tu lado en el sofá. —Se lo señaló con la cabeza, tenía una mirada abrasadora.

Ella se acercó un poco más y aunque no lo hacía aposta mostró aún más aquellos deliciosos pechos. Apretó la manta más sobre él para tapar la dolorosa erección que le estaba provocando.

—No, quédate, aquí conmigo. —le suplicó ella mordisqueándose el labio inferior.

Marius estaba haciendo acopio de todo el autocontrol que pudiera tener, incluso del que no sabía que poseía, para no lanzarse sobre ella y hacerla suya durante toda la noche.

—Yo... esto, no creo que sea buena idea. —Su cercanía le estaba volviendo loco. Podía sentir que ella también le deseaba y eso le estaba llevando a un lugar sin retorno.

—No me rechaces, por favor. —de nuevo suplicó Amanda, el dolor se reflejó en su rostro.

Algo se rompió dentro de él. Por algún juego malévolo del destino se encontraba en la misma situación que cuando la perdió aquella fatídica noche. No pasaría de nuevo, no la perdería de nuevo.

—No, eso nunca. —Se rindió él definitivamente.

Amanda sonrió antes su respuesta y se abalanzó sobre él como un animal salvaje. Él tiró fuertemente de las mantas y fue a su encuentro. Sus bocas se juntaron en una explosión de pasión. Sus labios ardían donde la lengua del otro lo rozaba. Cuando sus lenguas se unieron en una comunión perfecta ella sintió una humedad caliente que cubrió su ropa interior. Pasó las manos por su corto y rojo cabello, fue deslizándolas por su nudoso y fuerte cuello, mientras profundizaba aun más en su salvaje beso castigándole con su juguetona lengua. Él la cogió y apretó fuertemente sus nalgas acercándola más hacia su cuerpo. Ella pudo notar su dura excitación apretada contra su estomago y eso la hizo enmudecer aún más. Al poco gimió contra los labios de él como respuesta.

—La primera vez no podré ser delicado, pero prometo que te lo compensaré con creces. Te deseo demasiado. —dijo separando apenas su boca.

—¡Dame todo lo que tengas para mí, estoy preparada! —dijo Amanda restregándose contra su erección, cosa que a él le puso como una moto.

Ciego por la excitación cogió el camisón a la altura de los pechos y lo rasgó por la mitad. Esto la volvió loca, desenfundó sus colmillos y los clavó en el cuello de él, Marius profirió un gemido animal cuando notó aquello, le estaba llevando a la locura, le transportaba al éxtasis total y aún no se había hundido dentro de ella. La recostó sobre la cama para poder disfrutar de su cuerpo al completo. El rostro de ella estaba sonrojado por el ardor, sus generosos pechos se erguían de punta pidiendo ser devorados. Las manos inquietas de ella intentaban coger su miembro, pero él no le dejaba, aún no.

Agarró y masajeó ambos pechos entre sus grandes manos, con la punta de sus dedos acariciaba los duros pezones. Ella empezó a emitir gemidos, y esto es lo que le faltaba para meterse uno de ellos en su boca. Amanda pensó que se iba a morir de placer, pero algo le decía que aquello solo había comenzado. Él jugaba a castigar sus pezones con la lengua, la estaba llevando a la locura, ella agarraba las sábanas con furia, necesitaba correrse para liberarse, pero él aún no la dejaba.

—Por favor, no puedo más. —rogó Amanda mientras se restregaba aún sobre la dura erección, solo un pequeño triángulo de tela la separaba del placer.

—Aún no. —Y riendo pasó a encargarse del otro pecho.

Ella sentía ganas de llorar por la necesidad, no le importaba implorar, le necesitaba dentro y le necesitaba ahora. Cerró los ojos y sintió como él la levantaba en brazos y la apoyó contra la fría pared en comparación con su ardiente piel, le produjo un gran escalofrío de placer. ¿Qué le iba a hacer?, realmente le daba igual, ella firmaría en aquel momento por qué le hiciese todo lo que él deseara. No la tocaba y eso le hizo abrir los ojos. Marius estaba arrodillado justo delante de su sexo, mirándola como un depredador. Le sonrió prometiendo que la iba a hacer gozar mucho. No le dio tiempo a decir nada, él apartó el pequeño triángulo negro y hundió su boca en su

carne húmeda.

Primero lo lamió hábilmente, saboreando su dulce néctar, deleitándose con él. Ella no podía más, los jadeos se tenían que estar oyendo en toda la casa, pero ahora eso no importaba. Con gran pericia atrapó su clítoris y le empezó a dar un gran placer con la lengua. Amanda le sujetaba la cabeza para evitar caer, no podía más iba a estallar. Empezó a mordisquearla dándole descargas de placer por todo su cuerpo, y llegó su liberación, algo tan fuerte que le hizo temblar y perder el equilibrio entre espasmos de gozo.

Él la sujetó con una mano para evitar que desfalleciera y con la otra buscó su húmedo hueco donde se moría por adentrarse e introdujo uno de sus dedos mientras daba pequeños lametones a su aún palpitante botón del placer. Aunque le costase creerlo aquel hombre la tenía de nuevo totalmente cachonda, y con ganas de más.

—Entra en mí, por favor. —Lloriqueó.

—Shuuu, aún no. —Con esto introdujo otro dedo en su interior a un ritmo que la llevó a la locura de nuevo en muy pocos segundos. Ese hombre realmente sabía dar placer a una mujer.

Marius sonrió satisfecho con el sabor de ella en sus labios y se relamió mirándola. Se levantó y la abrazó fuertemente mientras la besaba con pasión. Definitivamente aquel hombre debería estar prohibido para la salud. La elevó en brazos y ella enroscó sus piernas en su espalda, temblaba ante la expectación. Marius notó como su miembro palpitaba en su centro, ardiendo. Solo el tanga le separaba del mayor placer inimaginable.

Antes de que se pudiese dar cuenta el tanga había desaparecido, la penetró con una fuerte embestida, gracias el precalentamiento al que la había sometido la hizo gritar de placer.

Se quedó quieto esperando a que ella se adaptase a su tamaño. Le gustaba ver que estaba disfrutando mientras estaba dentro de ella. Pero fue ella la que suavemente empezó a moverse sobre él, lo que le dio carta blanca para seguir. Primero fue lento para no dañarla pero cuando notó que se habían adaptado, empezó a moverse salvajemente. Los brazos protectores de él

cuidaban que no se dañara con la pared, y ella volvió a hundir sus colmillos en él, esto le hizo sentir algo que ninguna mujer había conseguido jamás, le llevaba más allá de la cordura.

Amanda empezó a notar algo distinto a la fogosidad del momento. Sintió un cosquilleo a través de todos sus poros, y emitían calor. Aquello nada tenía que ver con los que estaban compartiendo. Se sentía cada vez más viva, más fuerte. Se estaba alimentando a través del sexo, y de Marius.

—¿Lo sientes? —dijo ella con miedo a dañarle, o peor aún, matarlo.

—Sí, y es algo increíble, me siento mucho más fuerte. Te podrás alimentar de mí, ya no tendrás que usar a nadie más. —La idea de que no tocara a otro hombre nunca más, hizo hinchar su pecho de orgullo.

Sonrieron y se besaron. Agarró uno de sus pechos y se hundió en ella aún más profundamente, estaba rozando el cielo.

—Muérdeme. —pidió gimiendo él y ella le obedeció gustosa.

Y con aquella última embestida llegaron ambos a la cumbre del placer.

La llevó a la cama y la depositó suavemente, saliendo dentro de ella y retirando el preservativo que llevaba. Después de anudarlo lo arrojó a una papelería cercana. Ella ni había visto que se lo ponía, menos mal que uno de los dos tenía la mente lúcida en aquellos momentos.

Se tumbó al lado de ella y la tomó en sus brazos.

—¿Te ha gustado? —preguntó Marius, ¡hombres, pensó Amanda!

—Bueno, no estuvo mal. —Rió ella, y sintió una nueva erección sobre su cadera.

—Pues tendré que practicar hasta que mejore. —Sonrió pícaramente él.

Y como le había prometido le compensó toda la noche, cerca del alba se quedaron dormidos exhaustos de placer.

Marius estaba en aquella misma cama, absorto leyendo un libro. Se le veía tan tranquilo y al mismo tiempo hermoso, su rostro no reflejaba ese semblante de preocupación que últimamente no le abandonaba nunca. Tenía también más color en las mejillas, pero lo que realmente le pareció

algo esplendido es que llevaba el cabello largo, una gran melena roja, deseaba alargar la mano y acariciarlo para comprobar si era tan sedoso como parecía.

Ella llevaba un vestido color esmeralda, hacía juego con los ojos de él. Se percató de su presencia y levantó los ojos del libro para posarlos sobre ella. Se veía contento de verla y a la vez, sorprendido.

—Hola, ¿qué haces aquí? —Saludó Marius.

—Pues he venido a verte, ¿no puedo? —Intentó no llorar, tenía los ojos enrojecidos de tanto llanto pero había algo aun más extraño, no eran violetas.

—Amanda ven, siéntate —dio una palmada en el colchón para invitarla a que se aposentara junto a él—, cuéntame que te preocupa, a lo mejor te puedo ayudar.

La voz de Marius era distinta, más dulce.

—Yo solo quiero estar contigo desde que te vi, aquel día que viniste al hotel para ayudarnos, desde ese momento, lo supe. Me di cuenta que eras tú con quien quería estar, que eras alguien a quien podría amar —él fue a hablar, pero ella puso un dedo sobre sus labios para que la dejara proseguir—, por favor, déjame que termine.

Marius, no es tan solo que seas un hombre hermoso, eso ya lo sabes porque te lo dirán a menudo, no es eso a lo que ahora me refiero, lo que realmente hace que crea que eres un hombre que vale la pena, es como eres por dentro. La forma en que tratas a tus hermanos, como consigues que aunque estén enfadados o tristes terminen riendo. Como proteges a Scailar igual que si fuera tú hermana pequeña y ayudas a montar cada una de sus fiestas, aunque no te apetezca ir a ninguna de ellas. Das la vida por los demás sin pedir nada a cambio. Y a mí por una vez desde hace muchísimos años me haces sentir que merezco ser amada, que puedo enamorarme aunque me arriesgue a que la vida me lo quite después. —Amanda esperaba ansiosa la respuesta a su exposición, no podría oír una negativa, no se rendiría.

—Amanda yo me siento muy alagado, per... —Amanda previniendo lo que iba a decir le besó,

lo hizo con toda la pasión que sentía, no lo perdería, a él no. Marius se sorprendió ante el beso apasionado que le estaba regalando esa mujer, le gustaba, pero necesita pensar con claridad, quería parar, pero solo pudo devolverle el beso.

Él la agarró de su cabeza acariciando sus suaves bucles rubios entrelazándolos entre sus dedos y ella se recostó encima de él sintiendo su cuerpo fibroso bajo el suyo. Marius empezó a bajarle la cremallera del vestido que tenía en la espalda. El tacto de su suave y blanca piel parecía talco, eso fue demasiado para él, quería estar con ella, darle placer, ser el hombre que ella quería que fuera, ella metió la mano por debajo del pantalón del chándal y le sorprendió no encontrar calzoncillos, pero eso la excitó aun más. Marius pegó un respingo y la apartó al otro lado de la cama. Se levantó de un salto, ella estaba sonrojada por el deseo y mantenía en la mirada un gran desconcierto.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó Amanda con miedo de haberlo estropeado todo, ella había notado que le gustaba, ¿por qué la rechazaba ahora?

—Mira Amanda —no sabía cómo explicárselo para no dañarla—, no has hecho nada mal, es que yo solo puedo ofrecerte esto —dijo Marius señalando su propio cuerpo—, puedo pasar esta noche contigo, pero es lo único que recibirás por mi parte.

—Pero eso no es verdad, yo sé que te gusto, todo lo que has hecho por mí desde que me conociste, la forma en que me miras, como desvías la mirada cuando te pillo observándome, y me deseas, ¡sé que me deseas! —dijo Amanda casi suplicante, la estaba rechazando, él también la estaba rechazando, no podía creerlo.

—Amanda, siento haberte confundido, pero yo soy así con todas las mujeres, yo paso cada noche con una mujer y tú no vas a ser distinta. He podido parecer más amable porque eres nuestra invitada, pero yo nunca te podría querer, solo eres una más de mi lista. —Algo se rompió dentro de Marius mientras decía esto, y al ver las lágrimas correr de forma silenciosa por hermosas mejillas sonrojadas de Amanda, sintió que quería abrazarla y consolarla.

Despertó de golpe empapada en sudor, recordaba todo, todo. Cómo después de aquellas

palabras escapó desconsolada, y entonces fue secuestrada por un raptor que la torturó brutalmente, para horas más tardes y con el cuerpo y el alma maltrecha recibir a la muerte entre los brazos de su hermana Sárilan, anoche mismo estuvo con ella y no la había reconocido.

Todos lo sabían, Marius la había llamado Amanda desde el primer momento que la vio. Miró al hombre que dormía a su lado, ese que le había hecho el amor durante toda la noche, tan tierna y apasionadamente. El que parecía que tenía sentimientos puros hacia ella. Sus palabras volvieron a su mente— «Yo nunca te podría querer, solo serás una más de mi lista» —y esas palabras se habían hecho realidad, ella se lo había servido en bandeja de plata.

Solo la había utilizado como a tantas otras antes que a ella, le odiaba y se odiaba ella misma, le mataría por aquello. Ya no era aquella chica dulce y sensible, ahora se había convertido una asesina y haría honor de aquello. Salió lo más despacio que pudo de la cama y ya en su habitación se vistió rápidamente sin poner mucho interés en lo que se ponía, con qué fuese negro y de cuero le valía, bajó rápidamente las escaleras pensando en un plan que la dejase escapar sin que el sol la hiciese chamuscar como si fuese una alita de pollo.

Abajo todo parecía despejado, solo vio a su hermana sentada en uno de los sofás perdida en sus pensamientos acariciándose su redondeado vientre. Quería huir, pero necesitaba verla antes una vez más.

Se acercó sigilosamente y tomó asiento a su lado, Sárilan creyéndose sola dio un respingo cuando sintió alguien a su lado.

—Tory me has asustado, ¿estás bien cariño? —La miraba con tanto amor en los ojos, ¿cómo no se había dado cuenta antes de que aquella mujer de sedosos rizos negros era la hermana que tanto amaba?

—Prefiero que tú me llames Amanda.

Sárilan abrió los ojos como platos por la sorpresa.

—Pensé que Marius no te lo iba a contar, pero imagino que el maratón de sexo le ha hecho cambiar de idea, el sexo con estos hombres siempre une mucho —estaba feliz de tener a su hermana de nuevo de vuelta—. ¿Es tan buen amante como dicen? —preguntó Sárilan.

Amanda puso los ojos en blanco, su hermana quería hablar de chicos con ella como lo habían hecho antes tantas veces antes, pero no tenía tiempo, se tenía que marchar.

—Sari no fue él, no sé cómo pero cuando me he quedado dormida todo ha vuelto de golpe a mi mente. Solo soy un juguete para él y no me quedaré aquí para ver cómo me utiliza. —El dolor en sus ojos violáceos afloraba por momentos.

—Qué dices cariño, él te quiere. —dijo Sárilan, las lágrimas resbalaban por sus mejillas sabiendo que estaba a punto de perder otra vez al ser que más quería.

—¡Ja, ese no tiene corazón! —dijo Amanda, los dolorosos recuerdos volvían una y otra vez a su mente, atormentándola como un hierro incandescente.

—Él no me lo ha dicho, pero yo se lo noto, en cómo te mira, en cómo te ha cuidado desde que te encontró, no puedes ni imaginar lo que está poniendo en riesgo para poder protegerte. No es solo su vida, su familia, toda la raza está en peligro si entramos en guerra. —Las palabras de Sárilan sembraron una semilla de duda en Amanda, pero ella conocía muy bien a los hombres como él.

—Tengo que irme, ¿les dirás a mis sobrinos que les quiero?, incluso antes de conocerlos. — Las lágrimas amenazaban peligrosamente de regar sus mejillas al ver a su hermana llorando desconsolada. Sárilan asintió—. Te quiero Sari, y nunca te culpes de mi muerte, era mi destino. — Se levantó rápidamente sabiendo que su hermana en su estado no podría detenerla— Una cosa más, dile a mi cuñado que si no te hace feliz, volveré y le mataré con mis propias manos.

Corría mientras terminaba de proferir aquella amenaza.

—¡Amanda te quiero! —Se dio la vuelta y sonrió a su desconsolada hermana antes de seguir corriendo.

Ya era muy entrada la tarde, así que el sol estaba muy bajo. Intentó ir de árbol en árbol refugiándose en sus sombras. Evitaba el sol todo lo que podía, y cada vez que un rayo alcanzaba su piel le hacía una quemadura horrible. Pensó que no podría conseguirlo cuando escuchó una voz, tras buscar un poco al autor de esa voz se dio cuenta de que la llamaba desde la oscuridad de una cueva.

—Ven, puedo ayudarte, el sol te matara. —pronunció aquel personaje.

Se acercó todo lo rápido que pudo gimiendo de dolor cada vez que el sol la golpeaba. Cuando llegó a la cueva y sus ojos se adaptaron a la oscuridad encontró un hombre realmente sexi, pero lo que más le llamó la atención es que tenía los ojos como ella.

—¿Quién eres? —preguntó Amanda, mirándole de arriba abajo precavida, no podía fiarse de nadie.

—Me llamo Xidel, y estoy aquí para ayudarte. Me enteré que naciste sola y que nadie te ha enseñado lo que eres, lo que somos. He estado buscándote desde que me entere de que existías. Si me lo permites te enseñaré a vivir como uno de nosotros y estarás con los de tu raza, con tu familia. Habrás estado muy asustada, pero ya no tendrás que tener miedo nunca más, ya no estarás sola.

Ella le miraba con desconfianza, pero también confundida, él era como ella, un raptor. Y decidió que con él estaba su lugar.

—Tienes razón, me iré con vosotros, pero antes me ayudaréis a matar a una gárgola. —Xidel sonrió de oreja a oreja, al fin y al cabo le iba a gustar mucho su mujer.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Besó la mano de Amanda.

Aunque era arrebatadoramente guapo, no le gustó, aquel gesto era demasiado íntimo.

—Lo haremos cuando caiga la noche. —sentenció él.

Marius soñó con la noche en la que Amanda murió. Pudo ver de nuevo el dolor en sus ojos cuando la rechazó. Le había partido en dos tener que hacer aquello. Cómo encontró su pequeño cuerpo sin vida. ¿Por qué los dioses le castigaban así?, ¿por qué le hicieron amar a Nella y no a Amanda? Ansiaba con todas sus fuerzas que su corazón pudiese amarla como un rato antes había hecho su cuerpo. Y algo en su sueño cambió de repente, la vio el día que descubrió que había vuelto de entre los muertos, iba tan sucia, sin embargo su corazón gritó de felicidad. Cómo ella en contra de su propia naturaleza había mordido a Ivar para ayudarle aún sin saber de quién se

trataba. Cómo también la había tenido que meter vestida en la bañera, de qué forma le consolaba cuando él tenía una de sus horribles pesadillas. Ella le desafiaba como una feroz asesina, pero al rato podía ser tan tierna y tímida como un corderillo. Sus colmillos, aquellos preciosos ojos violetas que había odiado tantas veces hasta que los vio en Amanda, sus besos, su sexo, le volvía totalmente loco aquella mujer.

Despertó de golpe, pasó la mano por su rostro y por su cabello. Se dio cuenta de algo revelador para él, había estado todo el tiempo lamentando no poder amarla y sin ser consciente de ello siempre había estado enamorado de ella. Se le iluminó su rostro, la amaba, deseaba gritarlo al viento y que todo el mundo se enterara, mas primero tenía que ser ella la que merecía saberlo, le contaría toda la verdad, le diría lo que su corazón sentía hacia ella, si cuando se enterara no le mataba por todo lo que le había ocultado, le haría el amor cada noche por el resto de sus vidas, cuidándola como se merecía y haciéndola feliz cada día.

Miró a su lado en la cama y ya no estaba, había dormido demasiado, pero hacia tanto tiempo que no se sentía tan a gusto que el agotamiento había ganado aquella guerra. Se puso rápidamente un pantalón de seda rojo que tenía de pijama y salió en su busca descalzo. Cuando abrió la puerta se encontró con la pequeña Sárilan a punto de llamar con el rostro desencajado y cubierta de lágrimas.

—¿Qué ha pasado?, ¿es Amanda?, ¿está bien? —preguntó asustado Marius.

Ella volvió a llorar, entre el disgusto y las hormonas, no podía controlarse.

Marius la llevó adentro y la acomodó en el sofá sentándose junto a ella. Si fuese cualquier otra persona le estaría sacando la información a gritos, pero a ella no podía.

—Se ha ido. —dijo hipando Sárilan.

—¿Qué, dónde? —Marius estaba perdiendo los nervios, el miedo sacaba su parte más salvaje.

Y Sárilan le relató todo lo que había sucedido un rato antes. Marius asimilaba cada palabra sintiendo que de nuevo la había perdido por sus mentiras y por no querer aceptar sus sentimientos.

—¡Yo la amo!, no lo quería ver, pero el sentimiento es real, la amo con toda mi alma. —
Sujetaba su cabeza entre las manos mientras la frustración se apoderaba de él.

—Ya se lo dije, lo sabía. Quizás tú no fueras consciente pero lo has demostrado en todo lo que has hecho para mantenerla a salvo. Se lo dije, pero no me creyó. Marius, no puedo perderla otra vez, no lo podré soportar. —Él la abrazaba para consolarla.

—No la perderás, ni yo tampoco. Esto terminará hoy.

Capítulo XV

Ya había anochecido, todos estaban preparados y le había prometido a la mujer de su amigo que esta vez traería a Amanda con vida. Silas estaba a punto de localizarla, sabían que debería estar cerca, ya que el sol no la habría dejado llegar muy lejos. Seguramente no habrá podido salir del bosque, a no ser que uno de sus enemigos la hubiese atrapado. Apretó los puños con rabia, si alguien le tocaba un pelo le arrancaría el corazón.

—Silas, ¿estás preparado? —preguntó Marius.

—Siempre. —contestó el otro.

Marius cerró los ojos y empezó a concentrarse en la imagen de Amanda, fue entonces cuando fueron interrumpidos.

—Disculpen, señor Marius —el aludido desvió la mirada para descubrir al mayordomo que llevaba con ellos toda la vida.

—Dime Oto —dijo Marius.

—Llamaron a la puerta y cuando llegué no había nadie allí, pero habían dejado esto —le tendió una hoja doblada—, viene a su nombre.

—Gracias. —Le sonrió y tomó aquel papel nervioso sabiendo que muy probablemente se avecinaban problemas.

— «Tengo a tu perra, estoy deseando tirármela y comerme su corazón tan puro, y créeme que lo haré gustoso si no estáis a medianoche en la azotea de la torre Atenas» — firmaba un tal Xidel.

Todo se estaba repitiendo, una nota, un raptor, Amanda secuestrada, pero esta vez no le fallaría, aunque muriese en el intento.

—No hace falta que la busques —se dirigió a Silas—, ya sé dónde encontrarla. —La furia le recorría las venas.

—¿Qué ocurre? —Quiso saber Sárilan viendo el miedo reflejado en los ojos de Marius.

—Cormand quédate con ellas, al resto os necesito, coged vuestras mejores armas. —Ordenó Marius.

—¿Por qué no me contestas? —gritó Sárilan.

—Por qué la historia se repite, tengo que ir a traerla a casa —contestó Marius, y abandonó la habitación seguido de todos los demás.

—¿Le dieron mi nota? —preguntó Amanda preparándose para lo que tendría que hacer.

—Claro, todo lo que me pidas, ya te lo dije. —Mintió Xidel.

—Espero que me haga caso y venga solo, no quiero que muera nadie más. También quería agradecerte que me acompañaras y pidieras a tus hombres que no viniesen. Solo quiero que vengas tú, no me gusta estar sola —Aunque algo en ese hombre le ponía los pelos de punta.

—Claro preciosa, estoy aquí para ayudarte. —Todo estaba saliendo como predijo Irina.

Ella sería el caballo de Troya, le había servido el ejército de las gárgolas en bandeja. Después de aquella noche la utilizaría para engendrar un montón de raptos puros.

Un reloj anunció la llegada de la medianoche, y antes de que terminaran de sonar las doce campanadas, la puerta de la azotea estalló en mil pedazos. El primero en entrar con una fiereza majestuosa fue Marius, llevaba el paso lento pero letal de un depredador. A su tránsito dejó caer su chaqueta de cuero descubriendo su pecho desnudo, solo cubierto por sendas fundas para innumerables dagas. Marchaba tan guapo y letal.

Axel entró también y se situó a su derecha con su arma giratoria preferida, afilada y mortal degollaba cuellos a su paso ya que se lanzaba como un boomerang. Vestido de su color favorito, el negro, después de todo, aquella noche sería todo un entierro de raptos. Akiles a su izquierda enfundado en unos pantalones de cuero negro y con camisa blanca deseoso de convertirla en roja de sangre. Su rostro angelical camuflaba el pernicioso asesino que era. En cada mano sujetaba una gran espada, se veía en los marcados músculos de sus brazos que tenían que ser realmente pesadas. A su lado totalmente vestido de cuero estaba Silas, aquel hombre aún desarmado daba miedo pues ya con solo esa mirada furibunda y con un hacha te daban ganas de arrodillarte frente a él y rogar por tu vida.

Marius avanzó un paso más.

—Devuélvemela ahora, y prometo matarte rápidamente. —La calculada frialdad con la que pronunciaba cada palabra hacía que se te helara la sangre.

—No voy a ir contigo a ningún sitio, te odio, y te voy a matar aquí y ahora. —dijo Amanda con rabia, cómo se atrevía aquel cabrón de traer refuerzos cuando ella estaba sola con Xidel.

La respuesta de ella golpeó como un jarro de agua fría a Marius, pero entendía su confusión, la tenía que hacer entrar en razón.

—Amanda, yo..., déjame explicarte y después lo entenderás todo. —Miraba con rabia al raptor que estaba junta ella, si la tocaba aunque fuese un pelo le arrancaría la piel a tiras.

—¡Cállate y lucha! —Amanda gritó de dolor cuando liberó las garras de sus manos y se lanzó directa a por él.

Xidel adoraba a esa mujer, era pura pasión. Quería ver de qué sería capaz antes de desatar el caos.

Marius esquivó el ataque que ella le propinó con sus cuchillas, necesitaba calmarla.

—Nunca lucharía contra ti. —dijo él mostrando sus manos desarmadas.

—Pues me será más fácil matarte. Nunca más seré un juguete para ti, una más de tú lista. —Y arremetió contra él. Ese comentario le pilló desprevenido así que no le dio tiempo a reaccionar y poder esquivarla.

Ella le clavó las cuchillas en su corazón, Amanda se quedó paralizada en el momento en el que se dio cuenta de lo que había hecho, ¿qué demonios había hecho? Marius la miró con una expresión que era desconocida para ella, después el hombre fue cayendo al suelo, y ella con él.

Axel fue a cogerla cuando Xidel dio la orden.

—¡Ahora!

En ese momento los raptos comenzaron a emerger de todos los sitios como si fuesen cucarachas plagando aquella azotea, de inmediato perdieron la cuenta de los que aparecían. Las gárgolas hicieron un círculo para proteger al hermano caído.

—¡Le he matado! —Se lamentaba Amanda sobre el cuerpo inerte de Marius.

—No, no te preocupes, tan solo morimos cuando nos decapitan, pero tenemos que protegerlo

hasta que se despierte y por la gravedad de la herida no se podrá transformar. —dijo Axel para consolar a su cuñada.

Ella asintió, se enjugó las lágrimas y ocupó su sitio en el círculo para protegerlo, extrajo sus colmillos dispuesta a todo.

—Son demasiados, ¿Qué hacemos? —dijo Axel solicitando órdenes al jefe.

—Tenemos que transformarnos para que nuestros poderes aumenten, con la forma humana no tenemos ninguna posibilidad. ¡Así qué, comience el juego! —Akiles con estas últimas palabras inició su transformación.

Mientras se transformaba el resto de defensores flanqueaba a Marius, la transformación dio paso al ave Fénix, aquel que resurge de sus cenizas, con su fuego calcinaría a sus enemigos.

Los raptos viendo lo que se avecinaba empezaron a atacar cuando creían que eran más vulnerables. Axel lanzaba su arma que iba degollando a su paso y volvía a él como un fiel amante, retornaba empapada en la sangre de sus enemigos, mientras esquivaba hábilmente los ataques que le propinaban aquellos que conseguían acercarse demasiado asestando todos los golpes que podía.

Amanda usaba sus afiladas garras para desgarrar cualquier miembro que se le pusiera a su alcance, luchaba con una fiereza increíble, y si tenía la oportunidad usaba los colmillos para arrancar la carne de sus oponentes. Silas mientras había conseguido adquirir su forma de dragón. Su cuerpo estaba repleto de bellas escamas doradas y moradas que le protegían de los mordiscos venenosos de sus atacantes, pero no de sus cuchillas. Poseía unas gigantes fauces y garras que le servían para defenderse vorazmente, con aquellos dientes podría partir huesos como si fueran suaves filetes. Empezó a asestar fuertes golpes con las garras consiguiendo lanzar por los aires de la azotea a los raptos cien pisos hacia abajo.

Los asaltantes siguieron atacando sobre ellos sin piedad, tanto que llegó un momento que Amanda y Axel que quedaron acorralados, no conseguían esquivar aquella marabunta. Cormand y

Akiles no podían distraerse en la defensa para que los enemigos no llegaran hasta el hermano caído. Amanda creyó que era el final, iban a morir, y todo por su culpa, ella les había atraído hasta ese horrible final, Axel nunca vería a sus hijos, sus sobrinos. Un raptor levantó sus cuchillas para dar el golpe de gracia que terminaría con la vida de Axel.

—¡A tierra o a la tumba! —gritó Marius tras ellos. Empezó a lanzar dagas a tal velocidad que era difícil seguir su rastro incluso para su visión sobre humana.

Los raptores comenzaron a caer sujetándose las heridas que les causaban los cuchillos y Axel empezó a cortar las cabezas, esto les liberaría definitivamente de ellos. Amanda sonrió con lágrimas en los ojos al darse cuenta que había vuelto con ellos.

—Tú y yo hablaremos más tarde sobre lo de acuchillarme —dijo Marius guiñándole un ojo, ella asintió avergonzada.

Axel sabiendo que su hermano estaba recuperado se había convertido en una gran pantera con alas de murciélago sobre el lomo. Antes de que se dieran cuenta ya estaba destrozando cuellos con las garras y dientes. Todos los enemigos eran muy fuertes, pero herida tras herida los raptores les estaban debilitando, les superaban notablemente en número y eso en una guerra era algo muy difícil de capear.

Marius no se podía transformar y se estaba quedando sin armas, si el asedio no fuera constante podría ir recuperando sus cuchillos pero no le quedaba tiempo. Dos raptores le estaban golpeando, él devolvía los golpes tan duramente como podía. El de menos estatura le propinó un puñetazo en la ceja y se la partió, inmediatamente empezó a brotarle sangre, lo que le hizo cerrar los ojos.

Aprovechando ese momento le dieron una violenta patada en las costillas que provocó el que se doblara sobre sí mismo, el otro raptor le golpeó tan fuerte que le arrastró de tal manera que consiguió que llegara al borde de la azotea quedando colgando agarrado solo por un brazo,

presintió que todo terminaba en ese momento, a esa altura se partiría la cabeza seguro. Pero alguien le sujetó del otro brazo antes de que perdiera la fuerza de agarre y se perdiera en el abismo de la noche.

—¿Ivar? —gritó Marius.

—Pensé que necesitarías refuerzos. —Sonrió éste.

Le ayudó a incorporarse de nuevo a la azotea, pudo comprobar entonces que los hombres del rey vikingo ya se habían convertido en seres mitológicos y estaban luchando contra los raptos, y lo que era más increíble, estaban ganando.

—Pues ahora que lo mencionas, nos vendría genial, ¿pero no será otro truco? —Le miró desconfiado Marius.

—De eso nada, tu mujer no es la asesina, luego te cuento, ¡no puedes pedirle a un vikingo que se pierda una guerra sin luchar! —Abrazó rápidamente a Marius y volvió a la contienda con un grito de guerra.

Su mujer no era una asesina, sabía que no podía serlo, por cierto, ¿dónde se había metido?, miró a su alrededor con el miedo de que la hubiesen herido, vio a Xidel como se la llevaba a la fuerza por el hueco de la puerta, la misma que habían destruido un rato antes. Se limpió la sangre del rostro y corrió hacia allí cegado por la ira, le mataría por atreverse a poner sus malditas manos sobre ella. Xidel sabía que el macho gárgola acudiría en su búsqueda, solo era cuestión de segundos. Mantenía a Amanda sujeta por el cabello, con ello conseguía que estuviese quietecita, ayudado también por un cuchillo que amenazaba el cuello de ella.

Marius llegó junto a ellos y al ver la escena se detuvo en seco.

—¡Suéltala! —rugió

—¡Nunca, es mía! —contestó Xidel.

—¿Qué demonios quiere tu mente enferma de ella? —preguntó lleno de ira Marius.

—Te lo contaré porque en breve vas a morir, y quiero que sea el último pensamiento que tengas antes de abandonar este mundo —Marius se estaba impacientando pero no quería cometer ningún movimiento en falso—: Ella es la primera hembra de mi especie, ella me dará hijos, todo un ejército de raptos puros, con ellos conquistaré el inframundo y los dioses me tendrán que otorgar grandes poderes, dominaré el universo. —Su risa era la de un demente.

—¡Nunca me tendrás! —gritó ella.

—¡Tú calla puta!, harás lo que se te ordene —le rasgó levemente la fina piel de su cuello manchando el cuchillo de escarlata con su sangre.

Marius no podía permitir aquello.

—Sí la liberas, te ofrezco mi vida a cambio. Sabes lo poderosos que os vuelve consumir los sentimientos de una gárgola.

—¡No! —gritó Amanda intentando zafarse, lo único que consiguió es que el cuchillo se le hundiese más.

—Trato hecho —decretó el asesino.

—Quiero tu palabra —puso de condición Marius.

— ¡Tienes mi palabra! —Xidel soltó a Amanda y antes de que pudieran hacer nada cogió a Marius en su lugar, le hizo arrodillarse.

Marius ya podía notar como el raptor empezaba a alimentarse de él llevándose todo lo bueno de sus sentimientos.

—Dame un segundo por favor. —Imploró Marius como último deseo.

—De acuerdo. —aceptó Xidel.

—Amanda te amo, siempre te amaré esté donde esté, quiero que ahora corras y vayas con Axel, él siempre te cuidará y protegerá. —Tras esa última palabra Xidel rebano su cuello para apoderarse de todas sus emociones, mientras notaba como crecían sus fuerzas.

Amanda cegada por las lágrimas salió corriendo detrás de Xidel pisándole los talones, cuando estaba a la altura de la pantera Xidel la derribó y vio la amenazadora pantera que le miraba, tenía la esperanza de que sus hombres vinieran a socorrerlo.

Axel recorrió al raptor y luego a su cuñada que lloraba desconsolada, algo muy malo había sucedido. Amanda solo esperaba que en su forma animal la entendiera.

—Axel, ¡ha matado a Marius! —La pantera rugió en respuesta enseñando sus fauces.

El raptor se puso de pie dispuesto a correr pero Axel de un salto le alcanzó y ya encima de él separó su cabeza del cuello con sus afiladas garras. El rugido que soltó por la pérdida de su amigo hizo que todo en esa azotea quedara en absoluto silencio.

Todos los guerreros habían vuelto a su forma humana con sus cuerpos cubiertos de sangre y sudor por la batalla y el alma llena de pesadumbre por el hermano caído en la contienda. Miraban cómo Amanda lloraba desconsolada sobre el cuerpo decapitado de Marius. Todos eran conscientes de que en las guerras había bajas, pero eso no aliviaba el sufrimiento que sentían en aquel momento. Nadie se atrevía a separar a aquella mujer del cuerpo sin vida de Marius, sería como un sacrilegio, ella se aferraba a él como si con ese abrazo pudiese devolverle a este mundo.

Una luz dorada iluminó la oscura azotea, de ella surgió una bella mujer con el cabello del mismo color que la luz que la acompañaba. Su cuerpo era delgado y grácil, y aunque en su rostro se mostraba el transcurso de los años, seguía poseyendo una belleza atemporal. Todos estaban maravillados por aquella aura tan mágica que la rodeaba, se apartaban a su paso para no interrumpir su camino.

Notó cómo una mano le tocaba su cabello, era algo que le hacía sentir algo de calor, aunque en su interior se creyera muerta de frío. Giró la cabeza para enfrentarse a quién osaba interrumpir su momento de duelo, pudo comprobar que era el ángel que tantas veces la había seguido en Nueva Orleans, el mismo que intentó que dejara de asesinar, que la protegía.

Cuando aquel Ángel la miraba le proyectaba una sensación de paz, incluso en aquellos

momentos de angustia en el que había perdido al hombre que había cambiado su vida por completo, el hombre sin el cual ella habría muerto hace mucho tiempo, y ahora el que había muerto por su culpa era él. El ángel le devolvía una mirada cargada de tanto amor como a la vez el pesar se reflejaba en su cincelado rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Amanda con los ojos hinchados y las mejillas surcadas por las lágrimas.

—Amanda, tienes que recordar. —Posó su mano afectuosamente sobre el rostro de la raptora.

De repente Amanda recibió una pequeña corriente de color, y las imágenes empezaron a desfilar por su mente, cerró los ojos para recibirlas. Aparecía de niña con su madre, era domingo y le ayudaba a preparar galletas de chocolate, sus favoritas. Le encantaba ese momento juntas, donde toda la casa se llenaba del olor de la repostería. El día en que sus padres trajeron a casa a su hermana, recuerda ese día como el más feliz de su vida, ahora tendría una hermana para no estar sola. Cómo su madre siempre intervenía cuando eran adolescentes y se peleaba con Sárilan por la ropa. Le viene a la mente el día que marcharon a la universidad y su madre la abrazó tan fuerte como queriendo evitar que sus polluelos abandonaran el nido.

Cada día que había compartido con su madre le fue mostrado, incluso el fatídico en el que les informaron que habían fallecido a causa de un accidente automovilístico. Abrió los ojos y se lanzó a los brazos de su dulce madre que la acogió con amor mientras le acariciaba el cabello como había hecho tantas veces en su vida.

—Mamá ¿eres tú?, como te he echado de menos, te he necesitado tanto.

—Yo a ti también mi vida, os quiero mucho a ti y a tu hermana. —Besó afectuosamente su frente.

—¿Por qué no me hiciste recordar antes? —preguntó Amanda llorando de tristeza y alegría al mismo tiempo mojando el vestido blanco que llevaba su madre.

—No podía cariño mío, no se nos está permitido inmiscuirnos en el destino, tú no recordabas

nada y yo no podía cambiar eso, todo ocurre por un motivo en esta vida y eso no lo podía cambiar, pero sí me permitieron mostrarme ante ti para poder cuidarte, algo que tampoco se nos suele permitir. Si me dejaron fue porque tu resurrección rompió todas las reglas y necesitabas ayuda hasta que Marius te encontrase —le explicó su madre que también lloraba por todo lo que le había sido arrebatado a su hija.

—¿Si realmente existen los dioses, como pueden permitir esto? —Señaló Amanda el cuerpo sin vida a su lado.

—Ese era su destino hija mía, estaba escrito que él daría su vida por la tuya, porque tú no merecías volver a morir.

—¡Él tampoco! —gritó Amanda y su voz empezó a elevarse por la injusticia cometida.

—Ahora tienes una segunda oportunidad, verás crecer a tus sobrinos, y vivirás con tu hermana. Él lo habría querido así.

Amanda negándose a eso se separó de su madre y mirando al cielo gritó:

—¡Dioses, escuchadme bien, o le devolvéis a la vida, o desde hoy mismo hasta el fin de mis días, me dedicaré a devorar los sentimientos y almas de cada humano que encuentre a mi paso!

Aunque aquello rompía cada regla del código de las gárgolas no podían interponerse, sabían que era el dolor el que hablaba por ella. Nadie se pronunció, tenía que desahogarse.

—¿No contestáis? ¡Pues empezaré ahora mismo, yo no hago amenazas, hago promesas! —Se fue directa hacia las escaleras de la azotea. Su madre quería detenerla, pero no podía meterse en el libre albedrío de cada individuo.

Axel sabía que no era una asesina, pero ¿y si ponía su propia vida en peligro?, ¿o se exponía a ser descubierta por los humanos?, el consejo de gárgolas no dudaría en terminar con ella si eso ocurriera, ellos no tendrían en cuenta el dolor que la hería. Fue a ir en su busca cuando algo hizo que se detuviese en seco.

—¡Detente! —La voz que había pronunciado aquellas palabras era totalmente melodiosa, pero

también tenía una autoridad inquebrantable.

Todos los presentes se giraron para enfrentar al dueño de aquella voz. Al filo de la azotea, se encontraba una hermosa mujer de cabellos rojos, su figura esbelta y delicada adornada con unos inhumanos ojos color plata les dejó a todos hipnotizados. No parecía sentir el frío de aquella noche aunque solo estaba cubierta por un corto peplo que ondeaba al viento nocturno. Los rizos adornaban su espalda resaltados por el halo de poder que rodeaba a aquella mujer, era un ser inmortal. Automáticamente las gárgolas empezaron a postrarse sobre una rodilla y agachar la cabeza en gesto de total obediencia y respeto.

—¿Quién me lo ordena? —preguntó Amanda, la pelirroja rio, hasta su risa era un canto de sirena.

—Tu madre me explicó que después de la resurrección tenías carácter y valentía, pero no me imaginaba que sería tanto —le brindó una sonrisa—, mi nombre es Laya, soy la diosa encargada de proteger a los humanos y madre de todos ellos.

A su paso fue rozando afectuosamente el hombro de sus hijos para que se levantaran. Cuando llegó frente a Amanda pudo comprobar que no tenía temor en su mirada, solamente rabia y odio. Esa raptora le gustaba, normalmente, le tenían miedo.

—¿Y cómo una madre puede permitir que uno de sus hijos perezca por salvar a una raptora, a una asesina? —Escupió cada palabra Amanda, pero ella solo le devolvió una sonrisa cargada de afecto.

—Tú nunca has sido una asesina, ni en tu vida mortal, ni como raptora, no has arrebatado ni una sola alma humana. Lo que te ocurrió es que al ser neófita y al no haber tenido un instructor que te enseñara lo que eres, o cómo alimentarte, tienes los recuerdos muy confusos. Mi hijo dio su vida para que pudieses recuperar tu alma mortal y así vivir la feliz vida humana que te fue arrebatada.

—¿Me devolverías a la vida como humana? —Amanda miraba con recelo a aquella diosa.

—Claro, por eso estoy aquí, Marius me lo imploró segundos antes de perecer.

—¡No quiero tu regalo, no quiero mi alma si él ya no está!

—¿¡Qué no la quieres!?! —Laya no entendía como aquella pequeña mujer a la que le habían arrebatado todo en su vida, no quería una segunda oportunidad.

—No, te daré mi alma por la suya —propuso Amanda.

—¿Quieres morir por él?, no vivirás ni como humana, ni como raptora si me das tu alma.

—Lo sé, y es lo que quiero.

—¿Y por qué sacrificarías tu vida por él?

Los humanos no solían tener ese tipo de gestos, temían enormemente a la muerte.

—¡Por qué le amo, y no quiero vivir en un mundo en el que no está él!

La diosa amaba a los humanos, eran seres totalmente extraordinarios, nunca dejaban de sorprenderla y hacían que cada día les amara más.

—¡Qué así sea entonces! —dijo tras recapacitar unos segundos.

—¡No! —gritó Axel—, Amanda, no puedes irte de nuevo, tu hermana te necesita, el dolor la matará si vuelves a irte, también a todos nosotros, ahora eres de nuestra familia.

—Dile a Sárilan que la quiero, que siempre la cuidaré y a mis sobrinos. Gracias a todos por haber luchado para salvarme, aún siendo vuestra enemiga por naturaleza —dijo mirando a cada uno de ellos para confirmar su agradecimiento por lo que habían hecho. Les echaría de menos.

—¿Estás lista? —preguntó la diosa tendiéndole su cálida mano.

—Sí, lo estoy. —Hinchó el pecho y se armó de valor. Marius viviría y eso era lo único que importaba.

Agarró la mano de la diosa que la guio hasta donde estaba tendido Marius, así también podría despedirse de él. Los guerreros las dejaron paso, Axel quería ir a zarandear a su cuñada hasta que

entrara en razón. Marius no viviría muy contento con aquella decisión.

Cuando llegaron hasta el cuerpo de Marius, Amanda pudo comprobar que su cabeza estaba unida de nuevo a su cuerpo, el color volvía poco a poco a su piel.

—¡Adiós, mi amor!, siempre estaré cuidándote aunque no puedas verme. Gracias por salvarme cuando pensaba que no merecía ser salvada, —y besó sus ahora cálidos labios.

Una lágrima cayó sobre el rostro de él. Lloraba por la alegría de que aquel hombre que había hecho tanto por ella volvería a vivir, y de dolor porque perdería por segunda vez al ser que amaba, pero hay amores que están destinados a estar separados. Marius abrió sus verdes ojos y vio a Amanda llorando sobre él, inmediatamente la abrazó tan fuerte que la estaba dejando sin aire. Nunca pensó que volvería a verla.

—¿Nos vamos? —preguntó la diosa.

—Sí. —espetó Amanda sin querer soltarse del abrazo de su amado.

—Tú no, se lo digo a tu madre —aclaró la diosa.

Amanda abrió mucho los ojos.

—¿Cómo?, no entiendo nada —preguntó aturdida.

—Tenía que comprobar que realmente amabas a mi hijo. Si no fuese amor verdadero con el tiempo él se convertiría en piedra y sufriría por toda la eternidad. Me negaba a traerle de vuelta y condenarle al sufrimiento si tu amor no era verdadero.

—¿Entonces puedo quedarme con él? —La esperanza se reflejaba en sus ojos.

—Claro, el acto más puro de amor es entregar la vida por el ser amado. Vuestro destino es estar juntos, pero no podíais hasta que confiaseis uno en el otro, y aprendierais a amar de nuevo.
—En esta ocasión miró a Marius. Él le sonrió para darle las gracias a la diosa por todo.

Se fundieron en un gran beso donde las palabras no eran necesarias, aquel beso les demostraba lo que sentían el uno por el otro, ya nada les separaría jamás. La madre de Amanda se

acercó hasta Axel que estaba muy feliz de ver como habían terminado las cosas.

—Hola, hijo mío, he podido ver como amas a mi hija, prométeme que la cuidarás siempre y dile lo mucho que la quiero. Se acercan momentos muy oscuros, tendréis que ser fuertes. — Abrazó a su yerno y se marchó antes de que él pudiese preguntar a que se refería, aunque supiera que no le daría respuesta, no podía intervenir en el futuro.

—¡Lo prometo! —Su suegra se giró y le sonrió, seguro que ella ya lo sabía.

—Te amo —dijo Marius, la diosa le había regalado la visión de todo lo que había ocurrido mientras que había estado muerto.

—Y yo a ti, ¿vamos a casa y me demuestras lo que me quieres? —Todos explotaron en carcajadas.

Marius ya andaba directo a la salida con su mujer al hombro como había hecho el día que la conoció, ella iba envuelta en felicidad.

Scailar y Sárilan esperaban la vuelta de todos a la casa, su marido le había llamado para decirle que no tardarían, que todo había salido bien y que luego le contaría todo lo ocurrido. Estaban ya más relajadas cuando una mujer se mostró frente a ella en el salón, su aspecto parecía frágil y sus ojos eran los de una persona ciega. Con su tez pálida y aquellos rizos tan negros parecía una muñeca vestida de época, pero el odio que destilaban sus ojos, hacía que no se viera tan inofensiva como aparentaba. Scailar instintivamente se levantó para proteger a su hermana, pero la morena levantó una mano y Scailar sintió como un montón de manos la lanzaban a través de la sala con una fuerza sobre humana hasta que su cuerpo golpeó contra la pared, gritó de dolor por el impacto.

Sárilan quiso correr para ayudar a su amiga herida, pero no pudo, algún poder la mantenía totalmente inmovilizada. La bruja se acercaba a ella con el paso de un depredador, podía sentir el peligro en cada poro de su piel.

— ¿Quién eres, qué quieres? —preguntó Sárilan, la lengua parecía que si le funcionaba.

—Soy Irina, tu marido ha matado al hombre que amaba y pagaréis por ello.

Posó las manos sobre el abultado vientre de Sárilan mientras recitaba unas palabras en un idioma desconocido para ella. Sintió un dolor insoportable y aúllo por el sufrimiento.

—La maldición esta sobre vosotros —gritó Irina. Con esas palabras desapareció.

Recobró automáticamente la movilidad y corriendo se descubrió a donde la había tocado la bruja, quería asegurarse que sus pequeños estuviesen bien. En su vientre encontró las dos pequeñas manos de aquella mujer gravadas a fuego.

El grito de Scailar consiguió que volviera a sus pensamientos de terror. Corrió hacia ella y la encontró envuelta en sudor, su piel ardía como si tuviese fiebre muy alta y se retorció de dolor, no sabía cómo actuar.

—¿Dios mío que te ha hecho? —dijo Sárilan que sujetaba la cabeza de su amiga sobre su vientre intentando consolarla.

—Siento aquello que me explicó mi hermano, aquello que se siente en la primera transformación a gárgola. —sollozaba aquellas palabras Sárilan.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte. —Se ofreció Sárilan.

—Tienes que llamar urgentemente a mi hermano, algo va realmente mal.

—¿Por qué, si eres gárgola es normal que pases por esto, no?

—Solo los hombres del ejército sienten esta transformación, y nunca en la historia ha existido una mujer guerrera.

Epílogo

—Lo que has hecho es despreciable incluso para ti, tomar un alma inocente va en contra de las normas. —Laya se lo recriminó a Hades que estaba sentado en su trono.

Él sonrió dejando a la vista uno de sus colmillos. Se levantó y se fue acercando a ella con el andar sexi de un felino.

—Las reglas están hechas para romperse preciosa. —Le acarició el rostro con un gesto tan sensual que ella se apartó un poco.

—Tú lo has querido, habrá una guerra por esto, y lo sabes.

—Mmm, sabes que la guerra la podríamos tener cuando tú quieras amor, en mi cama, en el suelo, sobre la fría piedra de la pared. Tus deseos son órdenes para mí.

—Te odio, eso nunca sucederá.

Él agarró fuertemente su cabeza y la devoró con un beso exigente y caliente. Ella se resistía con todas sus fuerzas, pero él dios era mucho más fuerte. Él por fin consiguió meter su caliente lengua en la boca de ella profanándola, pero ella dejó de luchar y le devolvió aquel húmedo beso. La agarro por las nalgas desnudas debajo del peplo, ella gimió en respuesta. Hades sintió como los dientes de ella se cerraban fuertemente sobre su labio, y el sabor metálico inundó su boca, la soltó. Ella le empujó.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca! —dijo la diosa roja por la excitación y la rabia.

—Sé que me deseas y algún día serás mía. —dijo relamiéndose la sangre de su labio.

—¡Antes muerta! —Y desapareció.

La risa del dios retumbó por todo el infierno.